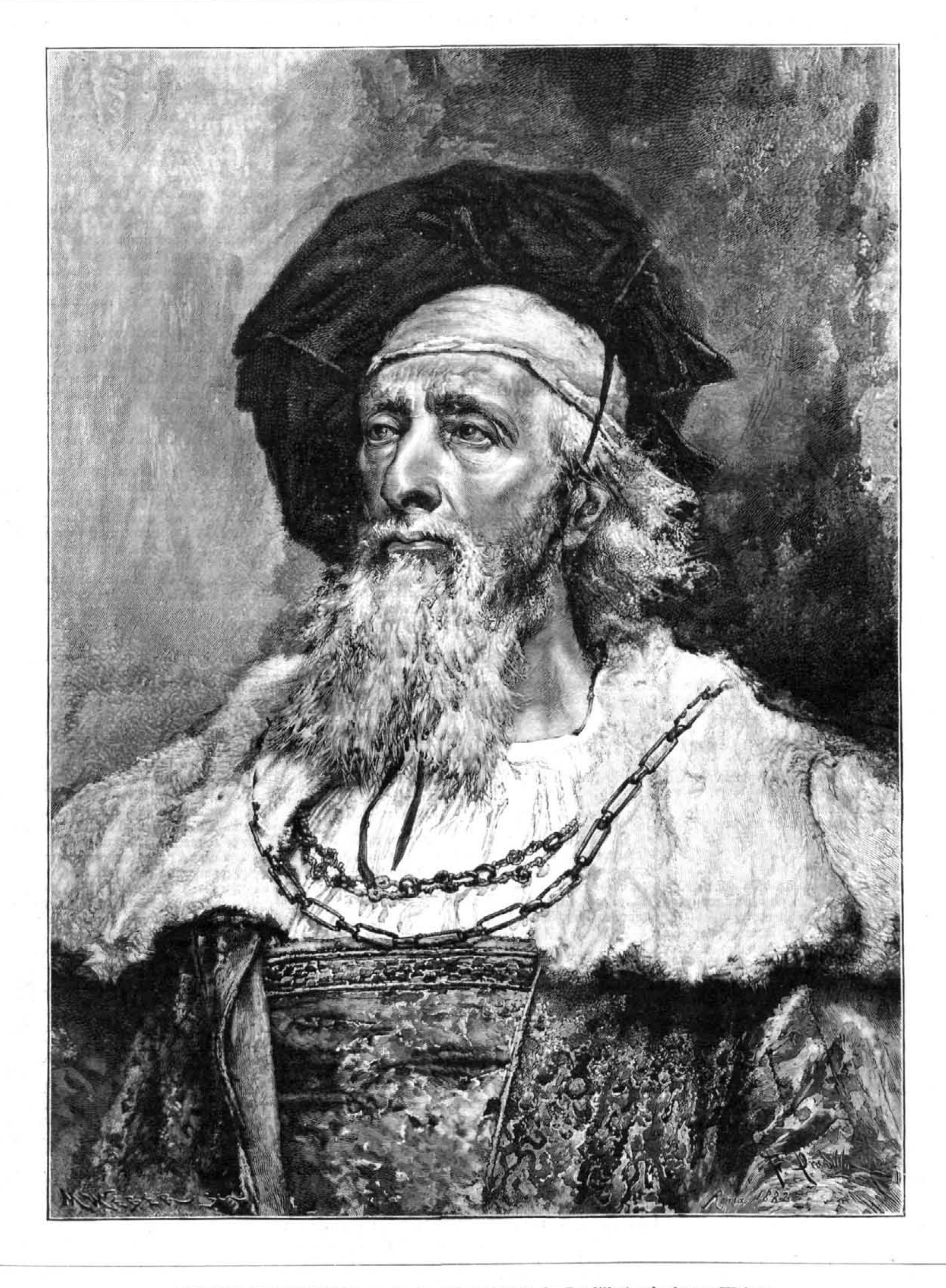
ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO II — BARCELONA 2 DE ABRIL DE 1883 — NÚM. 66



CABEZA DE ESTUDIO, copia de una acuarela de Pradilla (grabada por Weber)

SUMARIO

REVISTA DE MADRID

Grandiosidad de la semana.—Un suceso de punta.—Temas de comparacion.—El gran banquete.—Dignidad del escritor.—Perez Galdós *glorificado.*—Prodigios de la elocuencia.—Chocheces de la vejez.—¡Qué tiempos aquellos!

Todos los actos de estos últimos dias han sido solemnes y magníficos.

Hay semanas que se distinguen por su grandiosidad. A veces los siete dias comprendidos desde uno á otro domingo son áridos y vulgares como una llanura inmensa sin panorama ni perspectiva de ninguna especie. Otras veces se realizan en un período semanal dos ó tres acontecimientos de fecha indeleble.

La Naturaleza usa al escribir sus crónicas varios procedimientos. Ora registra con lápiz los sucesos, y se borran estos con facilidad completa, ora echa mano del buril y áun del cincel, en cuyo caso adquieren los acontecimientos gran relieve y prolongada vida en la imaginacion de los mortales.

El hecho culminante es acariciado por la multitud, queda á través del tiempo como uno de esos mojones que demarcan el terreno, sirve de guía, de indicador, de punto de comparacion, y á él suelen referirse despues todos los sucesos contemporáneos.

En algunos casos el tiempo ha llegado á amontonar tales nieblas alrededor del suceso que ya no se puede discernir bien el hecho aunque siga inalterable la frase que lo simboliza. Así, cuando un fuerte y prolongado aguacero cae sobre nosotros, solemos decir comparativamente:

—¡Llueve más que cuando enterraron á Zafra!

Estas palabras indican seguramente un período de grandes y persistentes lluvias relacionadas con la conduccion de un tal *Zafra* al cementerio.

Pero ¿quién fué Zafra?

¡Hé aquí el misterio!

No siempre son tan confusas estas comparaciones.

Dias atrás tuve ocasion de estrechar la mano á un amigo que habia estado ausente de Madrid.

—Ya hace tiempo que no nos habíamos visto, le dije.

—Sí, me contestó. Recuerdo perfectamente que el dia del *Centenario de Calderon* fué la última vez que estuvimos juntos.

Véase cómo en este caso la fecha de la gran ceremonia en recuerdo del autor de *La vida es sueño*, sirve para precisar un pormenor de carácter amistoso.

¿No habeis oido decir muchas veces á personas poseidas de coraje:

—¡Aquí va á haber una de *San Quintin*!

Esto no es más que el recuerdo de la gran batalla, enseñoreándose del ánimo enardecido por cualquier causa.

Nos gusta volver los ojos al pasado, miéntras seguimos peregrinando en la tierra, y posar nuestro pensamiento, como golondrina cansada del camino, sobre las altas cúpulas de los sucesos históricos.

Pues bien, el dia segundo de Pascua se ha verificado un suceso que permanecerá en la memoria de todos los que lo presenciaron, como tipo al cual puedan referir los demás hechos de menor importancia.

Y se dirá de tal ó cual cosa:

—Esto ocurrió el dia del banquete en honor de Perez Galdós.

* * *

Es indudable que progresamos. La vida del escritor siéntese endulzada, de vez en cuando, con la sabrosa miel de la consideracion y del respeto público.

Las amarguras del que lucha diariamente por dar forma á la rebelde y fugaz idea, tienen ya algun lenitivo.

Pasaron los tiempos románticos en que todos los que se dedicaban á emborronar papel para solaz del público, eran casi considerados fuera de la ley comun.

Hoy el ejercicio de las letras constituye una profesion, no muy lucrativa, pero sí debidamente estimada.

El poeta se ha cortado la melena y ha cubierto su cuerpo con trajes análogos á los de los demás mortales. La vida del que escribe no es una existencia de crápula y desarreglo. La honradez es una décima musa que suele visitar por las mañanas al literato, diciéndole:

—¡Levántate, perezoso! Hemos entrado en un nuevo dia. La naturaleza guarda en su hermosura inspiraciones para tí. El editor espera tu trabajo. Hay muchos teatros donde representar las obras que produzcas en tus horas de labor y de constancia. ¡A la tarea!

El escritor entonces coge pluma y papel, escribe sus impresiones, observa á los hombres, estudia la vida, amontona libros; y al cabo de muchos años, la humanidad se acuerda de que ha gozado, ha reido, ha llorado, se ha estremecido muchas veces á impulsos del pensamiento de aquel héroe de la pluma.

Y la humanidad dice:

Es necesario premiar á ese hombre dedicado por tanto tiempo á la cultura pública. Démosle una prueba de adhesion y cariño: manifestémosle nuestra gratitud y nuestro entusiasmo. Juntémonos para recibirle y obsequiarle con el fervor que merece.....

Entónces llega el momento de gloria para el escritor. Se busca un salon, un teatro, un sitio cualquiera que pueda contener mucha gente; se convoca á lo más florido de la sociedad, se organiza un banquete, se juntan las flores naturales y las flores de la elocuencia; se llena de armonías el espacio, se eleva el corazon á las más excelsas alturas, y se glorifica, en fin, al autor de tan notables obras.

Esta es la historia del banquete con que se ha obsequiado á Perez Galdós.

Ayer, por razon de su excesiva modestia, era casi un desconocido; hoy, por razon de su mérito, sabe ya toda España y parte del extranjero que el autor de *Gloria* es un novelista con gloria al mismo tiempo.

* * *

Todos los periódicos han publicado extensos pormenores sobre esta festividad verdaderamente nueva en nuestra patria.

Más de cuatrocientos individuos, entre el almuerzo y la comida, se honraron estrechando la mano del Sr. Perez Galdós y aclamándole fervorosamente.

Ya indiqué en mi revista anterior el sitio del banquete. Sólo debo decir ahora que el aspecto del salon durante la comida era deslumbrador y mágico.

En tiempos mitológicos se hubiera comido y bebido ambrosía y néctar; en estos tiempos mas prácticos se comieron manjares muy bien condimentados y se bebió vino de diversas clases.

La lista era puramente española: la moda del *menú* y de los platos que por bien que sepan al paladar son la desesperacion de los *antigalicistas* fué desechada.

A los postres se nos sirvieron raudales de poesía y de elocuencia suministrados por los señores Echegaray, Castelar y Cánovas del Castillo.

¡Qué aplausos! ¡qué vítores! ¡qué aclamaciones se oyeron entónces!

Aún resuena la grandilocuente palabra de Castelar en mis oidos. En opinion de todos los que le escucharon, el discurso pronunciado en el banquete de Perez Galdós es una de sus oraciones más inspiradas.

* * *

Vuelvo á mi tema de ántes.

Cuando seamos viejos, y nuestros nietos—si llegamos á tenerlos,—nos pidan historias pasadas ó las evoquen y despierten con sus impresiones juveniles, empezaremos siempre nuestros relatos diciendo:

—Cuando en Madrid dimos un banquete en honor de Perez Galdós....

—¡Cuéntelo usted, abuelito, cuéntelo usted!

—Ea pues....¡atencion!

Y empezaremos con voz gangosa la relacion cien veces emprendida, y nuestros ojos cobrarán animacion y brillo, y un destello de juventud y de vigor flotará en derredor de nosotros, y volveremos á oir á Castelar y á Echegaray y á Cánovas.... y contemplaremos la figura atónita y conmovida de Perez Galdós y oleadas de entusiasmo agitarán nuestro pecho, y exclamaremos con dicha y placer:

—¡Qué tiempos aquellos! ¡Ah!.. ¡qué tiempos...!

PEDRO BOFILL

Madrid 30 marzo 1883

PARIS ARTISTICO Y LITERARIO

El baile de los artistas.—*La glu*, drama de Richepin.—*L'as de trefle* y *Formosa.*—*Les nevroses*, poesías de Rollinat.—Acuarelistas.

El baile de los artistas estuvo muy concurrido, los trajes eran caprichosos; muchos de aquellos estaban vestidos con propiedad y gusto.—Adolecia no obstante de faltar en él las primeras divinidades de la escena. Ni la Sarah Bernhardt, ni la Judic, ni la Granier, ni algunos otros muy renombrados, fueron.

* * *

Hablé en una de mis últimas correspondencias del drama de Richepin, *La Glu*, y decia que se esperaba que tendria un gran éxito, y en efecto, así ha sido.

Voy pues, á dar cuenta á mis lectores de dicho drama. No la dí en el momento del estreno, como es costumbre, y sólo sí lo hago el dia en que se deja de representar en el *Gimnasse*, por una razon muy sencilla.

Juan Richepin es amigo mio, y mis elogios hubieran podido parecer interesados á haberlos pronunciado ántes que otros críticos más competentes se los hubieran concedido con justicia. Y vamos al asunto.

Richepin en *La Glu* nos ha retratado un tipo indígena de nuestra civilizacion moderna, por desgracia harto frecuente en las grandes ciudades, y en especial en Paris.

La Glu es el prototipo copiado del natural de esa mujer malvada que Salomon describió en sus Proverbios, que los profetas maldijeron en Babel, que los santos creyeron que era diablo *súcubo*, que la Edad media halló con Margarita de Borgoña y el Renacimiento con Lucrecia Borgia; pero presentada bajo el aspecto que toma hoy en nuestra sociedad mercantil y positivista. Es una mujer bella, elegante, distinguida, ilustrada, *esprit fort* y perdida hasta la médula de los huesos, que no tiene la menor idea de justicia, ni el menor acto de caridad y amor al prójimo. Su móvil es el egoismo; sus medios, el cálculo frio apoyado en sus atractivos. Caprichosa por temperamento, sin valla á su voluntad, se obstina en poseer lo que desea, y desea poseer todo lo que sobresale. Valor, talento, gallardía, fortuna, vicio, ó inocencia, todo desea probarlo; y apénas lo ha logrado, apénas se ha hecho dueña de un corazon, lo destroza y lo arroja léjos de sí, como un desecho inútil, y en seguida pasa á otro. Si algun corazon guarda algun tiempo, éste es perverso. Es una devoradora de hombres. Lo mismo acaba con la fortuna, que con la reputacion ó la salud. ¡Qué le importa, si esto la distrae! Posee sólo el talento necesario para la intriga menuda, ese talento de los séres inferiores, del salvaje; talento desconocido por completo del hombre inteligente y fuerte, que sólo en lo grande repara. Pero le basta con esto y con su inmensa mala fe. Ataca siempre por el flanco abierto que presenta todo hombre serio y sincero.

Segun le conviene, y con un tira y afloja muy estudiado, llega á conducir á la ruina ó á la desesperacion á los más honrados. Es un Neron hembra; produce el mal por gusto y con arte. Desprovista de ese sentimiento reflejo que hace que sintamos el mal ajeno, lo ocasiona hasta sin darse cuenta de ello, cual el niño que ahoga un pájaro al intentar hacerle una caricia.

El que haya vivido la vida del espíritu en los grandes centros de la civilizacion moderna, ó el que haya tenido en ellos una gran fortuna, por fuerza habrá tropezado con alguno de estos séres. Infeliz de él, si no ha sabido desprenderse á tiempo de sus garras.

Esta es *La Glu* de Richepin; más verdadera en el tipo que la Nana de Zola, puesto que Nana es la hija de un borracho, que creció entre la miseria y el vicio, siendo ya desde un principio francamente la eterna prostituta, y prostituta que invade el teatro, que hace presa en la clase elevada, pero prostituta franca al fin. Miéntras que *La Glu* es la mujer que, hija de una buena familia, bien educada y mejor instruida, casada luégo con un hombre virtuoso que la adora, se lanza al vicio y al crímen por vocacion, no teniendo ni la excusa de la miseria ni la de la ignorancia.

La Glu, cuyo lema es: *el que se acerca á mí se engancha*, se llama Fernanda, y es la mujer separada de un sabio filántropo, el Dr. Cézambe; al poco tiempo de su matrimonio sintióse atraida por la curiosidad de la falta, y viendo que las virtudes domésticas carecian de atractivo para ella, empieza por engañar á su marido, luégo engaña á su primer amante, despues al segundo, y acaba por encenagarse en el fango de la crápula, vendiéndose al más infame.

La accion del drama empieza en el momento en que ha preso en sus redes de amor al sobrino del opulento conde Kermann. Con este jóven calavera háse ido á habitar un chalet entre Guerande y Croisic, á orillas del Océano. Allí encuentra ella un jóven marino llamado Pedro, hijo de una excelente mujer (María de los Angeles), el cual es un modelo de bravura y de virtudes. A punto estaba de casarse con una linda muchacha del pueblo, cuando Fernanda concibe la idea de apropiárselo. Grande es la experiencia de la malvada; muchos los caprichos que ha satisfecho, infinitas sus seducciones, pero en su lista no cuenta aún la seduccion de un jóven varonil y sencillo, en el cual todo es naturalidad y honradez.

Diestra en tales artes, no tarda en apoderarse del corazon del pobre marino y pronto lo trasforma en un tránsfuga del deber, en un idiota abrumado bajo el peso de las pasiones más brutales. Hace ya tres dias que Pedro no va á su casa, y que no le ve su madre. La pobre corre desconsolada á buscarlo acompañada de un buen marinero; llama á la puerta del chalet de Fernanda, y tanto es lo que la perversa ha fascinado á su novel amante, que éste rechaza á su infeliz madre desesperada, y áun deja que la *Glu* la insulte. Pero todo pasa, y una mañana la infame se marcha á Nantes y el desdichado Pedro vuelve á su casa á pedir perdon á su pobre madre, que se lo concede anegada en llanto. Arréglase de nuevo la boda con la jóven Naik, la linda aldeana. Celébranse los esponsales con una fiesta marítima, y en este momento la *Glu*, que lo ha sabido, impulsada por el amor propio, vuelve otra vez y logra hacer perder de nuevo el juicio al jóven marino, el cual torna, como fascinado, á casa de Fernanda; pero al entrar allí encuéntrase al conde Kermann que va en busca de su sobrino, y al Dr. Cézambe que quiere poner fin á los escándalos de su infiel esposa. Y Pedro lo sabe todo. ¡Terrible momento! Al reconocer lo infame que es la que le ha hecho olvidar sus deberes, loco de rabia quiere suicidarse y se rompe la cabeza contra una pared cayendo desvanecido. Llévanlo á su casa ensangrentado, y la *Glu* le sigue. La madre, indignada, le cierra el paso; no importa; la empuja, sube desatentada la escalera, pero María de los Angeles coge un hacha y de un hachazo derriba á la que ha perdido á su hijo, la cual muere rodando la escalera, entre horribles convulsiones. En esto aparece el doctor que ha seguido á su esposa infiel; la buena María de los Angeles quédase aterrorizada ante lo que ha hecho; le estremece la idea de verse separada de su pobre hijo por la justicia; cuando el doctor exclama: *Estamos solos, nadie ha visto lo que ha pasado;* y cogiendo el hacha, llama gente, les enseña el cadáver de la *Glu* y les dice: *¿Veis esa mujer? Era la mia; me habia engañado indignamente, y me he vengado.* Tal es el final del drama que, por su trama sobria y robusta y por los

caractéres que tan magistralmente describe, y por el final inesperado, ha conmovido á todo Paris. ¡Cuántas en *la Glu* han reconocido su propio retrato!

El drama de Richepin interesa y conmueve. Está admirablemente escrito y hay en él una exposicion de caractéres y de situaciones que asombran. Sus efectos dramáticos no fatigan, pues el ánimo descansa de las violentas escenas, en las dulces y apacibles que nos presentan personajes tan simpáticos y tiernos como María de los Angeles, Naik, y el viejo pescador que las acompaña.

La Glu es uno de esos dramas que no morirán, pues describe uno de los tipos de la humanidad, bajo el aspecto especial con que se presenta en nuestro siglo, de una manera admirable y con un relieve digno del genio.

* * *

El *As de trefle*, que se acaba de estrenar en el *Ambigu*, es uno de tantos dramas judiciales de que está llena la escena francesa. Toda la trama consiste en la averiguacion de un crímen y en toda la obra tiene más que ver el juzgado que la literatura.

* * *

En el Odeon se ha estrenado el drama de Vaquerie, *Formosa*. Una audicion no nos ha bastado para juzgar de él. Sólo podemos decir que está escrito con sobriedad y vigor, y desprovisto de detalles importunos. Daremos cuenta en la próxima correspondencia.

* * *

El gran éxito del dia es el interesante tomo de poesías de Rollinat, titulado: *Les Nevroses*. Rollinat es un poeta sentimentalmente terrible. Pertenece al género de los Boudelaire, Edgard Poe y Bartrina, pero sobre todo se parece á éste último. Como Bartrina, Rollinat tiene dos aspectos. Poeta de la naturaleza, tierno, descriptivo, sencillo, lleno de amor y de afectos delicados, se nos revela en el *Liseron*, *Pouliches*, y otras composiciones. Sus descripciones recuerdan á Teócrito y hacen pensar en Lucrecio. Ha sentido profundamente la naturaleza, ha entendido el canto de las aves y los chirridos del grillo; ha experimentado la tristeza y la embriaguez de la primavera y del invierno, y ha visto en octubre á las vides retorciendo sus secos y desnudos brazos como dando un adios al sol poniente que las fecundaba.

Poeta terrible, está enfermo de esa enfermedad divina que se llama genio, cuya llama le incinera el cerebro. Tiene esa sensibilidad refleja exquisita que hace que uno sienta en su persona el mal ajeno como si fuera el propio. Con conciencia del propio valer y sin esperanzas de ultratumba, fija la idea en la huesa, en la cual cree que todo acaba, hállase presa del terror de la muerte, cuyo espectro le acosa de contínuo.

Rollinat es más dramático y más terrible que Bartrina, pero es ménos razonador y ménos incisivo.

Rollinat canta lo que siente, se canta á sí mismo, sus versos son él; sus neurosis son sus obsesiones, sus alucinaciones, sus sueños, sus pesadillas, sus delirios; neurosis del genio, producidas por una sublime preocupacion suya que no es individual, sino la que proviene de la solucion del eterno problema de la inmortalidad buscada por todos los filósofos de todas las épocas.

Mauricio Rollinat se nos ha revelado en su libro como un poeta de gran fuerza que ha sabido reproducir fielmente el eco de la Naturaleza y el de la conciencia de la humanidad repercutido de un modo sublime en sus versos sobrios y sentidos.

* * *

Se ha abierto una nueva Exposicion de acuarelas. En la próxima correspondencia daremos la revista.

POMPEYO GENER

NUESTROS GRABADOS

CABEZA DE ESTUDIO

(Copia de una acuarela de Pradilla, *grabada por Weber*)

Los que creen que el sol de la gloria se ha puesto para España, ó no conocen á España ó no entienden lo que es gloria.

Ciertamente no tenemos á un duque de Alba en Flandes que imponga el yugo de Felipe II á los mal avenidos con extraño monarca; ni la torre de los Lujanes ha vuelto á albergar real prisionero alguno; ni otro Hernan Cortés ha conquistado desconocido y rico imperio para la corona de Castilla. Mas no es el único sol glorioso aquel que ilumina el entusiasmo de los vencedores y el pesar de los vencidos; porque, sin ánimo de plegar la noble bandera que ondeó un dia en Roma y en México y en Oran y en Lepanto, en el actual siglo de las luces alguna más importancia que el Cid tiene Cervantes y no palidece la aureola de Calderon enfrente de la de Gonzalo de Córdoba. La España moderna, que ha producido poetas como Zorrilla y García Gutierrez, profesores como Orfila y Moreno Nieto, pensadores como Balmes, actores como Latorre y Romea y pintores como Fortuny y Pradilla, tiene un sitio digno que ocupar en el areópago de la edad presente y contingente de títulos que exhibir para que se la admita, por derecho propio, en el interior del templo de la gloria.

LA ILUSTRACION ARTÍSTICA, que no perdona medio á fin de popularizar el genio de nuestros grandes pintores, tiene una verdadera satisfaccion, casi podríamos decir orgullo, siempre que, como en el presente número sucede, puede insertar en sus páginas una de esas obras de arte que formarian la reputacion de un autor, si este autor no fuese el de *Juana la loca* y de la *Conquista de Granada*.

Examínese detenidamente la cabeza de estudio de Pradilla, con tanta conciencia grabada por Weber, y dígase si quien así dibuja no tiene el derecho de reclamar para su patria el respeto de los hombres cultos de todos los pueblos.

EL MES DE ABRIL, dibujo de Emilio Keyser

Si fuéramos dados á los *rompe-cabezas*, entretenimiento que un chusco calificó de *quebradero de cabeza para uso de los que ninguno tienen*, preguntaríamos al lector, en presencia de ese hermoso dibujo: ¿dónde está el mes de abril?.... ¿Revela su llegada el almendro en flor, ese árbol que parece afanarse para despedir al invierno y del cual se venga éste muy á menudo helando los botones de que harto precipitadamente se cubre ó llevándose entre los pliegues de los últimos vientos frios las delicadas flores con que prematuramente se engalana; severa leccion dada por la naturaleza á los que hacen de sus fuerzas un alarde extemporáneo?

¿O son precioso símbolo de ese mes las dos hermosas criaturas que cosechan las flores de ese almendro, capullos de mujer, botones primaverales de la humanidad, que cual los de la naturaleza vegetal pueden ser desprendidos de sus tallos ántes de ser frutos y áun ántes de ser flores?

Cualquiera de esas dos imágenes caracteriza perfectamente al mes de abril, y el autor del dibujo las ha combinado con naturalidad y delicado sentimiento.

MUSICOS AMBULANTES DE VENECIA dibujo de A. Conadam

Los venecianos han cantado siempre.

De ellos podria decirse que, como los pájaros, han nacido para cantar.

Cuando sus galeras de combate vencian á sus enemigos en cuantos mares surcaban y sus naves mercantes monopolizaban, con las españolas, el comercio de todos los puertos, los hijos de Venecia, ricamente ataviados y brillando en sus ojos el orgullo patrio, cantaban romances de guerra al pié de las dos columnas ó amorosas endechas cabe la reja de sus apasionadas amantes.

Cuando las rivalidades de sus patricios convirtieron á la deliciosa reina del Adriático en una ciudad misteriosa, en la cual el miedo de los unos, la venganza de los otros y el despotismo de todos, aguzaban puñales en las sombras y guarecian enmascarados bravos bajo las arcadas de los palacios; los venecianos cantaban su decadencia al compás de aquellos remos que algunas veces aplastaban el cráneo de los cadáveres flotantes en los canales.

Cuando los soldados extranjeros, despues que un conquistador, émulo de Alejandro, hubo uncido al carro de sus victorias la cuadriga de bronce de San Márcos, se posesionaron de la ciudad decaida y los cañones austriacos ametrallaron más de una vez á los que suspiraban por una patria comun, como era comun su cielo con el cielo de Turin, de Florencia, de Nápoles y de Roma; los venecianos, cual los israelitas en el destierro, cantaron al son de sus cadenas la triste salmódia de su largo cautiverio.

Hoy que, apénas salida del sepulcro, al contemplarse en las aguas del Gran Canal, ni siquiera se reconoce á sí misma; hoy que su alcázar ducal no es otra cosa que un destartalado edificio lleno de recuerdos, cuyos marmóreos pavimentos en lugar de ser pisados por el pulido borceguí del senador, lo son por las botas empolvadas del *touriste;* hoy que los palacios de los Fóscari y de los Grazzaniga son exíguas fábricas de cristal ó poco confortables fondas; hoy los venecianos, sin marina, sin agricultura, sin industria, embarcados en góndolas desvencijadas, cantan perezosamente sus recuerdos y sus esperanzas al pié de los balcones, desde los cuales gracias si un extranjero compasivo arroja alguna media lira para aliviar tanta miseria.

LA BELLA HILADORA, dibujo de K. Kogler

Una jóven hiladora, de los primitivos tiempos de la Grecia, suspende un momento su monótona tarea, para convertir en objeto de entretenimiento el huso que le sirve para su trabajo, procurando introducirlo á plomo en la boca que á este fin le presenta abierta el muchacho sentado á sus piés. El asunto es por demás sencillo, pero ameno, y la naturalidad y gracejo con que está tratado, así como la belleza y lozanía de la hiladora, hacen que se contemple este capricho del artista con agrado.

DE LA NUEVA COSECHA, por A. Simonetti

Simonetti es uno de los artistas que de más fama gozan hoy en Italia como experto dibujante y excelente acuarelista. El grabado que lleva el título con que encabezamos estas líneas bastaria para justificar su renombre, pues tanto la actitud del bebedor inteligente que contempla satisfecho el preciado líquido, como la soltura, facilidad y donaire con que está trazado el conjunto de la figura, demuestran que su autor posee la espontaneidad y los conocimientos que se requieren para conseguir con pocas líneas admirables efectos.

ARROJADO A LA PLAYA, por S. Reinhart

El mar es como uno de esos animales fieros y mal domeñados que tarde ó temprano se sublevan contra su dueño.

Cuando la tempestad le azota, parece que el hambre pone fuera de sí al monstruo insaciable; y entónces todo lo traga, todo lo sepulta en sus entrañas indestructibles, en esos abismos á cuya profundidad no ha descendido el hombre sino cadáver. Diríase, á la vista de tantas desgracias, que el mar ha sido creado para devorar parcialmente á la tierra, hasta que venga para ésta aquel dia sin sol en que montes y llanos, ciudades y campos, hombres y cosas han de desaparecer envueltos en las hirvientes olas de un mar sin vallas.

La escena que representa nuestro grabado es uno de tantos episodios tristes de la historia de la navegacion, episodio que apénas deja más huella que la del cuerpo del difunto en el lecho mortuorio de la playa. Y sin embargo, ese humilde marino es un héroe y una víctima del deber: como el simple soldado que da su vida por una causa que poco ó nada le interesa, el pobre tripulante sucumbió en defensa de la nave ajena, que es su causa, que es aquella bandera á que murió abrazado.

En semejantes casos, es decir, cuando el mar arroja el cadáver de alguna de sus presas, la sociedad representada por sus agentes, se limita á consignar friamente el hecho, y gracias si llega á noticia de la mísera viuda y de sus hijos huérfanos que la piedad de algunos marineros ha erigido una tosca cruz de palo encima de aquel pedazo de tierra bendecida que guarda, léjos, muy léjos de su patria, los restos del infortunado náufrago.

CADA OVEJA CON SU PAREJA

I

Despues de un largo paseo hácia *las Ermitas*, el marqués de Montello volvia á Córdoba al paso de su caballo, apoyado indolentemente en la concha de su silla vaquera y abstraido en esa vaga meditacion que suscita el campo á la caida de una tarde de otoño.

Mediaba el mes de octubre; las campiñas andaluzas aún estaban en la plenitud de su verdor; pero las prímulas se iban ya marchitando y alguna que otra *aguza-nieve* que se dejaba ver, anunciaba la proximidad de lluvias temporales.

Esta melancolía otoñal aumentaba el fastidio del marqués de Montello, qne se aburria en Córdoba, su ciudad natal, en la que se hallaba hacia seis dias, ocupado en la transaccion de un largo y ruinoso litigio. Desde que el marqués habia entrado en posesion de su título y de su patrimonio, exceptuando algunas breves excursiones á Italia y á Inglaterra, dividia su existencia entre Paris y ese *pedazo de cielo* que comienza en Sevilla y termina en el océano.

Dos ó tres veces cada año y en direccion opuesta, pasaba por la patria del Gran Capitan, y si algun amigo le encontraba en la estacion del ferro-carril y le preguntaba, obtenia siempre la misma contestacion: «Voy á Paris» — ó bien: «Voy á Sevilla y á los Puertos.»

Pero un hombre jóven, guapo, rico y ocioso, no soporta impunemente semejante vida, y mucho más si, como el marqués de Montello, tiene una imaginacion viva y meridional. Salir de la atmósfera viciosa y fantástica de la capital de Francia, para entrar en ese limbo enervante y lleno de apasionada melancolía, que satura, digámoslo así, el ambiente andaluz, es un contraste peligroso; un insomnio del espíritu que nunca descansa de placenteras excitaciones; así es que el marqués, á los treinta y seis años de edad, estaba muy *fané* como dicen en la patria de Racine, ó muy *pasaito*, segun locucion vulgar en la tierra de María Santísima.

El marqués, que habia tenido algunos amoríos efímeros y de poca consistencia, pensaba vagamente en el matrimonio; pero queria una mujer hecha á su imágen y semejanza; fina, inteligente, fiel, y dotada además de unos detalles físicos que rara vez se reunen en ninguna hija de Eva...

El marqués traspuso una cuesta y al llegar á una pradera tapizada de musgo, detuvo á su caballo, sin duda para permitirse una pequeña expansion de propietario; pues mirando hácia una casa de labor que habia en el otro extremo de aquel campo, se dijo hablando consigo mismo:

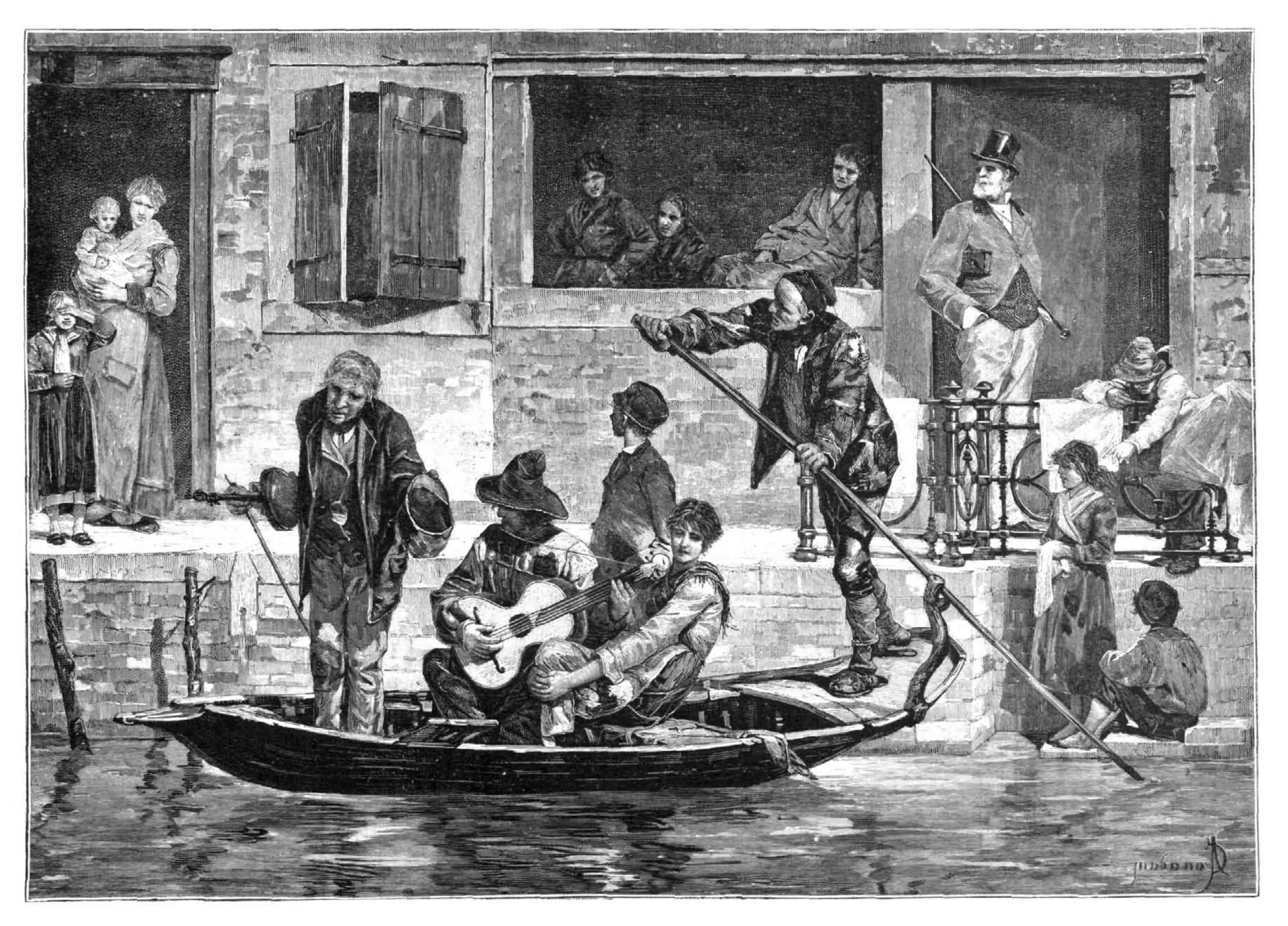
«Tiene buen aspecto mi cortijito, con sus blancas tapias y con su cercado de pitas y cambroneras; ¿qué no daria yo por poderle trasladar á Paris á la Avenida de la Emperatriz? Allí haria un efecto sorprendente.»

Este deseo sintetiza el carácter del marqués, que era una extraña amalgama de refinamientos de civilizacion y de poesía campestre y casi bucólica.

Pero pronto llamó su atencion otro objeto, en el que á primera vista no habia reparado. En un ribazo situado en el linde de la pradera que terminaba en una cañada, vió una jovencita que en pié é inmóvil dirigia sus miradas hácia la hondonada que formaba el terreno. Parecia tener de quince á diez y seis años de edad, y llevaba por único traje una camisa muy blanca y una falda de esa tela que aún se conoce en Córdoba con el antiguo nombre de burato. Su talle airoso y flexible que se dibujaba en la penumbra de la tarde, llamó desde luégo la atencion del marqués, el cual se fué acercando á ella lentamente sin ser sentido por la niña que se hallaba como absorta en la contemplacion de un objeto lejano y que no oyó



EL MES DE ABRIL, dibujo por Emilio Kayser



MUSICOS AMBULANTES DE VENECIA, dibujo de A. Conadam

el leve ruido de la marcha del caballo pisando sobre el musgo.

Al verla más de cerca, el marqués se quedó admirado de su belleza infantil. Tenia la tez blanca y pálida; sus ojos castaños estaban bañados de ese flúido meridional que es la *llama líquida*, como ha dicho no sé quién; y por un contraste extraordinario en Andalucía, sus cabellos, mal peinados, se asemejaban á un monte de oro.

Todo esto era de por sí atractivo; pero el marqués *exploró* nuevos encantos en aquella niña; porque tenia la manía de preferir ó mejor dicho de admirar las manos y los piés femeninos, y jamás habia encontrado junta la perfeccion de estas dos extremidades.

El lector, pues, no extrañará que el marqués prorumpiese en este monólogo mental:

«Tiene las manos de Lucianela y los piés de mademoiselle Leonie.»

Lucianela era una pescadora de la playa napolitana de la Margelina; y mademoiselle Leonie una corsetera que tiene una tiendecita en Paris, en la *Rue Cadet*; el marqués habia amado á ambas y eso que cada una de ellas sólo poseia uno de los atractivos anhelados.

Una mujer que salió del próximo cortijo, gritando: ¡Rafaela! ¡Rafaela! distrajo la atencion del marqués; y la muchacha al oirla, en vez de acudir á aquella voz que la llamaba, fijó durante un momento su sorprendida mirada en el caballero; y dando un rodeo por la pradera, se entró en el caserío, miéntras que la cortijera se dirigia hácia donde estaba el marqués á quien habia conocido desde léjos.

—¡Buenas tardes, Rosa!—dijo el marqués.—¿Es hija tuya esa muchacha á quien llamabas?

—Sí, señor marqués; la única familia allegada que me queda.

—¿Sabes que es preciosa?

—Sí señor; mi Rafaela es guapilla, pero me da muchos disgustos.

—Pues ¿cómo?

—Se ha enamoricado de un muchacho, vaquero del señor duque de Hornachuelos, que no tiene más que el dia y la noche; y por más que la riño y la amonesto, ella erre que erre en que ha de quererle.

—Vaya por Dios.

—Ya ve V. E., una mocosa, que como quien dice, ayer jugaba á las muñecas... y á propósito, señor marqués, sabiendo que V. E. estaba en Córdoba, pensaba mañana ir á verle...

—¿Necesitas algo, Rosa?

—Tenia que pedir un favor á V. E. Desde que murió mi Juan, el cortijo está abandonado. V. E. es un buen amo; ¿no podria darme en Córdoba ocupacion?

—¿Quieres dejar el campo?

—Una mujer no sirve para estas faenas y además esos amorios de la chiquilla...

—Está bien. Vé mañana á verme y hablaremos...

Aquella noche el marqués de Montello vió, durante su sueño, manos finas, descarnadas y un tanto largas, como las de las Vírgenes de Rafael; y piececitos arqueados como los de la Leda de Benvenuto Cellini, que habia admirado en el palacio Pitti de Florencia.

II

«Paris 12 de marzo.

Querido primo César: á pesar de lo que digan los Ponces de Leon, de Sevilla; los Perez de Barradas, de Ecija; los Aguilares, de Córdoba, y demás entronques de la casa de Montello, me caso con Rafaela, la hija de Rosa la Cortijera. Así pues, vé preparando los bártulos, á fin de que á mi paso por Madrid, estés *apercibido* para venirte conmigo á Córdoba á presenciar mi fausto enlace.

En mi amor hácia Rafaela entra por mucho (y perdona la comparacion) una satisfaccion parecida á la que debió sentir el Creador del mundo al pronunciar su fecundo *fiat*; porque yo tambien dije para mis adentros: *hágase*; y la niña desarrapada y huraña, que vagaba casi en cueros por los campos, se ha trasformado en la primera señorita del reino, por más que no circule por sus venas ni una gota de sangre azul. Verdad es que como yo no soy tan poderoso como Dios, he necesitado para esta especie de génesis tres años y la cooperacion del convento del *Sagrado Corazon*, en donde, como tú sabes, hasta la mitología la enseñan de una manera pudibunda.

Pero he conseguido mi objeto; Rafaela es el arquetipo del atractivo y de la elegancia. De seguro los que no la conozcan y la vean en el locutorio del convento, la tomarán por una Briancourt ó una Montmorency; ¡cuál no será su encanto, que ha vencido la oposicion de mi respetable y etiquetera tia Eduvigis! y para que no creas que exagero, voy á referirte un pequeño incidente, que te hará fuerza.

En una de mis no frecuentes visitas á Rafaela, me encontré en el locutorio al eminente escritor y crítico Paul de Saint-Victor, y se la presenté; el gran estilista la miró con insistencia y me dijo en voz baja la siguiente frase que no olvidaré en mi vida: «Es encantadora; se comprende que esa jóven puede serlo todo; Corina exhalando su último canto en el Capitolio; la Princesa de las Cevenas, ganando batallas, y Ofelia poniendo el rocadero á la rueca en la modesta casa de sus padres.»

Estas palabras son algo novelescas, pero son verdad.

¡Si hubieras visto qué efecto causó Rafaela, una tarde en que mi tia Eduvigis y yo la llevamos á paseo á los Campos Elíseos y al bosque! Tú sabes lo novelero que es este pueblo; sobre todo la juventud *dorada*. Una turba de jinetes, en caballos que el ménos valia mil luises, seguia ó rebasaba nuestra carretela; porque Rafaela, además de todas las filigranas, tiene lo que falta aquí para que la mujer parisien sea la más atractiva del mundo, y es: la *llama en los ojos*.

Es tan elegante, que me da á mí, marqués de Montello, lecciones de elegancia. Un dia que me habia puesto unos gemelos de brillantes, por ser regalo de un amigo, fuí á ver á Rafaela y me dijo: «Reluces como una espetera bañada por el sol.» ¿Comprendes tú esto, César? y luégo aseguran que la distincion dimana del nacimiento. ¡Boberías!

Tia Eduvigis y Rafaela están ya en Córdoba; yo me he detenido aquí á arreglar algunos asuntos. Quiero celebrar mi matrimonio en mi ciudad natal; en primer lugar porque es una costumbre tradicional en mi familia y además porque lo exige así mi honradez. ¡Ha habido tantas hablillas respecto á Rafaela! Además debo esta reparacion á la memoria de su madre, la cual me decia alguna vez: «Señor marqués, sólo siento que murmuren de mi hija.» ¡Pobre Rosa! ¿cuánto gozaria en nuestra felicidad, si viviera? Y hé aquí el único punto negro de mi risueño horizonte; temo que el recuerdo de su madre entristezca á Rafaela y vuelva á caer en la melancolía de los primeros meses de su estancia en la pension. Entónces la achacábamos, principalmente, á unos amores precoces y contrariados. Por fortuna, Rafaela fué animándose poco á poco, y se arraigó alegremente en tierra francesa.

Lo dicho, pues, querido César. No te muevas de Madrid hasta que yo vaya, que será pronto; pues pronto tendré, no el fin trágico del Febo de Chateaupers de Víctor Hugo, sino la tranquilidad y bienandanza de todo hombre honrado que encuentra una compañera amable, inteligente y cariñosa.

Quizá mi noble tio el duque de Guadalimar realice su amenaza de volver hácia la pared el cuadro de mi casa de Córdoba en que se ostenta el escudo de armas de la familia de Montello; pero yo le sustituiré con otro que represente una *luna de miel* en creciente, sobre campo tan verde y tan eterno como la primavera de mi amor.

TEODORO, *marqués de Montello*.»

III

Por la carta del marqués de Montello sabemos que Rafaela estaba en Córdoba.

Un dia festivo, en que despues de haber oido misa en la Catedral, volvia á su casa, acompañada de una criada, acercóse á Rafaela una chicuela como de ocho ó diez años y la preguntó:—¿Es usted la señorita Rafaela?

Esta contestó afirmativamente; y entónces la niña, presentándola un papel doblado, repuso:—Esto me han dado para usted;—y no bien le hubo tomado aquella, se alejó corriendo por la calle de José Rey.

Rafaela, algo sorprendida, desdobló el papel, que era un pliego grande manuscrito; pero no bien hubo leido los primeros renglones, volvió á doblarle y se le guardó en el bolsillo de su vestido.

—¿Se ha puesto usted mala, señorita? preguntó la criada notando la palidez de que se encubrió el semblante de Rafaela.

—No, no es nada—contestó esta—pero hay tantos infortunios!

No bien llegó á su casa, se encerró en su cuarto, desdobló el papel con mano trémula, vaciló un momento y por fin le leyó.

Decia así:

«Rafaela: no puedo más. Harto he reprimido los impulsos de mi corazon, en estos dias de amor y de desesperacion, de sueños irrealizables y de proyectos insensatos. Por lo que más ames ó hayas amado, te ruego que leas hasta el fin estos renglones empapados en mis lágrimas, desahogo de un dolor inexplicable, voz del pasado, que despues de tanto tiempo, llega hasta tí.

Comprendo tu sorpresa;—¿cómo me escribe?—te dirás—¡él, que apénas sabia hablar! es que por tí, Rafaela, yo lo sé y lo puedo todo, ménos dejar de quererte.

Cuando dejaste tu cortijo y te fuiste á Córdoba y despues te llevaron muy léjos, sufrí una pena indecible, que sólo puede comprender el que se ha hallado en igual caso. Estaba como azorado, una dolencia desconocida me quitó las fuerzas y hasta el movimiento, y durante muchos dias permanecí en mi casa de la sierra, envuelto en un limbo oscuro, que se asemejaba al idiotismo. Recordaba, no obstante, nuestros últimos coloquios y hasta los años de nuestra infancia; contemplaba las hojas de malva-rosa y las moras, secas ya, que tú me dabas y que yo he conservado como amorosas reliquias; recordaba aquellos dias en que niños los dos, vagábamos por nuestros hermosos campos, llevando en nuestras cabezas coronas de amapolas, que bañadas del sol, parecian lenguas de fuego, cuando nos mirábamos en los charcos ó en las fuentes...

Por fin me repuse, y la salud me devolvió la energía y la esperanza. Supe que el marqués de Montello pensaba educarte y hacer de tí una señorita; y entónces se me ocurrió un pensamiento, que no puedo calificar de insensato. Rafaela aprende—me dije;—Rafaela se eleva; pues bien, yo tambien aprenderé y me elevaré hasta ella. Y fuí á las *Ermitas* y ví al P. Mauricio, á quien conoces, y que es un sabio, y le dije:—Padre, tengo ansia de salir de la ignorancia; enséñeme usted.

¡Oh, Rafaela! ¡qué horizontes se han abierto ante mí! ¡qué hermosa es la ciencia! ¡qué triste vida vive el hombre ignorante. Yo estudié, aprendí y supe... Supe conocer el mundo antiguo, el origen de muchas cosas de que no tenia idea. Supe que estamos rodando en la inmensidad del espacio, que esas estrellas que tú llamabas *las candelitas del cielo*, son otros tantos mundos quizá más hermosos que el nuestro, y que el sol no es más que uno que vemos, entre soles innumerables.

Pero cuando leia y estudiaba pensaba en tí. Esto me acerca á ella—me decia;—cuantas más sensaciones perciba mi inteligencia, amaré á Rafaela, no más, porque es imposible, pero sí mejor. El P. Mauricio encomiaba mi rapidez de comprension, aconsejándome que dejase la vida del campo; pero yo, Rafaela, y fíjate bien en estas palabras, yo soy inmutable en mis afecciones; sólo por tí abandonaria estos anchos ambientes, los aires puros que necesitan mis pulmones, las carreras á caballo, los mugidos de las reses y el alegre sonar de las esquilas.

Y digo que sólo por tí lo abandonaria todo, porque he estado á punto de hacerlo. Ya te lo diré despues.

En esta fiebre de estudio y de recuerdos tuyos, he vivido tres años, solitario en el mundo como un anacoreta en el desierto, sin tener como este la seguridad de un bien infinito: ¿cómo se puede vivir así? ¡Ah! se vive, se vive como vive el ciego recordando el semblante de las personas amadas y la luz del dia, que un tiempo vió.

Alguna vez la fuerza de la juventud y la poderosa atraccion del amor hacíanme salir de mi letargo. En una ocasion en que fuimos á Extremadura á llevar ganado, en Cáceres, ví asomada á una ventana una jóven que se parecia á tí; se parecia tanto que durante un momento creí que eras tú misma ó que mi eterno deseo habia tomado cuerpo y realidad. Me aproximé á ella, la dije yo no sé qué palabras; me contestó y en aquellos instantes mi corazon palpitaba como cuando estaba á tu lado.

Mas ¡ay! el encanto se desvaneció en breve.

Sus ojos, es verdad, se parecian á los tuyos, á la tuya su boca; su acento extremeño se asemejaba al tuyo andaluz; pero faltaban á sus ojos la llama y la caricia, á su boca la sonrisa tierna y graciosa á la par, y á su voz aquella modulacion suave, sólo oida en la tuya, y jamás por mi olvidada.

Desde aquel dia todo acabó. Mi corazon volvió á encallar, mis sentidos á embotarse y no volví á sentir pobres é inútiles aspiraciones de amor; ni siquiera los groseros estímulos de la carne, aún más que el espíritu, muerta en mí.

¡Oh! ¿y se pone en duda la castidad del sacerdote?

Supe dónde estabas, y aunque siempre me halagaba la esperanza de que volverias á Córdoba, guardaba la mayor parte de mi pobre salario, con objeto de atravesar los cientos de leguas que nos separaban y volverte á ver. Exasperado por tu prolongada ausencia, iba á realizar mi propósito fuese como fuese, cuando supe que venias y supe...

Rafaela... el marqués de Montello, ningun hombre será tu marido, viviendo yo. Rafaela, soy inmutable y soy tenaz. Un dia... éramos muy niños, oimos piar la cría de un nido, entre las hojas del olmo del molino. Yo quise cogerle ¿te acuerdas? trepé por el tronco y caí en tierra; cinco veces lo intenté y otras tantas caí. Tenia desgarradas las piernas y ensangrentadas las manos; pero á la sexta vez de intentarlo, llegué hasta la copa del árbol y me apoderé del nido; ¡no me habia de apoderar! áun cuando hubiera estado diez veces más alto! En otra ocasion, esto fué poco ántes de tu ausencia, nos separaba la zanja de la Fuente de los Cañares y yo quise saltarla por no dar un rodeo para aproximarme á tí. Mi caballo se *plantó* asustado; tú sabes lo que sucedió; despues de una brega de media hora, le hice saltar, ó mejor dicho, precipitarse y precipitarme en la zanja: pues si por tan leves motivos nada tuerce mi voluntad, ¿qué no será por retener el bien supremo, la eterna aspiracion de mi vida que intentan robarme?

Rafaela, te he recordado estos incidentes para que te haga mayor fuerza lo que me resta que decirte. Vas á casarte en Córdoba; aunque no sea así, en cualquiera sitio á que te lleven, allí me verás; aunque sea en el dintel de la puerta del oratorio del Rey de España, allí estaré yo para decirte....»

El ruido de pasos interrumpió la lectura de Rafaela, que guardando rápidamente la carta, y enjugándose los ojos llenos de lágrimas, salió al encuentro de doña Eduvigis, la hermana del marqués de Montello, que la buscaba para almorzar.

IV

Cuatro dias despues llegó á Córdoba el marqués de Montello, y desde entónces sólo se habló en la ciudad de la próxima boda de éste con Rafaela, la hija de Rosa la Cortijera.

El marqués halló á su prometida triste y meditabunda; pero lo achacó al recuerdo de su madre que labraba en ella.

Una mañana, Rafaela dijo al marqués:

—Padrino, ¿sentirias mucho no casarte conmigo?

—¿Y lo pones en duda, querida niña?—contestó aquel.—Cuando es una esperanza que acaricio hace tres años, lo sentiria doblemente por mí y por la memoria de tu madre que me pidió al morir que te hiciera mi esposa; pero ¿por qué me lo preguntas?

—Por nada, padrino; no sé cómo se me ha ocurrido esta idea.

Dos veces se fijó dia para la boda y otras tantas hubo que aplazarle, por ligeras indisposiciones de Rafaela;

pero por fin llegó aquel dia tan deseado por el marqués. Desde las primeras horas de la mañana tomó la antigua iglesia de San Pablo un aspecto que daba alegría. Todos los altares resplandecian de luz, el suelo estaba tapizado de yerbas olorosas y el sacristan se habia rizado el cabello.

Se tuvo mucho cuidado en ocultar el dia señalado para la ceremonia nupcial, porque si no, de seguro hubiera hormigueado la gente desde la calle de la Zapatería, en donde vivia el marqués, hasta la Puerta del Rincon, límite de aquel barrio. Con todo, no faltaban curiosos en la plaza de San Pablo y en puertas, ventanas y balcones.

Lo corto del trayecto, la estrechez de las calles, lo bonancible del tiempo, y el deseo de la menor publicidad posible, fueron causa para que se prescindiese de carruajes. Así es, que á las diez ménos cuarto, la novia en traje nupcial y extremadamente linda, se encaminó hácia la iglesia acompañada de la respetable doña Eduvigis y de otras dos señoras que, aunque de buena familia, eran despreocupadas y transigian con el capricho de su pariente el marqués de Montello. Este aún no habia salido de su casa retrasado por la llegada de su amigo el gobernador de la provincia.

Era una hermosa mañana de abril. Algunas nubecillas blancas cruzaban rápidamente por el cielo; y algunas mariposas blancas tambien, porque aún no se habian matizado de los colores del verano, revoloteaban en el aire. Soplaba una maretilla blanda por la parte del rio, y venia de hácia el paseo del Gran Capitan, un olor de azahares, que daba gozo. Todo, pues, auguraba un buen dia de boda.



LA BELLA HILADORA, dibujo de K. Kogler

El marqués de Montello salió de su casa en compañía del gobernador, de su primo César y del poeta Fernandez Grilo, que se hallaba de temporada en su pueblo natal y que, á instancias del novio, habia hecho un himno epitalámico, flúido y brillante como todos sus versos.

Todos estos personajes torcieron la esquina de la calle de la Zapatería y todos experimentaron gran sorpresa al notar la agitacion que reinaba en la vecina plaza de San Pablo y al oir frases y gritos incomprensibles.

Hé aquí lo que habia sucedido:

Poco ántes de llegar la novia y su acompañamiento á la plazoleta en donde está situado el templo, resonaron las pisadas de un caballo sobre los guijarros del empedrado y se presentó un jinete, que poniéndose delante, detuvo á Rafaela y á los que con ella iban. Era un jóven en la flor de la edad, llevaba un gracioso calañés bajo el cual asomaban las puntas de un pañuelo encarnado; vestia una chaqueta de monte de paño fino con caireles de plata, un calzon ancho guarnecido de galoncitos azules y unos botines con esos bordados pespuntes que sólo se hacen en Coin ó en Utrera. Del borrén delantero de la silla pendia atravesada una manta linareña flequeada de bellotas de estambre; y montaba un tordillo fino, de corta alzada y de descarnados remos, de esos que sólo se ven en la serranía de Córdoba.

Los ojos del jinete relampagueaban con una expresion extraña de despecho y de ternura. Dejó caer las riendas sobre el cuello del caballo, sacó de una pistolera oculta bajo la manta una pistola de arzon; y envolviendo á Rafaela en una mirada intensa, dijo con voz firme: «Rafaela, te repito de palabra lo que te escribí: en Córdoba, en cualquiera sitio á que te lleven, allí me verás; aunque sea en el dintel de la puerta del oratorio del Rey de España, allí estaré para decirte: viviendo yo no te casarás con hombre alguno. ¿Quieres venir conmigo, ser mi esposa, hacerme feliz, pagándome un amor que comenzó con mi vida; ó no te importa verme morir en tu presencia? Elige, Rafaela, elige; pero que sea pronto.»

Y al pronunciar estas palabras, el enamorado mancebo, extendia la mano izquierda hácia la jóven y alargaba una pierna como ofreciendo un punto de apoyo á aquella; miéntras que con la mano derecha se apuntaba á la sien con la pistola amartillada.

—No, Manuel, no—dijo Rafaela con voz entrecortada y cubierto el semblante de espectral palidez;—guarda esa arma; en trance tan extremo no hay eleccion posible. He llegado, he debido llegar hasta aquí, á ver si desistias de tu propósito. Cuando no ha sido así, es que Dios lo quiere. Soy tuya; vamos pues.

Y apoyando su piececito en el del jinete, tomó la mano que este le ofrecia y saltando rápidamente á ancas del tordillo, ciñó con sus brazos la cintura de aquel, sin duda para no caerse.

El jóven clavó ambas espuelas en los ijares del caballo, y saliendo al galope, torció por la calle de la Carnicería, á tal paso, que los más diligentes sólo pudieron verle de léjos encaminarse hácia la puerta del Rincon.

Momentos despues llegó el marqués y los que le acompañaban á la plazoleta de San Pablo.

V

Se practicaron pesquisas infructuosas; parecia que la tierra se habia tragado á los fugitivos amantes. Díjose en Córdoba que estos se hallaban ocultos en Extremadura, en las estribaciones de Sierra-Morena; y tambien cundió la voz de que, corriéndose hácia la provincia de Toledo, habíanse refugiado en sus montes; pero nada de fijo se sabia.

Por fin, trascurrido algun tiempo, remitieron al marqués de Montello, que se hallaba en Cádiz, una carta dirigida á Córdoba y concebida en estos términos:

«Excmo. Sr. marqués de Montello.

Escallon 7 de Junio

Queridísimo y nunca olvidado padrino: Te ruego que me perdones. Tú que tienes tanta inteligencia y tanto corazon, debes comprender lo que hice y por qué lo hice. Entre un hombre que me amaba desde niño, que está en la edad de los arrebatos juveniles, que no tiene nada en el mundo más que á mí y que iba á salpicar con su sangre mi velo nupcial; y otro hombre con todos los prestigios del nacimiento y de la fortuna que me amaba, tiernamente sí, pero con la reflexion de la edad madura; no habia disyuntiva admisible. Además, tú que prescindias por mí de tus cuarteles en *sinoples* y de tus águilas *soportes*, debes comprender algo de estos inevitables movimientos de corazon.

Para mayor seguridad atravesamos la frontera portuguesa y hétenos establecidos en este ameno pueblo de Escallon, en donde hay algunos fidalgos y pocos árboles. Nos ha casado á Manuel y á mí, como Dios manda, un buen cura, paisano de Camoens, y hemos tenido la suerte de encontrar pronto el medio de ganarnos la vida. Mi marido es *xefe de boyeros* (lee mayoral) de la vacada del señor conde Farrovo; y yo ¡pásmate! desempeño la plaza titular de *mestra de meninas*; lo cual, vertido al castellano, quiere decir: maestra de niñas de este pueblo. Hé aquí, querido padrino, para qué me han servido los desvelos de las buenas madres del *Sagrado Corazon*, mis cuatro idiomas, mi habilidad en labores, mi aire de duquesita y demás zarandajas que admirabas en mí.

No obstante, estoy muy contenta; Manuel me quiere cada dia más; y yo, si educo brillantemente á alguna de estas portuguesitas, las enteraré en su dia de que te lo deben á tí, como yo te lo debo todo. No creas que lo olvido; tu enojo es mi única preocupacion; porque tú eres el hombre más bueno y más amable que he conocido; pero abrigo la esperanza de ahorrar algunos miles de *reis* para poder ir á verte y decirte: «Padrinito, perdona á tu Rafaela.»

Estoy segura de que el dia aquel de mi escapatoria, exclamarias para tus adentros: «¡Por fin Rafaela ha descubierto la hilaza!» y yo, sin desmentir este aserto, le completaré con el refran ó proverbio que dice: *cada oveja con su pareja*.—RAFAELA.»

F. MORENO GODINO

NOTICIAS GEOGRAFICAS

GROENLANDIA.—La expedicion exploradora que el profesor Nordenskiold prepara, atrae naturalmente la atencion sobre ese país hiperbóreo, del que sólo se conoce hasta ahora el litoral, y esto incompletamente; miéntras que el interior ha sido explorado apénas todavía.

La superficie de Groenlandia no se podria determinar con exactitud, ni áun aproximadamente.

Las costas del norte son enteramente desconocidas; de modo que no podria decirse hasta qué distancia se extiende el continente groenlandés hácia el polo. Considerado el país, por la parte del norte, hasta el punto extremo á que ha llegado la exploracion de las costas, el doctor Rink supone que hay una especie de faja de islas y de fiordos que comprende una extension de tierra de 192,000 millas cuadradas, poco más ó ménos, y que el interior se puede evaluar en unas 320,000.

El invierno no cesa jamás en ese país y de continuo se ven bajar á los fiordos montones de fragmentos de hielo que se estrellan contra las partes salientes de la tierra firme, ó que, cuando avanzan bastante mar adentro, quedan rotos por el movimiento de las olas, constituyendo, al flotar, un peligro constante para la navegacion especial en los mares polares.

Un sabio geólogo noruego ha hecho un viaje á Groenlandia expresamente para estudiar esa marcha de los glaciares, sobre los cuales ha recogido datos muy curiosos. Despues de examinar dos de las más grandes ramificaciones del hielo en el interior del país, ha reconocido que eran verdaderas corrientes de agua helada, cuyo movimiento en direccion al mar era de 47 piés por dia durante el verano. Este movimiento, apénas perceptible, era el de una mole de hielo de 920 piés de profundidad, y que no medía ménos de 18,400 piés de anchura, formidable rio helado que vertia en el Océano 200,000 millones de piés cúbicos de hielo al año.

LOS INGLESES EN ASIA.—El Asia meridional se halla á punto de pasar á manos de los ingleses. Por Perim y Aden son dueños del mar Rojo; su progreso por la frontera noroeste de la India, les permitirá posesionarse del golfo Pérsico y de la desembocadura comun de los dos grandes rios de la Turquía asiática, el Tigris y el Eufrates; el Indostan les pertenece por completo desde las desembocaduras del Indo hasta las fronteras birmanas; y en este momento se anexionan sin ruido las partes de la península de Malaca que no poseian aún.

Dentro de algunos años se hallarán á las puertas de Saigon, temibles y amenazadores, segun opinan los franceses, si éstos no buscan una fuerte posicion en aquella parte del extremo Oriente, que en su concepto debe ser suya.

Dueños absolutos de la India, y protectores de la Birmania, los ingleses quieren apoderarse de toda la península de Malaca para ser únicos poseedores del mar de las Indias. Singapore ha sido el primer establecimiento; á éste ha seguido Malaca, y despues Nanning. Los ingleses se fijan hoy en los pequeños reinos independientes del interior.

En un curioso estudio que acaba de publicar la *Nueva Revista*, M. Brau de Saint Paul da interesantes detalles sobre los progresos de la influencia inglesa en ese país, y particularmente en el reino de Perak.

Hace algunos años, despues de diversos acontecimientos, los ingleses instalaron un residente británico cerca del Rajá de Perak, y este residente agregó á su servicio un oficial del ejército de las Indias, encargado de organizar, con el modesto nombre de policía, un verdadero ejército de ocupacion.

El residente habita con el Bajá la pequeña ciudad de Kauala Kangsoh, capital del reino.

* * *

NUEVA ISLA EN EL JAPON.—Un hombre de edad avanzada, llamado Raissain, natural de la provincia de Satsuma, acaba de descubrir, segun parece, una isla desconocida de todos hasta ahora, y que se halla situada al nordeste de Vladivostock. Esta isla, de una superficie bastante extensa, está deshabitada, pero tiene magníficos bosques.



DE LA NUEVA COSECHA, dibujo de A. Simonetti

GRAN TEATRO DEL LICEO.—Bajo felices auspicios ha empezado en nuestro gran teatro lírico la actual temporada de primavera. *La Africana* y *Los Hugonotes*, las dos primeras obras puestas en escena, han proporcionado magníficas entradas á la empresa, y entusiastas ovaciones á cuantos en aquellas han tomado parte. No es de extrañar: la inteligente direccion del maestro Goula, cuya batuta, cual mágica varilla, parece tener el don de despertar la adormecida destreza de los profesores puestos á sus órdenes, nos ha revelado en ambas óperas bellezas que hasta hoy se nos habian hecho pasar desapercibidas, ofrecido delicadísimos detalles que ni siquiera podíamos suponer y dado á conocer bellísimas piezas y asombrosos efectos musicales de que nos habian privado siempre cuantos maestros se han sucedido en el Liceo. Aunque sólo fuera por esto, se ha hecho acreedor el Sr. Goula al entusiasta aplauso del público barcelonés.

Entre los cantantes, ha descollado, como era de esperar, el eminente Masini, ese tenor de voz angelical y expresion sin par, que arrebata, fascina al auditorio con cada una de sus frases, y que especialmente en todo el cuarto acto de *La Africana* nos hizo saborear con vivísimo deleite las sublimes notas de Meyerbeer, cantadas por él de un modo inimitable. ¡Lástima grande que en *Los Hugonotes* se sintiera aquejado de una afeccion á la garganta que le impidió desplegar sus inagotables recursos, pues si á pesar de ello supo arrancar en el célebre duo del cuarto acto nutridísimos y prolongados aplausos, el entusiasmo del público no hubiera tenido límites de hallarse aquel en el lleno de sus facultades!

La Teodorini, la Gini, Verger, Dufriche, Nanetti y demás cantantes que han tomado parte en dichas funciones han contribuido admirablemente al magnífico resultado de ambas, dándose á conocer como verdaderos y consumados artistas; y los coros.... de los coros sólo podemos decir que de muchos años á esta parte no se habian oido en Barcelona otros iguales por la precision, ajuste, afinacion y vigorosa plenitud de voces de que han hecho gala, y que su breve paso por la escena del Liceo formará indudablemente época en los fastos de este teatro.

NOTICIAS VARIAS

KRAO *(la niña-mona)*.—Actualmente se exhibe al público en Lóndres una niña de seis años llamada *Krao*, natural del reino de Laos, en Cochinchina, donde la encontró un viajero que la ha traido á la capital de Inglaterra. Cuando este viajero conoció á la niña y á sus padres, no habian salido todavía de la selva virgen del interior.

Dicha niña es bastante enjuta de carnes; tiene la cabeza cubierta de pelo negro, laso, espeso y largo que en la nuca es una verdadera crin; sus ojos carecen de íris como los del gorila, con la pupila negra, brillante y dilatada. El aspecto de esta niña guarda mucha analogía con la del citado mono, pues su nariz es tan chata que apénas sobresale de la cara, ancha y oblicua en direccion de los pómulos; sus carrillos son tambien anchos y colgantes, y en su interior almacena *Krao*, como los monos, los alimentos para irlos mascando á ratos; tiene patillas simias bastante largas: la piel, de color amarillo-pardusco, está enteramente cubierta de un vello espeso y sedoso, y todo el cuerpo, á excepcion de la cabeza, se parece de un modo notable al de los antropoideos.

El carácter de la niña es dócil y alegre miéntras no se la irrita, y de su inteligencia puede juzgarse, sabiendo que en pocos meses ha aprendido bastante inglés para hacerse comprender.

Hay quien ve en esta niña fenomenal un caso de atavismo; otros explican el fenómeno atribuyéndolo á la politriquia ó suspension de desarrollo en algunas partes y á cierto período de evolucion de la vida embrionaria, quedando el lanugo permanente, opinion que viene á ser en el fondo la misma que la anterior atendida la explicacion de las trasformaciones embrionarias y posteriores.



KRAO, la niña-mona (de fotografía)

* * *

NUEVA TRANVÍA EN LÓNDRES.—Acaba de inaugurarse en Lóndres un nuevo sistema de tranvía de traccion por un cable sin fin, puesto en movimiento por una máquina fija. Los rails están sustituidos por simples placas de hierro. El cable, metido en dos tubos enterrados, va sostenido en poleas. Cada tubo tiene, en toda su longitud, una hendidura longitudinal por la cual penetra una pinza que coge el cable y lo enlaza por consiguiente con el vehículo. El tubo es de alambre de acero y su hendidura lo suficientemente angosta para que no se introduzcan en ella las ruedas de los carruajes.

* * *

POBLACION DEL JAPON.—Segun el último recuento, terminado en enero, la poblacion de este país asciende á 36.700,318 almas, contándose 18.598,998 hombres y 18.106,120 mujeres.

* * *

Un periódico científico norte-americano calcula la produccion anual de hierro en el dia en 19.500,000 toneladas, de cuya cantidad producen la Inglaterra, los Estados Unidos, Alemania y Francia cerca de 89 por ciento. Inglaterra y los Estados Unidos consumen juntos más de la mitad del hierro producido en todo el globo.

IMP. DE MONTANER Y SIMON



TRASLACION DEL CADAVER DEL EMPERADOR OTON III, DESDE ITALIA A ALEMANIA, POR H. RUSTIGE

ILUSTRACION ARTÍSTICA

AÑO II — BARCELONA 9 DE ABRIL DE 1883 — NÚM. 67



EL MAYOR DOLOR, cuadro por Dall'Oca Bianca

SUMARIO

REVISTA DE MADRID

La emocion producida por una tormenta.—Salvas de artillería.—Lo que *se ve* por cinco céntimos.—Antes de la fiesta.—Ventajas de la imaginacion.—La crónica de modas.—Monotonía de los festejos.—En busca de billetes.—Conflicto entre dos títulos.—Dificultades concejiles.—¡Billetes..... ó la vida!—Vanidad humana.

Para que nada faltase á la variada exposicion meteorológica que la venerable Naturaleza nos está presentando de algun tiempo á esta parte, ha resonado estos dias en los aires el eco de una tronada.

¡Manifestacion completa de los fenómenos naturales!... ¡Nieve, granizo, lluvias..... y últimamente el conato de emocion producida por la tormenta!

No podemos quejarnos. El mes dedicado al belicoso Marte ha tenido todos los caractéres aplicables al antiguo Dios de la guerra.

Escuchando el rumor lejano de los truenos decia la otra mañana un palaciego:

—¡No hay cuidado! *Eso son salvas de artillería con* que en las alturas celebran las bodas de Su Alteza.

* * *

Yo me enteré de toda la ceremonia sentado en un café y haciendo los honores del dia á una legítima botella de cerveza de Baviera.

El mozo que me sirve me trajo un periódico.

—¿Estuvo usted, señorito?

—¿Dónde?

—¡Vaya!... ¿dónde habia de ser?.... ¡en Palacio!

—¡Ah!.... sí, es verdad; hoy se ha celebrado la boda de la infanta Doña Paz con el príncipe de Baviera .... Pues, mira.... no estuve. ¿Y qué ha ocurrido?

—Este periódico trae la descripcion de la fiesta. ¡Lea usted!.... lea usted, y pasará un buen rato.

Como en aquel momento no tenia nada que hacer, leí el periódico que el mozo me entregaba.

No sé cuánto tiempo duró la lectura. ¿Fueron minutos? ¿fueron horas? No me es fácil precisarlo. Sólo puedo asegurar que dejé el periódico sobre la mesa, abrumado bajo el peso de *tanto adjetivo como* se habia salido del diccionario para acudir á las necesidades del redactor encargado de describir la fiesta, estrujado mentalmente por la multitud que habia llenado de curiosidad y de anhelo las galerías del palacio, deslumbrado por los ricos trajes de las aristocráticas damas que asistian á la ceremonia y poseido de fervor religioso ante la brillante solemnidad verificada en la real capilla.

¡Todo esto por cinco céntimos que me habia costado el periódico!

—¡Vaya! —dije. Podrá hacerse cada vez más dificultosa en Madrid la subsistencia. Los cabezas de familia se quejan de que ha subido el precio de la carne, de que los tahoneros amenazan con hacer dar otro vuelo al pan nuestro de cada dia, de que hasta las patatas, ese alimento del pobre, se han encarecido..... Todo esto será verdad. los artículos llamados de primera necesidad andan por las nubes. Pero el pan del espíritu se da por cinco céntimos. Hé aquí que mediante esa cantidad yo he asistido mentalmente á la fiesta que preocupaba desde hace muchos dias al curioso público madrileño. Gracias á mi *imaginacion y á las facultades que* para describir toda clase de hechos adornan al redactor del periódico, yo me encuentro en una situacion igual á la de las personas que soñaron la noche anterior con la asistencia al acto de la boda, que se levantaron apénas amaneció y cepillaron su ropa y dieron órdenes á los criados y tomaron disposiciones para no llegar tarde.

—Mariquita ¡el chocolate! ¡Pronto, que se está haciendo tarde!

—¡Ay Dios mio! ¡á qué hora llegaremos!

—Di Manuel, tú que entiendes de *astronomía*, ¿qué te parece, va á llover? El cielo está así, como si amenazara tormenta.....

—¡No hay cuidado mujer! Mas por si acaso, llevad las sombrillas que os pueden servir á la vez para el sol y para la lluvia.

—Sí, sí; será mejor. ¡Ea, vamos! Mariquita cuida bien de la casa y de los niños. Adios, hijo mio.... pichon, dame un beso.... Ay Mariquita por Dios, mucho cuidado.

Yo me finjo perfectamente todas estas conversaciones, y veo á la multitud apiñada en las galerías del palacio, y *oigo el prolongado murmullo de aprobacion* al paso de la comitiva..... y saludo á los diplomáticos, á los caballeros de las diversas órdenes españolas, á los comisionados de los Cuerpos colegisladores, á los generales y directores de todas las armas, á la flor y nata de la grandeza española, á los ministros, á los gentiles hombres, á los mayordomos de semana y á todos, en fin, los que ostentan alguna dignidad, alguna placa, alguna cruz, algun título que los eleve sobre el nivel de la generalidad humana.

—¿Qué tal, señorito?—me preguntó el mozo de café rompiendo el curso de mis meditaciones.

—¡Muy bien! ha sido una ceremonia festejada y aplaudida. Nunca he visto un zaguanete de alabarderos tan compacto.

* * *

Verdaderamente hay cronistas,—y yo soy uno de ellos—que no sirven para detallar los caprichos de la moda ni los mil adornos de un vestido.

Los trajes de mujer tienen colores especiales que no se encuentran ni en el arco-íris; yo naufragaria, de seguro, *si pretendiera engolfarme en los plegados y bullones* de una falda. Renuncio pues á hacer el papel de modista. Que los trajes de la novia son riquísimos é innumerables, lo saben todas las mujeres que han seguido con atencion el relato hecho en los periódicos acerca de la canastilla de boda.

Yo he fijado más particularmente mi curiosidad en los festejos que se habian de celebrar durante los dias de gala.

Preciso es confesar que los recursos humanos son siempre pobres en tales casos. La monotonía de las fiestas públicas es capaz de desesperar á cualquiera. Iluminaciones, fuegos artificiales, funciones de teatro, corridas de toros..... ¡Siempre lo mismo!

Y áun esta vez el programa es mucho más reducido.

¿Qué se hace al fin y al cabo? Dos cosas: un baile en palacio, y una funcion dramática en el teatro de la Opera.

Pero todo esto se halla revestido de cierto misterio. Yo por más indagaciones que he hecho no he encontrado todavía á nadie que pudiera contestarme lo siguiente:

—Estoy invitado al baile;

O bien:

—He recibido billete para la funcion de teatro.

De modo que en el instante en que escribo estos renglones Madrid se halla en esta situacion:

Una gran multitud que bebe los vientos por asistir á cualquiera de ambas ceremonias ó á las dos juntas, y una Comision de reparto de billetes que al parecer se mantiene en la inmovilidad más absoluta.

¡Hay quien supone que todo es un sueño!

* * *

Pero no; *e pur si muove;* el baile será una realidad, y la mejor razon para creer que el espectáculo de la Opera no es una quimera está fundada en el hecho de que ya produjo desagradables consecuencias entre dos antiguos periodistas conservadores, que á la vez son títulos de Castilla.

¿Porqué no se han de decir los nombres? Son el marqués de Valdeiglesias y el conde de Casa Sedano.

El presidente del Ayuntamiento de Madrid, Sr. Abascal ha echado sobre sus hombros el enorme peso de repartir los billetes para la funcion de teatro. Y en cuanto esta noticia circuló por la corte, millares de peticiones cayeron sobre el alcalde. ¡Es tan *grato* asistir á una funcion *gratis!*

No es fácil saber cómo se las ha arreglado la primera autoridad del municipio. Pero de seguro ha comprendido que el papel de repartidor en las funciones teatrales es uno de los papeles más difíciles.

Desde luégo la prensa, esa fuerza de nuestros dias, como anfibológicamente se la llama, se ha encontrado sin billetes.

—¡Cómo es eso!—dicen que preguntó un periodista al Sr. Alcalde.

Y éste contestó:

—Acudid al marqués de Valdeiglesias, á quien por ser propietario del periódico más antiguo de Madrid, *La Epoca*, le envié diez palcos para que los repartiera entre sus colegas.

Esta noticia circuló por los periódicos, y al dia siguiente la casa del Sr. Escobar veíase asediada por multitud de peticionarios. El marqués de Valdeiglesias no habia recibido billete alguno.

¡Pero vayan ustedes á hacer comprender esto al individuo que tiene mujer, hermanas, hijas, amigos y hasta electores que le acosan con esta frase terrible:

—¡Billetes..... ó el desamor, el desprecio y el olvido!

Tanto vale decirle á uno:

—¡La bolsa ó la vida!

En estas circunstancias el conde de Casa Sedano se encontró frente á frente del marqués de Valdeiglesias en el salon de conferencias del Congreso. Cruzáronse palabras algo duras..... hubo amenazas y nombramiento de padrinos.

Pero claro está que una vez esplicado el *quid pro quo*, esos dos títulos de Castilla volverán á darse el título de amigos.

Entretanto el Sr. Abascal medita los medios de trasladar su Ayuntamiento al desierto de Sahara, á fin de huir de los postulantes.

Ahora, si preguntan ustedes á la mayor parte de los que solicitan billete:

—*¿Qué funcion se va á dar?*

Os contestarán:

—No lo sé: la comedia me importa poco. Que sea de Rojas ó de Moreto, de Calderon ó de Lope, esto es para mí cuestion secundaria. Lo importante es poder lucir allí el traje de gala. Que me vean, que me dirijan los gemelos, que digan «ese es *fulano de tal*».... etc.

¡Oh! vanidad humana..... ¡Cuando dejarás de reinar sobre la tierra!

PEDRO BOFILL

Madrid 4 de abril de 1883.

NUESTROS GRABADOS

EL MAYOR DOLOR, cuadro por Dall'Oca Bianca

El jóven matrimonio ha perdido á su primer hijo.

Fruto de un amor verdadero, durmióse niño y despertó ángel.

Como la Vírgen al pié de la Cruz, los padres del muerto *están* en la meseta de la escalera por la cual desciende el féretro, colgado de blanco, y coronado de flores, triste privilegio de los que mueren sin haber conocido la malicia del mundo, querubines que tienden el vuelo á las esferas de donde parten los rayos que el sol envia al mundo.

Los padres *están*, es decir están de pié, como está el dolor que no tiene siquiera el desahogo de la desesperacion; sin lágrimas en los escaldados ojos, sin color en el desencajado semblante, sin movimiento en el rendido cuerpo, sin aliño en el traje, paralizada la sangre, petrificado el pensamiento; vida sin conciencia de la vida, ocaso de una tarde tempestuosa, alumbrado por el último resplandor de un sol incoloro y frio como un rayo de luna....

—Si quieres hacerme llorar—decia el gran preceptista latino—empieza por llorar tú mismo.

Pues bien, el autor de este cuadro, de fijo ha cumplido el precepto más de una vez durante la ejecucion de su triste obra. Cuando no se siente no se hace sentir.... Ignoramos si Dall'Oca ha pasado alguna vez por el amarguísimo trance de perder á un hijo; en caso contrario Dios le aparte este cáliz, porque es indudable que en tanto nuestro pintor ahonda en esa pena, en cuanto ha encontrado manera de hacerla comprender por medio de imágenes *bellísimas, pero tan desgarradoras como bellas.*

Quien estas líneas escribe ha pasado por este calvario. Tenia veinticuatro años tan sólo, y desde aquel dia datan su primera arruga y su primera cana.

PRADOS A ORILLAS DEL RHIN, cuadro por Herman Baisch

¿Qué contienen las orillas del Rhin para que hasta tal punto llamen la atencion, así de la juventud como de la edad provecta, así de la mujer amante exclusivamente de lo bello, como del filósofo que en todo encuentra un más allá con que alimentar su inteligencia? Es muy sencillo: tienen, especialmente en la estacion veraniega, las manifestaciones de una naturaleza agradecida á la bendicion de Dios y á la industria del hombre.

Es necesario recorrer esos lugares como Víctor Hugo los recorrió en su juventud, con el saco de viaje á la espalda y el baston del peregrino en la mano, para saturarse de tanta belleza. Mas aún ahora mismo, en que los príncipes de las letras y de las artes viajan como tales príncipes y no como los humildes trovadores de la Edad Media, las orillas del Rhin, *en especial desde Maguncia* á Colonia, no tienen rival en Europa.

Y sin embargo, esos prados tan risueños, esos campos donde la utilísima vaca pace tranquilamente una yerba fresca, abundante y jugosa, esas llanuras en donde las montañas parecen simples ondulaciones del terreno, dispuestas para extender cómodamente la vista por aquel océano de verdor, sembrado de poblaciones importantes y de aldeas pintorescas; no siempre han sido, como ahora, una especie de Arcadia feliz. Díganlo las ruinas de sus castillos innumerables, demolidos ó incendiados, unas veces por los mismos alemanes, otras veces por el conquistador extranjero, que es tan feroz en nuestros tiempos como lo fué en los tiempos de Alarico y de Gengis Kan.

Pero el campesino aleman, soldado y labrador á un tiempo como el romano, cultiva con inteligencia y fruicion el suelo que recobró su esfuerzo; y depuesta la corona de encina, ama tejerla de dorados pámpanos para engalanar á su robusta compañera y á sus hermosos hijos.

LAS QUINTAS, cuadro por J. L. Pellicer (grabado por E. A. Tilly)

Cuando nuestro distinguido paisano expuso por primera vez este cuadro, el público, que ya le habia hecho justicia en su otro lienzo,—*Chiton, silencio!... que pasa la ronda*....—reconoció que Pellicer no era solamente un gran dibujante y hábil colorista, sino un pensador profundo, que se servia del pincel, como otros se valen de la pluma, para hacer saltar á la vista las horribles llagas del pobre cuerpo social.

Con efecto, *las Quintas*, tal como las describe, pintándolas, nuestro paisano, dicen más que un artículo de fondo, más que un libro entero, en demostracion de los perjuicios, de las amarguras, ocasionadas por esa ley, inevitable hasta ahora, que arranca á la tierra sus cultivadores, y lo que es más sensible, á los hijos de los brazos de sus madres.

¡Triste é imperfecta sociedad que ha de defenderse de las agresiones de extraños y hasta de propios!.... ¡Menguada civilizacion que aún continua la palabra *guerra* en el diccionario de las voces corrientes!....

El autor del cuadro se retrató á sí propio en el personaje *que aparece en el coche del primer término.* Nosotros que conocemos la delicadeza exquisita del artista, creemos que esta circunstancia no obedece á un mero capricho: es que el Sr. Pellicer ha querido asociarse personalmente á la protesta que contra tan dura necesidad levantan todos los corazones sensibles.

PESCADOR DE MARISCOS, estatua en bronce por A. D'Orsi

Anfibio por naturaleza, el pescadorcillo de playa, se zambulle hasta el fondo del agua donde crece la flora

animada de los pintados pólipos, se arrastran las asterias proteiformes y triscan los innumerables crustáceos y demás séres que pueblan el mar; en seguida sale á la superficie, se encarama á la punta de una roca cubierta de resbaladizo musgo, aferrándose á ella con los piés como un cuadrumano, y examina el botin recogido en la cesta durante su rápida expedicion. Viviendo de este modo al sol y en el seno de las saladas ondas, soportando, siempre desnudo, los halagos de la brisa ó los embates del viento, vigoriza sus músculos, adquiere su piel un color moreno y lustroso, y se convierte en un tipo escultórico muy á propósito para su reproduccion en bronce, como lo ha hecho con feliz acierto el distinguido escultor A. D'Orsi.

EL VIOLINISTA,
dibujo á la pluma por A. Casanova

Pocas palabras necesitamos dedicar á este artístico dibujo; su asunto es tan sencillo que no requiere descripcion especial; y en cuanto á su ejecucion, estamos persuadidos de que las personas que posean algunos conocimientos pictóricos, y áun las meramente aficionadas, apreciarán como se merece un trabajo en el que se revela la mano maestra que lo ha trazado y que reune al armonioso efecto del conjunto esa admirable facilidad y soltura que tanto sorprenden en los detalles y que campean en alto grado en cuantas obras salen de la pluma ó del lápiz de nuestro celebrado compatriota.

VENDEDOR DE IMAGENES,
cuadro por Matías Schmid

Ni la mercancía es de primer órden, ni el momento es el mejor escogido para venderla. A esto débese sin duda el desden con que el pobre mercader es acogido.

El cuadro que esto nos dice está perfectamente concebido y ejecutado con habilidad suma. Ni una sola de sus figuras deja de tener importancia; todas ellas entonan el conjunto. Atrae, sin embargo, la atencion del espectador, el delicioso grupo que forman la esposa é hijo del vendedor de imágenes. Aquella pobre mujer es un tipo inmejorable de la belleza ajada por la miseria y de la necesidad sobrellevada con resignacion.

¡Infelices! Podrán no merecer sus imágenes los honores de la compra; pero su dolor bien merece un socorro y un consuelo.

EL LIBRO Y EL CAÑON

I

Yo no sé cómo se encontraron de hojas á boca, ni quién fué el que los puso frente á frente.

Pero sí sé que estaban allí, solos, en la inmensidad de aquella gran sala que parecia un abandonado museo; el uno, sobre un pupitre de encina, con el lomo de tafilete apoyado sobre la carcomida madera, abierto por un capítulo que decia: *Progreso de la humanidad.—Instruccion y trabajo*; el otro, sobre una cureña de hierro fundido, enseñando su horrible y tenebrosa boca, por la cual habian salido tantas veces los rápidos mensajeros del exterminio y de la ruina, y ostentando con orgullo los monstruosos contrafuertes de su barriga y el potente mecanismo de su móvil culata.

Los empolvados vidrios de las altas y rasgadas ventanas tamizaban, haciéndola más débil, la luz semi-crepuscular de la brumosa tarde.

En la penumbra de la inmensa galería reinaba el más profundo silencio, silencio que aprovechaban las arañas, esos grandes geómetras del abandono y de las tinieblas, para trazar sus inimitables figuras y tejer en los rincones del maderámen del techo sus aéreos edificios.

De pronto, se oye un quejido lastimero, é inmediatamente despues, un vocejon, semejante á un disparo, que á tiro de ballesta olia á salitre.

II

—¿Quién anda ahí?—pregunta el vocejon.

—Soy yo.

—¿Y quién eres tú?

—¿No lo ves? tu vecino el libro.

—¡Vaya una vecindad de fuste! ¿Y por qué te quejas, petate?

—Por nada, ¡ya pasó! Era una polilla que me estaba royendo una hoja.

—¡Habráse visto mandria igual! ¿La mordedura de una polilla te arranca un quejido? Aprende de mí, que no me quejo aunque me desmonten de un balazo!

—¡Ya! ¡si yo fuera de acero como tú!....

—¿Y para qué mil diablos te habian de hacer de acero? Para lo que sirves en este mundo, basta con que te hagan de *papel mojado*. Tu ridículo orígen está diciendo lo que eres. Sales del cesto del trapero y al cesto vuelves, despues de unos cuantos años de inútil charla. ¡Que una polilla te roe una hoja! Y por eso me barrenas el oido con tus gritos! No te apures, infeliz, que por muchas que te roa todavía te han de quedar bastantes para envolver especias ó.... para otra cosa peor.

—Mira, grandísimo bárbaro, ¿me insultas por que me ves chico? ¡Pues anda con cuidado! Sábete que á otros más poderosos y más fuertes que tú les he hecho yo morder el polvo.

—¡Miserable pigmeo, me das lástima! ¿A quién has hecho tú morder el polvo? ¡A alguna desventurada hormiga que se habrá extraviado entre tus amarillentas páginas! ¿Más poderoso que yo, belitre? ¿Sabes á quién estas hablando?

—Sí, á un tagarote que se cree gran personaje, porque de cuando en cuando escupe argumentos huecos.

—Pero muy contundentes y que no tienen réplica.

—Segun.

—Que te digo que no la tienen, despreciable monigote! No son como los tuyos, que todo el mundo los alambica, los desmenuza y los contradice. Cuando yo tomo la palabra, todo bicho viviente se mete la lengua en un zapato.

—¡Qué ancho está el muy animalote con su fuerza!

—Si no fueras tan ignorante, comprenderias que esa fuerza me la debes á mí, y tendrias mas educacion y, sobre todo, más gratitud.

—¿A tí?... ¿qué te debo yo á tí? ¿Qué puede deberte, parlanchin sempiterno, un cañon Krupp que tiene el honor de cargarse por la culata? ¡Cállate y no me hagas reir!

—¡Todo! ¿qué serias tú sin mí? Una miserable bombarda, un tubo de madera con aros de hierro que estallaria de risa al tercer disparo. ¡Ten más respeto por quien, si mucho le apuras, puede llamarse tu verdadero padre!

—Hombre, tú deliras!....¿Tengo yo facha de descender por línea recta de un manojo de papel cosido?

—No, tienes facha de lo que eres, de muy bruto; pero no por eso dejas de deberme el sér de que hoy te enorgulleces. ¿Eres tú acaso el primer hijo que degenera, arrimándose á la cola.?

—¡Hombre, no me tientes la paciencia!..Mira que me estás *cargando*, y que si te pego un bufido....

—Te guardarás muy bien; aquí no estamos en ninguna tronera.

—No te fies.

—Te decia, grandísimo zoquete, que desde las moléculas minerales que te constituyen hasta la última rosca del enorme tornillo de tu culata, todo lo debes á la ciencia que yo enseño.

—¿De veras?

—¡Como lo oyes!—¿A quién debes tu metal? A la mineralogía.—¿A quién la fuerza de que haces alarde? A la química que te dió la pólvora, primero, y despues ese temple y esa rotundidad que te hacen tan resistente.—¿A quién debes tu prodigioso alcance y la rapidez de tus tiros? A la mecánica.—¿Quién dirige la trayectoria de tus proyectiles? La balística. ¡Pobre cegato! ¿Cres que el fundidor Krupp te dió al mundo sin más trabajo que golpearse la frente?

—Lo que yo creo es que tratas de marearme hablándome en gringo. ¿Qué me importa á mí toda esa grotesca genealogía que me sacas á plaza, ni qué tengo yo que ver con ella? Nada absolutamente. Yo existo, porque existo, sin meterme en más averiguaciones. Y aunque ignorante, sé alguno que otro latinajo y puedo decirte como Dios: *Ego sum qui sum*, yo soy quien soy, esto es, todo lo que hay de más sustancial, sólido, persuasivo é incontrovertible. Y tambien podria decirte como el poeta....

—¡Calla! ¿tú conoces los poetas? No sabia que tenia el honor de hablar con un cañon literato.

—Ni lo soy ni quiero. Para matar no se necesita saber leer.

—Como ibas á citar á un poeta, creí....

—¿Que le habia leido? ¡Líbreme el dios Marte! Pero tengo buena memoria, y recuerdo que un oficial de artillería, sentado en mi cureña, leía una vez los gorgoritos de uno de esos ruiseñores de la humanidad y puedo decirte como decia aquel ruiseñor, á propósito de no sé qué diosa:

> En mí la ciencia enmudece,
> en mí concluye la duda,
> y árida, seca y desnuda
> enseño yo la verdad....

y, la verdad, triste ó alegre, como quieras llamarla, es que, de nubes abajo, no hay más que una cosa inmutable y digna de veneracion....

—¿Tu negra y feísima persona.?

—¡Justamente! O lo que es igual, la fuerza que yo represento.

—¡Ah, gaznápiro! Lo que tú representas es la barbarie, y si de algo me vergüenzo es de haberte perfeccionado. La verdadera fuerza es la fuerza intelectual, y esa reside en mí; la verdadera fuerza es la que crea, la que reorganiza lo que tú destruyes, la que restaña la sangre que tú derramas, la que vuelve á cubrir de amarillas mieses los campos que tú conviertes en yermos, y de fábricas y artefactos las poblaciones que tú reduces á escombros; la verdadera fuerza es la que remueve las montañas, lentamente, pero las remueve; la que, poco á poco, y merced al trabajo y á la industria, cambia la faz del mundo; la verdadera fuerza es la que, apoyándose en el derecho y la justicia, que yo enseño, marcha por el camino del progreso, con un pico en una mano y una antorcha en la otra, hácia el ideal de la humanidad, hácia esa divina trilogía que se llama *paz, instruccion, trabajo*.

—Bah! bah! bah! Palabras sonoras, pero nada más que palabras. Hablas como un libro....

—Hablo como lo que soy.

—Justo, pero tambien desvarías como lo que eres. ¡Cuando á estos pobres libracos se les sube la tinta á la cabeza, no hay quien los aguante! ¿Qué estás ahí hablando de derecho y de justicia? El derecho....soy yo; lo he sido siempre, y lo seré miéntras haya pólvora. ¿La justicia?....El que me eche á mí en su simbólica balanza puede gritar á boca llena: *¡allá va ese platillo!* Pero, hombre, ¿qué libro eres tú que no sabes la historia? Abrela por donde te dé la gana, y te desafío á que encuentres en ella un derecho ó una justicia que no se apoyen en mí.

—¿En tí?...·En tí no se ha fundado nunca nada durable!

—¡Todo! ¿No has oido tú hablar mil veces de cierta *columna del órden?* Pues esa columna soy yo. Si yo no le mantuviera, el órden se iba noramala. Y¿ puede existir algo en el mundo sin el órden? Responde, pobre chorlito.

—No, sin órden nada puede existir. Pero el órden que tú mantienes no es el verdadero. El verdadero órden....

—¡Déjame en paz con tus clasificaciones! ¿Vas á decirme que es el que anda de bracero con la libertad? ¡Bonita señora! Más de cien veces se ha puesto á corretear las calles, gracias á tu maldita charla, y otras tantas he tenido yo que venir á romperle la crisma, por escandalosa, y á mandarla al hospital de inválidos.

—¡Animal!

—¿Eh?....Desengáñate, el verdadero órden es el que no permite que nadie levante el gallo. Y lo repito, yo soy la columna de ese órden. Soy más. De Maistre dijo....

—Qué, ¿tambien conoces á de Maistre?

—De oidas. De Maistre dijo que la clave de la bóveda social era el verdugo. De Maistre se equivocó, y si no se equivocó, porque de Maistre era un gran hombre, debió añadir que esa bóveda tenia dos claves y que la otra era el cañon.

—¡Hermosa clave!

—Si á tí no te parece hermosa, eso va en gustos. Pero soy más todavía. Te dije ántes que sabia alguno que otro latinajo. Escucha este: *salus populi, suprema lex*.

—¿Y qué?

—Que aunque yo no he perdido el tiempo estudiando la lógica insustancial que tú enseñas, vas á ver cómo hago deducciones. Cada vez que unos labios gubernamentales pronuncian ese latinajo, me sacan á mí del parque y se arma la de Dios es Cristo. ¿Qué se infiere de aquí? Que esa *ley suprema* soy yo: que la *salvacion del pueblo*, soy yo tambien: yo lo soy todo: *Ego sum qui sum*.

—¡Zopenco! Tú no eres más que un pedazo de materia inerte, sin alma....

—¿Sin alma?... ¡Pues es menuda!... nueve centímetros de diámetro.

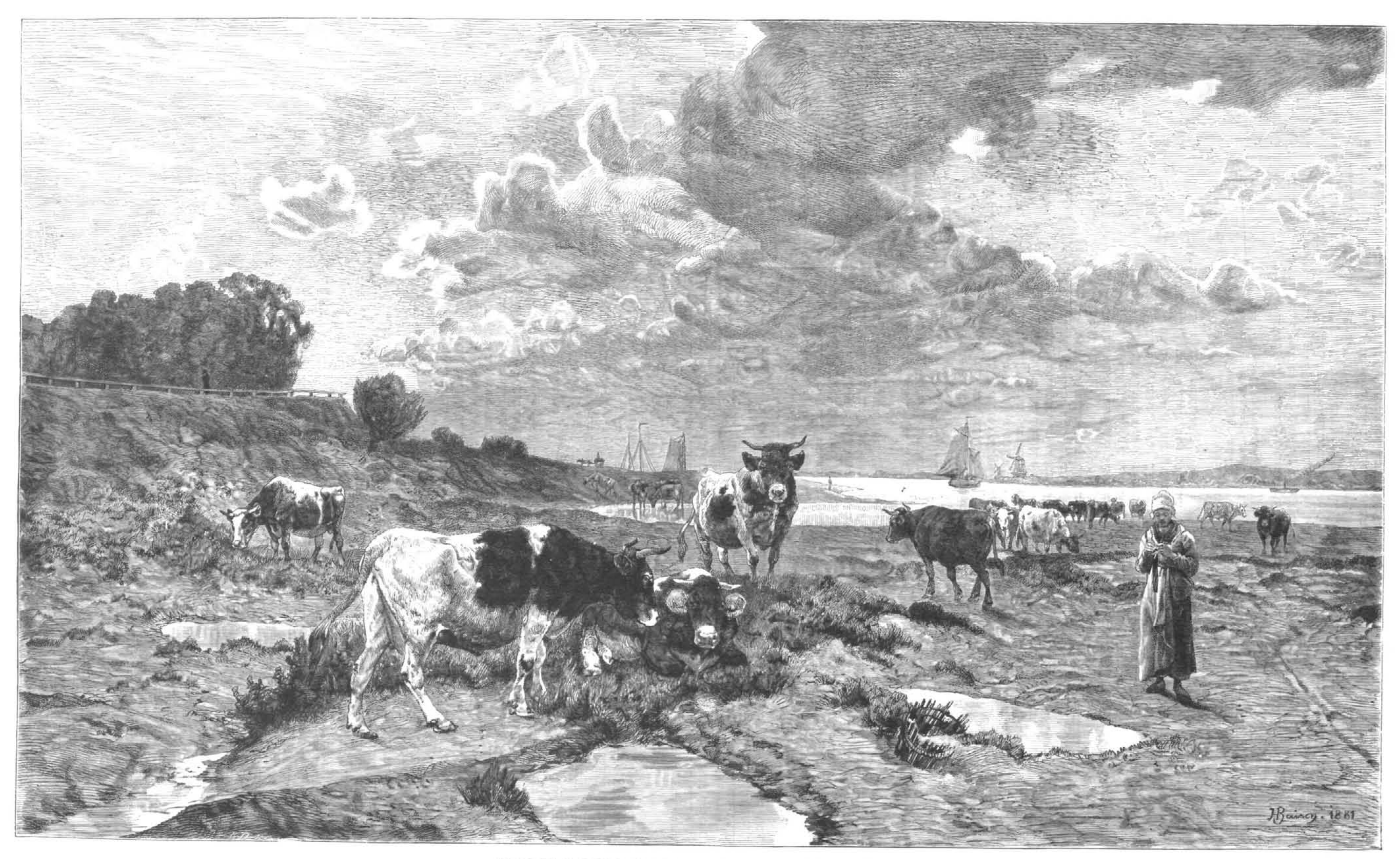
—No tomes el rábano por las hojas, animal.

—Que no me andes con motes, porque repito que me vas *cargando!* Y si me pones en el *disparador*.....

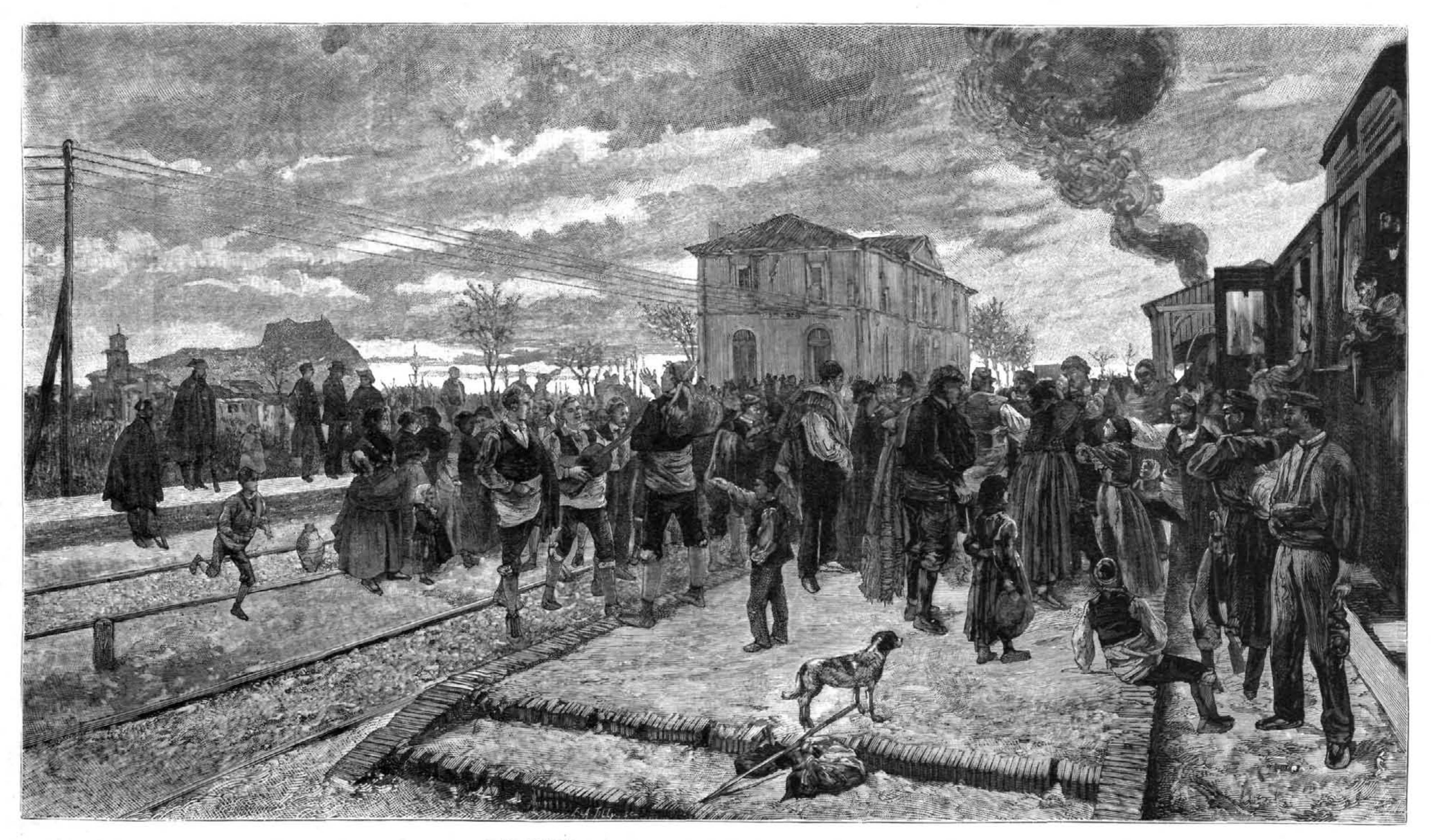
—Harás una de tus muchas barbaridades, lo sé; pero no temo tus amenazas. Yo soy indestructible, inmortal, y, como el fénix, renazco de mis cenizas. Te decia que tú eres un pedazo de materia inerte. Por tí mismo nada vales si algunos brazos, al servicio de una inteligencia, no te dirigen y te ponen en movimiento. Y ¿quieres compararte conmigo? Yo, aunque proceda del cesto del trapero, como me has echado en cara, aunque no me compongo más que de algunas cuartillas de papel y de algunos gramos de tinta, yo tengo espíritu, yo tengo luz....

—Pues y yo?.... no tengo luz?

—Sí, la del fogonazo; pero tu luz quema, no ilumina. Tu luz, rápida y rojiza, vuelve á dejar el mundo sumergido en más densas tinieblas. Yo soy faro sereno y permanente que enseña á la humanidad el camino del porvenir. ¡Tus proezas!.... ¡puedes hablar de ellas! La mayor parte, son proezas de bandido. ¿Qué has hecho tú en toda tu sangrienta y arrastrada vida, sino presidir el robo al por mayor, el



PRADOS A ORILLAS DEL RHIN, cuadro por Herman Baisch



LAS QUINTAS, cuadro por J. L. Pellicer, (grabado por E. y A. Tilly

pillaje y el asesinato? Qué has hecho tú en tus más nobles campañas? Destruir implacablemente, servir de escabel á rapaces pasiones, y derramar lágrimas y sangre.

—¿Y tú?....

—Yo tambien hago derramar lágrimas algunas veces. Con frecuencia, siento mi papel humedecido; pero esas lágrimas son de ternura, de consuelo, de entusiasmo, y ellas me enorgullecen, porque me prueban que el que me lee se ha vuelto mejor y más humano. ¡Tu poder!... el poder de la fuerza bruta. ¿Qué poder es ese que teje y desteje como una Penélope, que ha hecho y deshecho cien veces el mapa de Europa, que ha puesto y quitado fronteras, que defiende hoy lo que ayer combatia, sin encontrar nunca estabilidad ni sosiego? El verdadero poder es el mio. ¿Tú me citabas la historia? Pues en ella verás mi trabajo de cíclope, en ella verás lo que yo he hecho desde que Guttenberg me sacó de la primera prensa. ¡Humíllate, barbarote! Yo, animado por el espíritu de Voltaire, de Rousseau, de los enciclopedistas del siglo XVIII, metí la mano en la sociedad y la volví del revés como si fuera una vieja manga, destruyendo para siempre.....

—¡Hola! ¿Tú tambien destruyes?

—Sí, destruyendo para siempre el mundo de iniquidades que tú habias defendido, y que defenderias aún, si esas iniquidades pudieran volver. ¡Tu poder!.... Tú perforas murallas, tú barrenas paredes, para llevar la muerte al anciano, al niño, á la pacífica familia que se sienta en torno del hogar; pero ¿has perforado algunas montañas, has abierto algun túnel para llevar la vida mercantil y la prosperidad á una comarca? ¿Has atravesado la inmensidad de los mares para echar un lazo de union entre dos continentes, para ligarlos por medio de la palabra eléctrica? ¡Tu fuerza!.... ¿Sabes, grandísimo bruto, porqué la tienes todavía? Porque todavía soy yo un enigma indescifrable para millones de infelices; porque los brazos que te alimentan de pólvora y hierro y te mueven no son más que brazos, sobre los cuales hay un triste melon en lugar de cabeza. Cuando sobre esos brazos haya una cabeza que sepa leer, que piense, que medite, que reconozca todo lo que tienes de repugnante y bárbaro, entónces perderás esa fuerza, y avergonzado, enmohecido, roñoso, te quedarás reducido á simple curiosidad y concluirás tu existencia pacíficamente entre las empolvadas telarañas de algun museo arqueológico.

—¡Pamplinas! ¿Tú me dices eso ó me lo cuentas?

—Te lo digo y te lo profetizo.

—Bueno, pues échate á dormir con esa esperanza. Por mucho que tú charles, *siempre* ¡óyelo bien! *siempre* tendré *carne* que destruir é ignorantes que me sirvan. ¿Te vanaglorias de que tu luz disipará la ignorancia? ¡Pobre loco! La ignorancia es como la pobreza, una *cualidad esencial* de las sociedades, segun dijo cierto político en una asamblea. La ignorancia es una mina de pingües rendimientos y hay muchos mineros interesados en ella para que tú consigas cegarla. Además ¿cómo quieres que yo pase á curiosidad arqueológica, teniendo en mi abono la gloria?

—¿Qué gloria?

—Pues la gloria militar, la que produce, no ya manojos, sino matorrales enteros de laurel, de ese embriagador laurel que me ciñe.

—¡Laurel envidiable!

—¿Vas á negarme tambien que no hago brotar laureles? Los que ciñeron Alejandro, y César, y Napoleon, y....

—Hasta en tus citas eres estúpido. Si me hablaras de los que ciñó Washington... ¡anda con Dios! Esos, aunque tintos en sangre, como todos los que tú procuras, tienen siquiera el barniz del patriotismo. ¡Tus laureles!... ¿Dónde estarán los de esos carniceros que me has citado, cuando brillen todavía en la historia los de Homero, Dante y Byron? ¡En el polvo del olvido! Tus laureles palidecen ante otros más sangrientos; los mios, nunca. Y tú mismo, barbarote inconsciente, máquina ciega, ¿qué eres despues de todo? Fuerte con los débiles, cobarde con los que pueden más que tú.

—¡Yo cobarde!

—Sí, cobarde y cortesano. ¿Te suicidas estóicamente cuando otro cañon más poderoso te unta el oido con saliva? No, vas á servir de trofeo al vencedor para celebrar su triunfo, y, ó derrites tu metal para hacer alguna columna Vendome, ó te pones de adorno en algun hospital de inválidos para quemar pólvora en salva en los cumpleaños de los grandes. ¡Ahí tienes en lo que pára tu fuerza, pedazo de animal!...

—¡Si me lo vuelves á decir!....

—¿Qué?

III

—¡Pum!...

Con los razonamientos del libro, el cañon acabó de *cargarse*, y, al querer replicar, se disparó.... como lo que era.

El pupitre y el libro salieron volando.

Los cristales de las ventanas de la galería quedaron hechos polvo.

Y las arañas del techo suspendieron sus tareas, murmurando para su coselete: «Dejemos que termine por allá abajo tan acalorada discusion.»

IV

Algunos siglos despues, un trapero, sentado en el umbral de una puerta, meditaba estas frases que acababa de leer, á la luz de su farolillo, en una hoja de papel enganchada en el arroyo:

«La fuerza es la reina del mundo, pero no la fuerza bruta, sino la intelectual. Si quieres ser fuerte, instrúyete.»

. . . .

«La holganza es la madre de la miseria, y la miseria es la madre del crímen. Si no quieres ser miserable y criminal, si quieres ser rico y respetado, trabaja.»

. . . .

«El cañon es un animal ciego que nada funda...»

V

—¿Qué cañon será este?—murmura el trapero.—¿Será el cañon de alguna chimenea? ¿Será el cañon de la pipa? ¡Imposible! ¿porqué le llama animal y ciego?

¿Habrá habido en el mundo otros cañones?....

Mañana iré á la biblioteca y lo veré en el diccionario.

FEDERICO DE LA VEGA

EL GUARDIAN DE SAN FRANCISCO

(Tradicion granadina)

En la sacristía del convento de Santa Cruz de Granada, hoy parroquia de Santa Escolástica, veíase hace algunos años (no sé si existirá á esta fecha) un lienzo ya bastante oscuro y deteriorado, pero que á pesar de todo dejaba adivinar la destreza del pincel que lo creó, encerrado en una de esas molduras doradas y sobrecargadas de adornos de pésimo gusto que tanto abundan en el interior de los templos.

Aquel cuadro, como otros muchos de los que pasan desapercibidos ante los ojos del viajero que visita los monumentos granadinos, tiene su historia particular. Representa un anciano religioso de la órden de San Francisco, de ojos hundidos, pómulos salientes, nariz aguileña y demacrado semblante. Es pura y simplemente un retrato; pero hay tal dulzura en sus labios descoloridos, tal humildad en sus ojos y tal misticismo en todo su conjunto, que muchos han creido ver en él una efigie del santo fundador de aquella órden, á quien el artista, por uno de tantos caprichos, hubiese suprimido las manchas sangrientas en el costado y en las manos que sirven de distintivo á San Francisco de Asis. Sin embargo, no es su imágen la que está representada en aquel lienzo; es la de uno de sus prosélitos, digno émulo de su maestro (1).

Hé aquí su historia.

En la estrecha y desigual plazuela que media entre la llamada del Realejo y las tapias que rodeaban el compás del convento de Santa Cruz, habia por los años 1708 á 1710 una casa de gran apariencia, perteneciente á don Guillen de Acuña, anciano caballero que habia ocupado uno de los mejores puestos en la corte del rey don Cárlos II; pero á la muerte de aquel débil monarca, no quiso mostrarse partidario del duque de Anjou, y unido esto á encontrarse cansado de las intrigas palaciegas, retiróse á Granada, su patria, para dedicarse por completo á la educacion de su hijo único, y por lo tanto heredero de su ilustre nombre y su pingüe fortuna.

Pero al cabo de algunos años pudo convencerse el bueno de don Guillen de que habia perdido lastimosamente el tiempo; pues en la época á que nos referimos, el jóven don Andrés de Acuña, que era ya un apuesto mancebo, bien por efecto de su natural carácter, bien porque la misma educacion recibida hubiese halagado su vanidad y amor propio, era uno de los jóvenes más desenfrenados de la ciudad, habiendo ya creado fama con sus continuas pendencias y locuras.

Débil el padre para contenerle, satisfacia todos los caprichos del hijo sin atreverse á sostener con él una polémica séria; contentándose con gruñir entre dientes cada vez que pagaba una nueva deuda contraida por aquel ó que llegaba á sus oidos la noticia de otra hazaña; en tales términos, que raro era el dia que no tenia don Guillen algun entuerto que enderezar ó algun agravio que desfacer.

Miéntras tanto don Andrés continuaba su vida de disipacion y crápula, gastando el oro á manos llenas en orgías y bacanales con otros jóvenes tan libertinos y procaces como él, sacando la tizona á cada momento por un quítame allá esas pajas, y teniendo, como quien dice, en un puño á todo bicho viviente.

Pero como al fin y á la postre no hay persona que no dé con la horma de su zapato, hé aquí que tambien nuestro héroe dió con la suya cuando ménos se figuraba.

En la calle de Elvira, muy cerca del pilar del Toro, habitaba una jóven viuda de hermoso rostro y gallarda presencia, y hubo de prendarse de ella don Andrés y pasear su calle, sin considerar que aquella dama tenia un amante á quien no habia de gustar ver moros en la costa. Resultó, pues, lo que era consiguiente; riñeron ambos rivales delante de la casa de la bella, y con tan negra fortuna aquella vez para nuestro jóven, que cayó al suelo mortalmente herido y fué conducido á su casa sin esperanzas de vida.

Don Guillen rabió, se mesó los cabellos, puso en juego cuantos medios le sugirió su mente para castigar al agresor; pero todo fué inútil. El rival de don Andrés, que se llamaba don Juan de Maldonado, estaba agarrado á buenas aldabas, como que era nada ménos que primo del alcalde de casa y corte; y como además de esto, nadie sentia el percance ocurrido porque no habia quien no tuviese motivos para profesar á nuestro galan odio y mala voluntad, se echó tierra sobre el asunto y todo el mundo quedó tranquilo, esperando que aquella herida sirviese á don Andrés de pasaporte para el otro barrio.

Pero contra todas las esperanzas, el jóven no murió de aquella hecha; y aunque lenta y penosa su curacion, pudo al fin ponerse de pié y prepararse para nuevas aventuras.

Entónces empezaron de nuevo los temores, y todos compadecieron á Maldonado, porque recelaban que tarde ó temprano sabria don Andrés cobrarse en la misma moneda. Pero aquel no echó el aviso en saco roto, y se preparó para el caso de un nuevo ataque, haciéndose guardar las espaldas cuando iba á ver á su dama.

Por su parte don Andrés no olvidaba el agravio, y esperaba con ánsia el momento de vengarse; pero unas veces las prescripciones del médico, otras los ruegos de su padre, le retuvieron encerrado en la casa más tiempo del que el fogoso doncel podia soportar.

Por fin, una noche, encontrándose bastante firme y ardiendo en vengativos deseos, sobornó á un criado para que le entregara la llave de la puerta, y armándose de su tizona se lanzó á la calle, cerca de la una de la madrugada.

Atravesó con paso ligero la plaza del Realejo y la calle de Santa Escolástica; pero al pasar frente al convento de San Francisco, vió destacarse con paso lento y silencioso una sombra del pórtico de la iglesia y dirigirse al centro de la calle, como cortándole el camino. Ya hemos dicho que nuestro jóven no era cobarde; así es que echó mano al puño de su espada para abrirse paso; pero la sombra siguió impertérrita, y entónces el aterrado mancebo observó que era un fraile franciscano, cuyos ojos despedian en la oscuridad un brillo vago y fosforescente.

Sintióse acometido de un terror hasta entónces desconocido, y haciendo la señal de la cruz emprendió la fuga lleno de pavor, sin atreverse á mirar atrás, y no paró hasta verse dentro de su casa y encerrado en su cuarto.

Pero una vez allí y recobrada la calma, entró de nuevo en él la reflexion. ¿No podria ser aquello un ardid para probar su valor? ¿Qué se diria al dia siguiente, cuando se supiera que don Andrés de Acuña habia huido de una sola persona? Pensó además en la dama de la calle de Elvira, que estaria á aquellas horas conversando con su amante; pensó en el grave peligro que habia corrido por culpa de éste..... y no pensó más. Bajó precipitadamente la escalera, cruzó el patio y el portal, y abrió.

Don Andrés sintió erizársele el cabello y helársele la sangre en las venas. En la plazuela y á muy corta distancia, vió al mismo fraile de paso lento y ojos fulgurantes que avanzaba, avanzaba sin cesar hácia él.

Cerró la puerta lleno de espanto, y subiendo como un loco á su cuarto, se dejó caer en un sillon.

¿Quién podia ser aquel fatídico monje que le perseguia? ¿Qué queria de él?

Otra vez entró la reflexion en su ánimo. Aquello

(1) Este cuadro, segun se nos ha informado, se hallaba en la iglesia del convento de San Francisco, pasando al lugar que hemos indicado, al ser demolido aquel templo.

debia ser un disfraz: tal vez era algun conocido, algun amigo que se burlaria de él al dia siguiente. ¿Cómo escucharia aquellas burlas sin correrse de vergüenza? Era preciso saber quién era el fraile; era preciso salir de nuevo á la calle.

Don Andrés se levantó, abrió la puerta de su cuarto y dió unos cuantos pasos. Pero al mirar al fondo del corredor, vió la misma sombra, callada, tétrica, silenciosa, que avanzaba sin hacer el menor ruido, sin mover un solo pliegue de su hábito.

El jóven no pudo soportar aquella tercera vision; dió un grito agudo y cayó sin sentido en el pavimento.

. . . .

Cuando tornó en su acuerdo, era completamente de dia. Se hallaba en su lecho y rodeado de varios amigos.

—Bien te lo indicamos ayer, le dijo uno; todavía no estás bastante firme para salir á la calle; así es, que á la mitad del corredor te faltaron las fuerzas y caiste desmayado.

—Y ha sido un caso providencial, añadió otro; no sé como se enteró Maldonado de que anoche pensabas ir en su busca, y te tenia dispuesta una celada. Cuatro hombres te esperaban en la plaza Nueva para asesinarte á traicion!

Don Andrés escuchaba todo esto atónito y sin pronunciar una sola palabra.

Sus amigos le creyeron todavía presa de la fiebre; pero muy pronto vieron que sus ojos se cerraban, sus labios se movian como murmurando una plegaria y de sus párpados corrian lágrimas abundantes.

Tambien pudieron entónces observar un fenómeno muy extraño: en su frente, ántes tersa y juvenil, se señalaban algunas arrugas prematuras, y en su cabellera negra y lustrosa, blanqueaban algunas hebras de plata.

. . . .

Un mes despues de aquella noche terrible, tomaba don Andrés de Acuña el hábito en el convento de San Francisco; y fué tan ejemplar su vida, que llegó á ser guardian, falleciendo en la mejor opinion á mediados del siglo.

Este es el personaje que representa el retrato que hemos mencionado. En cuanto al suceso que motiva esta historia, no respondemos de su veracidad. ¿Seria efectivamente un aviso del cielo que evitó á don Andrés ser asesinado, abriéndole al mismo tiempo el camino de su salvacion, ó tal vez fué todo resultado de un acceso febril? Sea como fuera, yo me limito á contarlo tal como lo refiere la tradicion.

SALVADOR PEREZ MONTOTO



PESCADOR DE MARISCOS, estatua en bronce por A. D'Orsi

NOTICIAS GEOGRAFICAS

POBLACION DEL GLOBO.—La casa Justus Perthes de Gotha ha fundado un instituto geográfico que acaba de publicar el resultado de sus trabajos durante el año 1882. Entre ellos, todos muy notables, se pueden citar los que se refieren al recuento de la poblacion del mundo entero.

Segun los últimos datos, el número total de habitantes de la tierra es de 1,434 millones de individuos, lo cual da un término medio de 10 á 11 habitantes por kilómetro cuadrado, admitiendo una superficie de 136 millones de kilómetros cuadrados de tierra firme sobre cerca de 510 millones para la superficie total del globo terrestre.

El país más poblado con relacion á su superficie es el antiguo reino de Sajonia, que cuenta 198 habitantes por kilómetro cuadrado; sigue Bélgica, que tiene 188 respectivamente, y Alemania, con 84 solamente, no resultando para Francia mas que 71.

* * *

LOS PUERTOS MAS IMPORTANTES DE FRANCIA.—Clasificados segun su tonelaje efectivo, los puertos más importantes son doce, á saber: 1.° Marsella (4 031,328 toneladas); 2.° el Havre (2.524,563); 3.° Burdeos (1.934,423); 4.° Dunkerque (1 442,595); 5.° Rouen (1 140.342); 6.° Cette (998.887); 7.° San Nazario (698.087); 8.° Dieppe (594,387); 9.° Bolonia (563,701); 10, la Rochela (404,944); 11 Nantes (378,489); 12 Calais (390,746).

* * *

LOS ALEMANES EN LA OCEANIA.—Los armadores de Brema acaban de constituir una Sociedad de navegacion por vapor que prestará su servicio con pabellon español, á fin de aprovechar las ventajas reservadas al pabellon nacional para los cambios con las colonias españolas. La nueva línea correrá entre Brema y las colonias españolas de Cuba, Manila, etc.

NOTICIAS VARIAS

RESTOS DE LA ANTIGÜEDAD.—Los aficionados á curiosidades podrán comprar muy pronto toda clase de objetos de adorno, y hasta pianos, todos modernos, construidos con madera cortada hace diez y nueve siglos por los legionarios romanos en las selvas vírgenes de Germania, salvaje entónces, pues se ha descubierto la estacada del puente que Druso mandó construir, en el último decenio ántes de nuestra era, entre lo que fué campo atrincherado de Maguncia y la orilla opuesta del Rhin, donde hoy está Kastel, ocupando el mismo sitio en que se elevaba, en aquella remota época, el castillo de Trajano. El número de vigas y troncos de roble enclavados en el lecho del rio es verdaderamente asombroso, y la calidad de la madera inmejorable, si se exceptúa una capa exterior carbonizada de muy poco grueso; su dureza y compacidad son mucho más considerables que las del roble de nuestra época.

A la subasta que se efectuó con motivo de este descubrimiento acudieron industriales hasta de Holanda é Inglaterra. El fabricante de pianos Riese, de Berlin, pudo adquirir un regular cargamento.

* * *

DESCUBRIMIENTOS INTERESANTES.—Los montes Urales vuelven á ser el campo predilecto de las exploraciones de los geólogos y de los geógrafos rusos.

M. Malakhoff, individuo de la Sociedad rusa de geografía, ha continuado sus investigaciones zoológicas y etnográficas en el Ural del centro, visitando detenidamente las viviendas lacustres descubiertas en la inmediacion de Ekaterinburgo; y auxiliado por un individuo de la Sociedad de mineralogía, acaba de explorar la montaña de Kachkanar, que tiene 3,000 piés de elevacion, y donde ha formado interesantes colecciones de plantas y de insectos. Cerca de Irbit descubrió curiosos montones de osamentas, y en el lago Ayat viviendas lacustres que contenian grandes utensilios de pizarra; en una caverna situada cerca de las fundiciones de hierro de Mias, halláronse instrumentos de piedra y de hueso, y en el lago Bayaryak, moldes para modelar figuras de hombres y animales: estas reliquias datan de la época prehistórica.

CRONICA CIENTIFICA

LA UNIDAD DE LA MATERIA

I

No sabemos qué sea la materia en sí; y, sin embargo, los filósofos, desde los más remotos tiempos, vienen discurriendo sobre su constitucion. Hoy los pensadores de mayor fama juzgan que la materia es *única*, pero susceptible de diversidad de movimientos; y la percepcion de esa diversidad es lo que nos hace creer en la existencia exterior de cuerpos diferentes.

Ya en esta misma *Revista* ilustrada ha habido ocasion de indicar que no podemos considerar las modificaciones sensibles experimentadas en nuestro sér, como signos ó *representaciones de semejanza* de las cosas exteriores. Sólo á las personas de poca educacion científica les es lícito creer que, por ejemplo, los sonidos y los colores están en los cuerpos que decimos sonoros ó brillantes. Creemos, sí, que hay objetos en el mundo exterior, y que esos objetos nos modifican; pero á la conciencia del pensador educado aparece patente que lo que ocurre en nosotros no es lo que pasa en el exterior; y que nuestras modificaciones sensibles son sus signos solamente.

Los signos son, unos de *semejanza*, y otros no. Un retrato es signo que semeja su original: el modelo de una máquina la semeja y representa. El pabellon nacional representa á la nacion, pero no la semeja. Las palabras *luna*, *lune*, *selene*, *Mond*, *moon*..... son indudablemente signos, pero que en nada se parecen al satélite de nuestro globo.

A esta segunda clase pertenecen nuestras sensaciones.

Nuestra conviccion es que, fuera de nosotros hay movimientos, y que en nuestra conciencia existe *correspondientemente* lo que llamamos sensacion, fenómeno interno, *correlativo* sin duda con el considerado como externo, pero de ninguna manera semejante á él. Una aguja se hinca en mi mano, perforándome la epidermis: fuera,

hay un *movimiento:* en mi conciencia un *dolor.* Lo que en mí pasa no es lo mismo que lo que ocurre en la aguja: á la aguja *nada le duele.* Un laud me agrada con dulcísimas notas: fuera de mí hay vibraciones en las cuerdas del instrumento musical; es decir, *movimiento:* en mi conciencia hay sensacion de sonido: yo oigo: el laud no oye: yo siento placer: el laud no siente nada. Una rosa despide minutísimas partículas aromáticas que bombardean mi aparato olfativo: fuera, *movimiento:* en mí, sensacion agradable de olor: la rosa no tiene la facultad de oler ni de sentir agrado. Un cuerpo me parece violeta: es que 728 billones de vibraciones luminosas especiales hieren por segundo la retina de mis ojos: fuera de mí hay vibraciones del éter apénas concebibles: esto es, *movimiento:* en mí, sensacion de color: yo veo: el cuerpo violeta no ve. *Et sic de cæteris.*

Esta clase de hechos (sin contar los relacionados con los sueños y las alucinaciones), siendo de experiencia indubitada y de cada instante, han impresionado profundísimamente á las escuelas idealistas desde la más remota antigüedad; y, fundándose en ellos, se han creido con el derecho y el deber de decir á los físicos: «¿Cómo os atreveis á hablar de la constitucion de la materia cuando ni siquiera sabeis lo que es materia? ¿Cómo (dicen hoy) profesais la doctrina de su *unidad!* ¿Por dónde lo habeis averiguado?»

El idealismo actual no llega á las exageraciones de otros tiempos, y, por tanto, no hace verdaderamente cruda guerra á los físicos que hoy predican la unidad de la materia cósmica.

Ese idealismo es tolerante: ni niega ni afirma la existencia de un mundo material, y únicamente se contenta con confesar y hacer gala de ignorancia absoluta acerca de la naturaleza. No pretende conocer las cosas en sí mismas; y se queda satisfecho con dejar funcionar, segun las leyes del entendimiento, las ideas que surgen en la inteligencia con ocasion y á consecuencia de los llamados excitamientos sensibles; sin tratar jamás de resolver si estas ideas *corresponden* ó no á una sola materia excitante, ó á muchas de índole diversa; ni mucho ménos de averiguar cuál, ó cuáles puedan *ser.* El mal de esta escuela idealista no seria de importancia, si no fuera porque apaga los brios de los entendimientos ansiosos de explicarse los fenómenos naturales; y, jactándose de ser altamente filosófica, es lo ménos científica posible, puesto que no hay ciencia sin teorías y sistemas,—antorchas de todos los progresos de la Humanidad, miéntras no se conviertan, POR JUZGARSE IRREFORMABLES, en dogmas de petrificacion.—Esta clase de idealismo es *tolerante,* y deja hacer.

El idealismo verdaderamente contrario á los hombres de las ciencias naturales es el radical, de que, á principios del siglo pasado, se hizo representante y jefe el erudito obispo Berkeley. Este idealismo niega en absoluto toda existencia material. Segun el célebre obispo irlandés, la materia no existe independientemente y como causa de nuestras sensaciones. Cuanto creemos real es una suposicion gratuita de nuestro entendimiento; y es lamentable y vacío todo anhelo de hacer filosofía sobre puras apariencias. Pero ¡caso notable! como el hombre de la filosofía no puede vivir sin sistemas, el célebre metafísico en sus *Principios del Conocimiento* y en sus diálogos *Hylas* (el materialista) y *Philonous* (el espiritualista), obligado á dar razon del PROBLEMA DE LA EXTERIORIDAD, mantiene (sin más pruebas que las de la autoridad y metafísica religiosas) que el mundo material existe sólo en el Divino Intelecto; quien despierta en nosotros conceptos sensibles en un cierto órden siempre constante y definido, al cual, tambien por ilusion, damos el nombre de «curso de la naturaleza.»

A quien no profundiza en los fenómenos psicológicos no puede ménos de parecer demencia extravagante eso de negar rotundamente la existencia positiva de un mundo material. «¿Cómo explicar esa conviccion que tenemos TODOS de que realmente hay cosas que nos encantan, ó nos afligen, ó nos son indiferentes en el exterior?» A lo cual replican los mantenedores del sistema que juzga ilusion esos fenómenos: «¡Como en los sueños!» Durante el sueño nos afligen ó nos encantan ó nos modifican indiferentemente mil fantasmagorías, en cuya realidad no creemos cuando despiertos. Aun durante la vigilia, los alucinados creen en séres sin realidad; y hasta los cuerdos y en posesion íntegra de sus cinco sentidos, juzgan erróneamente segun el estado de sus órganos sensibles. Si, acabada de sacar de agua de hielo una de nuestras manos y la otra de agua lo más caliente que podamos resistir, introducimos ambas de golpe y á la vez en agua comun á la temperatura ambiente, el agua comun nos parecerá, por la mano fria, muy caliente; y muy fresca, por la mano recalentada. ¿No nos semejamos á los ciegos cuando entramos en una cueva desde una gran claridad? ¿No nos ofende la luz hasta hacérsenos insoportable, cuando desde la oscuridad salimos á la claridad del sol? Pues, así como ciertos accidentes puramente internos nos hacen creer durante el sueño y la alucinacion en cosas externas sin realidad ninguna objetiva, análogamente el Divino Intelecto despierta en nosotros los conceptos sensibles que creemos de exterioridad positiva; y, como los despierta constantemente en un cierto órden invariable y definido, no tenemos medios de conocer su vanidad, como creemos conocerla en los ensueños, durante los cuales vemos las que juzgamos cosas exteriores sucederse en un órden caprichoso, y contrario á lo que llamamos curso normal de la naturaleza.

Este sistema rotundamente negativo de la existencia de un mundo material es la consecuencia lógica de otro idealismo anterior, que consideraba lo real como simplemente ideal, afirmando que á las modificaciones de nuestro sér, estimadas ilusoriamente por nuestra inteligencia como representaciones de un mundo exterior, no corresponde nada con realidad existente y con actualidad positiva; creencia que, en este sentido, explicaba la divisa de esta escuela: *ideale prius, reale posterius.* El mundo externo es, por tanto, pura objetivizacion de nuestras concepciones; ilusoria transmutacion de lo ideal en creencias de que á ellas corresponde un algo real fuera de nosotros. Mas, ¿cómo explicar estas creencias? Platon lo pretendia por medio de arquetipos ó modelos, segun los cuales han sido formados todos los séres. Llamábalos IDEAS, que residian en Dios; y los consideraba como las únicas entidades que tienen por sí solas existencia y realidad absolutas, y de los cuales son pálida copia (ó más bien sombra) las nociones generales que forma nuestro entendimiento (reminiscencias acaso de vida anterior). La escuela aristotélica era hasta cierto punto idealista de la misma especie; puesto que nuestros conceptos, segun ella, son sólo las manifestaciones de una Inteligencia Universal del mundo *(noas),* fuerza activa en sí *(entelegeia):* fuera de cuyas manifestaciones ó *formas* la naturaleza sólo existe *potencialmente.* No sólo la forma sino tambien la materia, son derivadas por Fichte de la concepcion de las cosas externas, sacándola del Yo (Ich).



EL VIOLINISTA, copia de un dibujo á la pluma por A. Casanova

Como se ve, es demasiado abusar de las hipótesis el querer explicar la creencia universal de que existe un mundo externo, recurriendo á afirmaciones de una vida *anterior, y á arquetipos y entelequias dotadas sólo de* aquellos atributos necesarios precisamente para la explicacion del arcano que confunde la inteligencia. Profundizando en el estudio de esos supuestos, la mente admira maravillada la profundísima sagacidad de tales lucubraciones; pero la creencia científica actual de los hombres de las ciencias físicas tiene que seguir derroteros diferentes para buscar otras explicaciones y erigir otras teorías más directamente emparentadas con las oscuras nociones de la sustancialidad de la materia.

Hubo en la antigüedad otra cuarta clase de idealismo (subsistente aún en ciertos puntos), que, prescindiendo de esa sustancialidad, sostenia, sin embargo, la realidad de FUERZAS EXTERIORES; y, dando toda la importancia posible á esas fuerzas, creia que sus variaciones en direccion é intensidad eran la causa de toda generacion en la naturaleza.

Supiéranlo ó nó, en esas nociones se fundaba el aspecto serio de las creencias de los antiguos alquimistas respecto á la transmutacion de los metales viles en los metales nobles (oro y plata), como tambien respecto á la existencia de aquel famoso elixir dotado de la inapreciable virtud de alargar la vida indefinidamente.

Pero su importancia es tanta, que, para tratarlo con la extension que su misteriosa vaguedad requiere, se necesita dedicarle exclusivamente artículo especial.

E. BENOT

IMP. DE MONTANER Y SIMON



VENDEDOR DE IMÁGENES, cuadro por Matias Schmid

ILUSTRACION ARTÍSTICA

AÑO II — BARCELONA 16 DE ABRIL DE 1883 — NÚM. 68

SUMARIO

REVISTA DE MADRID

Una primera piedra.—Dificultad de acabar las cosas.—La última mano.—La Necrópolis, la *Biblioteca, la calle de Sevilla y la Exposicion* Hispano-colonial.—Petardos en los jardines.—Mis macetas.—Un almuerzo en los Asilos del Pardo.—Prueba á que se deben sujetar los visitantes.—La justicia divina y la justicia humana.—Paradoja de Alfonso Karr sobre la pena de muerte.

Hemos colocado la primera piedra para el templo de la Vírgen de la Almudena.... ¿Quién colocará la última? Entre los cimientos y la cúpula de un edificio de tal naturaleza, la imaginacion ménos propensa á divagar puede interponer un espacio de tiempo semejante al que suponen los geólogos que se ha necesitado para que el globo *terrestre adquiriera una capa más entre* las muchas que forman su superficie.

Muchas veces he oido decir, en conversacion particular, á D. Antonio Cánovas del Castillo lo siguiente:

—Yo no admiro al que empieza las cosas; toda mi veneracion, todo mi respeto van dirigidos al que las concluye.

En efecto, hay obras á las cuales—como vulgarmente se dice—no se les ve el fin. Los que tienen bastantes años para haber visto en Madrid la trasformacion de la Puerta del Sol recordarán el tiempo que transcurrió entre los primeros derribos para el ensanche y la terminacion completa y definitiva de la obra.

No hubo gran dificultad en concebir el plan; lo verdaderamente heroico, lo digno de una epopeya homérica fué darle la última mano.

Con todo pasa lo mismo.

Muchos autores dramáticos se mueren sin haber dado lo que ellos llaman *la última mano* á sus obras.

—¿Cómo va ese drama? preguntamos muchas veces algunos escritores que tienen varios trabajos en cartera.

—¡Va bien!—contestan.—Sólo me falta acabar tal ó cual escena, dar unos toques al desenlace y pulir algunas frases.



CONCIERTO DE AMORCILLOS, cuadro de Rodolfo Henneberg

Esto equivale á decir:—Falta lo principal; necesito algo de ese *quid divinum* que es la esencia, la parte inmortal de las obras de arte.

¡Qué artículo tan curioso se podria escribir con este título: *La última mano!*

Pero yo no puedo entretenerme ahora en este asunto.

El dia que se puso la primera piedra para la construccion del templo de la Virgen de la Almudena soñé que habian hecho una visita al lugar de la piadosa fundacion otros edificios y construcciones de la coronada Villa.

Iban por este órden:

1.° La necrópolis, con el fúnebre manto roido por los gusanos y con los huesos enmohecidos;

2.° El edificio para biblioteca y museos nacionales, resguardado por una gran verja de hierro y ostentando en su interior la soledad más espantosa;

3.° La calle de Sevilla con un gran farol en la mano para alumbrar sus propias ruinas;

Y finalmente, el proyecto de *Exposicion hispano colonial* con un letrero que decia: ¡Una limosnita por amor de la cultura española!

Detrás seguian otros proyectos de menor importancia, y todos juntos depositaron sus tarjetas sobre la primera piedra del susodicho templo.

De la conversacion que tuvieron no pude oir durante mi sueño ni una sola palabra; pero no debió ser muy *edificante*, porque me pareció que el cimiento de la catedral quedaba *petrificado*.

Sólo oí que el proyecto de Exposicion hispano colonial se despedia para el extranjero.

—¡Cómo! ¿te ausentas? - le preguntaron.

Y él contestó:

—Sí, aprovecho las circunstancias para ir á estudiar las exposiciones de fuera de España. Me han dicho que se piensa en prorogarme. Y como ahora viene el verano, daré una vuelta por Europa, tomaré baños donde mejor me parezca y volveré cuando se halle construida la plaza en que debo ser instalada.

—Pero.... ¡qué escándalo! ¿Vas á tener plaza y todo?

—Sí, señores, sí.... ¿pues de dónde salen ustedes?.... ¿Acaso no leen los periódicos? Bien claro lo han dicho todos ellos. ¡Se ha resuelto que mi Exposicion quede *aplazada!*

* * *

Por de pronto, la verdadera exposicion no está en las plazas sino en los jardines.

Desde que han estallado petardos en varios de ellos, hasta paso yo con cierto miedo por la calle de Jardines.

En este mismo instante iba á emplear unas cuantas flores retóricas para entretenimiento de las personas que me hacen el obsequio de leer estas revistas, y he desistido de mi propósito por temor de que algun mal intencionado con objeto de labrar mi descrédito hubiese arrojado furtivamente entre ellas algun canuto repleto de sustancias explosivas.

Cuenta Enrique Heine que en las profundidades de los bosques de la India crece una flor inmensa cuyo capullo tarda siglos en abrirse, pero que cuando lo verifica produce una detonacion asombrosa y llena el espacio de penetrantes y duraderos perfumes. Es el capullo del amor, delicadamente simbolizado por el humorista poeta. Pues bien, los petardos que arrojan en nuestros jardines los criminales de Madrid son ménos poéticos; simbolizan la venganza y el odio.

El celoso gobernador los persigue con tenacidad tranquilizadora; pero miéntras no se haya dado el conveniente castigo á los petardistas, yo no las tengo todas conmigo. Hasta las cañas de Indias se me antojan lanzas, y el amor que ántes sentia por la floricultura se ha trocado en recelo y desconfianza. Mis facultades no me permiten poseer un jardin, pero tengo en el balcon unas cuantas macetas que me habian servido hasta ahora para imaginarme dueño y señor del Jardin del Buen Retiro.

Pues bien..... ¡no me atrevo á acercarme á la ventana si ántes no viene alguna pareja de agentes de órden público á darme seguridades de que mi jardin aéreo se halla fuera del alcance de los petardistas!

* * *

Las explosiones de la semana no se han compuesto de pólvora solamente.

Las hubo tambien de beneficencia, de caridad y de filantropía.

Preguntádselo sino á los entusiastas diputados provinciales y á los periodistas que volvian la otra tarde llenos de entusiasmo de la visita que habian hecho á los Asilos del Pardo.

El fundador de aquel establecimiento Sr. Moreno Benitez recibió muchos plácemes y alabanzas.

Los visitantes habian recorrido todas las dependencias del *Asilo*. ¡Qué limpieza!—decian,—¡qué órden! ¡qué prevision y concierto!

Pero la excursion habia abierto el apetito; y despues de examinar y admirar las particularidades del establecimiento de los pobres, el más opulento de nuestros fondistas, *L'hardi*, sirvió un almuerzo tan notable que si los alimentos se pudieran guardar en clase de olor y perfume, todos los asilados habrian podido hacer acopio de manjares para un año entero. ¡Es realmente una idea original llevar á un asilo de beneficencia un almuerzo tan opíparo y suculento! Miéntras los convidados saboreaban los primores culinarios de L'hardi, los pobres recogidos en el asilo debian estar con las narices pegadas á la pared de sus respectivas habitaciones tratando de participar por medio del olfato de aquel ostentoso banquete.

Los brindis fueron numerosos. Ya se sabe; el *Champagne* produce siempre ideas nobilísimas.

Moreno Benitez fué ensalzado como una providencia de los pobres.

¡Lo merece! Los asilos del Pardo honran á su fundador. Pero le aconsejamos una reforma para la visita del año que viene.

Y es la siguiente:

En la tarjeta de invitacion debe poner:

«Se servirá un almuerzo compuesto de los manjares que se dan en el establecimiento.»

De este modo tendrá el Sr. Moreno Benitez la seguridad de que es un verdadero filántropo y no un gastrónomo el que le acompañe en su excursion al Pardo.

Quien resista esa prueba podrá tomar patente de filósofo.

Conviene estar prevenido para la adversidad.

Nadie puede decir:

¡De este *Pardo* no beberé!

* * *

A estas horas la justicia divina ha dictado ya su fallo sobre el reo del Ferrol Joaquin Gomez.

No se pudo arrancar su perdon á la justicia de la tierra.

Durante veinticuatro horas trabajaron multitud de personajes para sustraer un condenado al cadalso.

¡Imposible! ¡Ah! Esta palabra hiela la sangre en las venas.

Una vez más la justicia humana ha hecho aplicacion de la terrible paradoja de Alfonso Karr.

—¿Se trata de abolir la pena de muerte?... Pues bien, sí; vamos á abolirla..... ¡Pero que empiecen los asesinos!

PEDRO BOFILL

Madrid 13 abril 1883

PARIS ARTISTICO Y LITERARIO

LA FIESTA DE ALSACIA Y LORENA EN LA GRANDE ÓPERA.—Piezas de concierto.—Dos trozos de la *Herodías* de Massenet.—El *Mefistófeles* de Boito y el *Faust* de Gounod.—Un acto del *Rigoletto*.—La Fiesta Española.—La Sarah Bernhardt en *Adriana Lecouvreur*.—Varios conciertos.

La quincena que acaba de transcurrir ha sido poco fecunda en acontecimientos artísticos, casi sólo ha habido uno, pero uno que ha valido por muchos. Este ha sido la Fiesta que el Comité de la Prensa ha dado en la Opera, á favor de los inundados de la Alsacia y la Lorena, los cuales acababan de rehusar el socorro en metálico que el gobierno aleman les habia mandado.

La Fiesta consistió en la representacion y canto de algunas piezas y trozos de ópera, unas escenas andaluzas y un acto de *Adriana Lecouvreur* representado por la Sarah Bernhardt, Bertou y Saint Germain La funcion empezó con la *Marcha de Sylvia*, tocada de una manera magistral por la orquesta de la Opera. Cantóse luégo el quinteto de *Cosi fan tutte*, y el coro de *Foli Fo*, al cual siguió una aria incomparablemente dicha por la simpática artista Mlle. Rosina Bloch. El *baile de los Fenicios*, de la *Herodías* de Massenet, arrancó merecidísimos aplausos, lo mismo que el *aria de Herodes*, muy bien interpretada por Lasalle. El mismo Massenet dirigió la orquesta y le valió un éxito. Púsose despues en escena *el cuarteto* del 2.° acto del *Mefistófeles* de Boito que no recibió la acogida que merecia, y así lo reconoce la misma prensa francesa. El público, que no conoce la ópera en cuestion quedóse atónito de ver los mismos cuatro personajes del tercer acto del *Faust* con iguales ó parecidos trajes representar la misma escena de un modo diametralmente opuesto. La música, que no tiene ese sello de melancolía que caracteriza á Gounod, le sorprendió en gran manera. Tiene el maestro italiano detalles que escapan á todo el que no posea una vasta instruccion musical ó un profundo sentimiento de las armonías; estas pasaron completamente desapercibidas del público que por primera le escuchaba. Las cuatro risas tan distintas de Fausto, Margarita, Marta y Mefistófeles, cuya exactitud psicológica es de un realismo de primer órden, le dejaron extático, sin que las comprendiera poco ni mucho, y el insigne Boito apénas tuvo algunas palmadas que le dimos varios extranjeros que en la sala habia.

En cambio para Gounod fué todo lo contrario. Despues del coro *La Caridad* de Rossini, se aplaudió á rabiar el 5.° acto del *Faust*, obligando á salir varias veces á la escena á la Devries, á Gailhard y á Dereines, los cuales en honor de la verdad sea dicho, lo interpretaron inimitablemente.

El público parisien que aplaude el naturalismo repugnante de Zola ha preferido la Margarita ideal de Gounod á la *Gretchen* real del maestro italiano. Exito completo alcanzó tambien la *Gallia* del mismo Gounod, lo mismo que los artistas que la interpretaron.

Lasalle en el acto 3.° del *Rigoletto*, rugiendo con la desesperacion de Triboulet, fué aclamado al igual que la Isaac suspirando las notas de Blanca.

Lasalle vestia un traje de bufon del rey Francisco I, de una propiedad histórica irreprochable, cuyo figurin habia sido dibujado por Lepic; era la verdadera librea personal de la casa del ilustre prisionero de Cárlos V. Justillo blanco con la simbólica salamandra bordada de oro sobre la manga izquierda; la manga derecha estaba acuchillada á la italiana: era la trusa de tiras segun la moda alemana que ya comenzaba á generalizarse; el todo daba una idea de esa época de transicion en que se inició el Renacimiento y cuya manera de vestir debia un bufon exagerar.

Llegamos á la Fiesta española. Francia se portó nobilísimamente con nuestros inundados de Murcia; España debia de contribuir en algo á una fiesta de caridad, reputada como una fiesta nacional por los franceses. Los artistas españoles que se hallaban en Paris, á fuer de agradecidos, se prestaron gustosísimos á trabajar para socorrer á los alsacianos Nuestro compatriota Manuel Giró *compuso la música del baile y mereció que se le proclamara héroe de la fiesta*. Conocido era ya el nombre del señor Giró en el mundo musical parisiense, pero de hoy más contará con esa popularidad que sólo alcanzan los artistas de verdadero mérito.

Hijo de una familia de modestos labradores de Lérida, y habiendo seguido los primeros estudios musicales en su país, en 1873 pasó á Paris con objeto de perfeccionarse en su arte y trabajar, como un artista de corazon trabaja, para realizar sus entusiastas aspiraciones. Hizo tales adelantos en su carrera, trabajó tan asiduamente y logró darse á conocer de tal modo como excelente compositor que al fin sus piezas musicales fueron admitidas con entusiasmo y ejecutadas con grande aplauso por orquestas como las de Pasdeloup, Colonne y la del Conservatorio de Paris.

La Adela Iglesias y la Mauri bailaron cada una en su género. Trabadelo cantó; Payans enseñó á la Granier á gorjear los cantos de Andalucía; y la estudiantina española dió al aire los acordes de sus guitarras, bandurrias y panderos, acompañando los cantos coreados mas característicos de nuestra tierra; todos bajo la acertadísima direccion de Gailhard, el cual ha demostrado que siendo tan francés como el primero de sus compatriotas, se puede ser tan español como el primero de los españoles. A él fué á quien se le ocurrió la idea de esta fiesta de nuestro país, y no perdonó medio para que tuviera el mayor carácter posible. Para dar el ejemplo se afeitó la barba á fin de vestirse de torero con toda propiedad, y de tal modo lo logró que entre bastidores hubo quien le tomó por *Cara-ancha*, ó el *Gordito*.

La escena representaba una plaza de una ciudad de Andalucía. Los coros de la *Renaissance* dieron la vuelta al escenario cantando la marcha de *Pan y toros* de nuestro incomparable Barbieri. Vino luégo la estudiantina española tocando un paso de guitarras y bandurrias al que siguió una jota coreada, en seguida de la cual Gailhard vestido de primer espada con un magnífico traje azul y plata, cantó con muchísima gracia las seguidillas *Cuando yo brindo un toro*, siendo aplaudido por toda la sala. No ménos éxito tuvo al cantar con la Granier la popular copla de *La niña que á mí me quiera* acompañada por la estudiantina y coros. La Granier vestia un traje de gitana, corto, de color de rosa, cubierto de tul y perlas eléctricas, con una saya sembrada de cardos y aves multicoloras.

¡Y qué de diamantes! Dos enormes solitarios en las orejas, un collar de cuatro tiras de brillantes, y una peineta de maja cuajada de brillantes y perlas que parecia un rayo de luna. Nunca hubiéramos imaginado que una artista francesa como ella pudiera cantar con mejor acento y con más gracia las canciones españolas. Fué tal la propiedad con que las dijo, que se hubiera hecho aplaudir estrepitosamente del público más exigente de Madrid ó de Sevilla. Al llegar al zapateado, cogió la bandurria y se acompañó con verdadera sal andaluza. El vito y el zapateado, bailado por la Iglesias, excitaron el entusiasmo del público. Presentóse ésta contoneándose envuelta en un magnífico pañolon de Manila, escarlata, y pisando los sombreros y los manteos que los estudiantes le echaban al paso. Vestia un traje de manola, granate, obra maestra de Mme. Rodriguez, la modista hoy dia á la moda, la misma que hizo el de la Granier.—Una chaquetilla corta de terciopelo, con alamares, que destacaba sobre un justillo de raso, y este sobre una falda bordada de amapolas y llena de abalorios, armonizando perfectísimamente entre sí los cuatro rojos de intensidad distinta, el del crespon, el del raso, el del terciopelo y el de la seda mate, producian un efecto artístico indescriptible.—Y luégo la mar de diamantes por encima, que aquello parecia un cielo estrellado.—La Iglesias, con el rumbo, la gracia peculiar á las mujeres de Madrid y la especial que ella tiene, bailó un zapateado y un vito que produjeron una exaltacion increible, un verdadero frenesí, una tempestad de aplausos. Dudamos que se haya visto nunca en Paris entusiasmo igual producido por una bailarina, ni áun allá por los tiempos de la Camargo. Dícese que se están haciendo gestiones para que acepte la Iglesias una contrata en la Opera.

El baile español, de composicion especial de don Manuel Giró, siguió á este *jaleo*. El cuerpo coreográfico estuvo á gran altura, y en especial la Mauri, la Sangalli y la Subra, *pero yo no sé de quién fué la idea de cortar* los principales motivos de carácter, bellísimos por cierto, para sustituirlos con un baile calabrés que se despegaba por completo de aquella obra musical; así fué que el bailable no produjo todo el efecto que esperaban á los que conocian el mérito de la obra y las dotes del compositor. No obstante, los inteligentes han reconocido el valor de éste, en los pocos motivos que quedaron.

La funcion terminó con el segundo acto de *Adriana Lecouvreur*. Diríase que despues de esta orgía de canto, de baile y de colorido, un acto de un drama debia de resultar algo frio; pues fué todo lo contrario al salir la Sarah Bernhardt, y si la impresion del público cambió por

completo, la atencion subió de grado. De lo alegre pasóse á lo serio, y todos, preparándose á sentir hasta el paroxismo, escucharon con religioso silencio á la gran actriz. Presentóse esta con un riquísimo traje oriental, lleno de bordados persas, de filigranas de plata y de incrustaciones de piedras preciosas, vistiéndolo con la propiedad y elegancia que sólo en ella conocemos. En el desempeño de su papel estuvo inimitable. Una vez más admiró el Paris inteligente su rara facultad de diccion, su manera delicada de sentir, su arte de conmover. Tan deliciosamente dijo la fábula *Les deux pigeons*, que arrancó aplausos unánimes y prolongadísimos. La sublime trágica elevóse á una altura incomparable en las dos escenas, produciendo un verdadero furor en el público, el cual fuera de sí la obligó por tres veces salir á la escena para tributarle una ovacion extraordinaria.

Terminada la representacion, empezó el baile de sociedad en el salon, y la *tómbola* en el *Foyer*. La Granier con la gracia que le es peculiar, desde lo alto de un tablado, iba anunciando los objetos que correspondian á los números que iban saliendo premiados. A cada premio añadia un *calembourg*, un gesto, una mueca graciosa, ó una ocurrencia que hacia desternillar de risa. En tanto la estudiantina tocaba admirablemente aires españoles en el otro extremo del salon de descanso.

Dióse comienzo al baile de sociedad con una quadrille de *Nizella Nitouche*, dirigiendo la orquesta la Judic, que daba saltos y gesticulaba como si estuviera loca de alegría. La sala estaba esplendidísima. Llenábanla todas las aristocracias de Paris, la del genio, la de la sangre y la del dinero. Apénas podríamos citar un nombre entre los que á estas tres clases pertenecen que no figurara en el baile. Las señoras vestian unos trajes deslumbradores, de un buen gusto desconocido no sólo de los que no viven en Paris, sino de la mayoría de los parisienses. Allí habia vestidos á lo Luis XIV, XV y XVI, vestidos Médicis, Valois, orientales, etc., predominando no obstante los del Renacimiento: los brocateles españoles, los damascos, *vieux tons*, los bordados antiguos de oro y sedas, los encajes y las plumas, haciendo resaltar más el brillo de las esmeraldas, zafiros y brillantes, que estaban prodigados hasta en las faldas de los vestidos. Entre estos los habia que dejaban atónitos á los que los miraban. Recordamos el que vimos á la princesa de Sagan, lo mismo que el de la Judic, salidos de los talleres de la Rodriguez, que eran verdaderas obras de arte.

El baile terminó á las cuatro y media de la mañana entre la algazara del galop final.

* * *

Los otros acontecimientos artísticos de la quincena son de menor cuantía.

Dos conciertos Pasdeloup, como siempre afinadísimos. Un concierto de piano de nuestro paisano Calado en la sala Pleyel, en que se ha hecho aplaudir por su ejecucion y sentimiento. Y la triste noticia de haber entrado en la agonía el célebre Masset, el gran pintor impresionista.

* * *

En el mismo momento de concluir, recibimos la invitacion para asistir á la inauguracion de la *Exposicion Japonesa Retrospectiva*. Daremos detenida cuenta de ella á nuestros lectores en la próxima revista.

POMPEYO GENER

NUESTROS GRABADOS

CONCIERTO DE AMORCILLOS, cuadro de Rodolfo Henneberg

Tiempo hacia que el arte dejaba en paz á las legiones de amorcillos sonrosados y mofletudos, de que tan pródigos fueron los pintores del siglo décimoctavo. Hoy que la moda ha puesto en boga una porcion de objetos de mobiliario que nuestros padres deportaron desdeñosamente á los desvanes, si no los vendieron por una miseria al roñoso dueño de una prendería; es muy natural que los amorcillos vuelvan á estar en boga, como lo están realmente. Además, á falta de amores sérios, que estos van siendo ya sentimientos arcaicos, bueno es que nos vayamos acostumbrando á los amores de menor edad, caprichosos como afecto de niño, juguetones como pájaros en la enramada; amores interpolados con flores y como ellas fragantes un solo dia, lozanos unas cuantas horas.

De esos amores pintados es trasunto el grabado que publicamos; concebido con ingenio y ejecutado con verdadera elegancia y correcto dibujo. Los cuatro cupidillos son de ingénua belleza é irreprochables formas. Un pájaro cantor une sus trinos á los acordes de la pequeña orquesta, cuyos individuos parecen igualmente pájaros, segun lo poco que sus cuerpos pesan en las delicadas ramas que les sustentan.

El conjunto es plácido y bajo todos conceptos digno de decorar uno de aquellos famosos saloncitos, con que la mal empleada prodigalidad de Luis XV correspondia á las impuras caricias de sus funestas cortesanas. ¿No es una especie de ultraje para el arte, que uno de sus más elegantes estilos modernos lleve el nombre de aquella mujer, que tanto contribuyó á la degradacion de la monarquía francesa?

EL NIDO, cuadro por Hans Makart

Hay preguntas que, con ser inocentísimas, ponen en un brete á la persona que ha de contestarlas. Nuestro cuadro contiene una de esas preguntas.

—¿Qué es un nido?—dice la cándida jóven á su amorosa madre.

Y ésta, que contempla á la avecilla á través de un mundo de recuerdos, se halla bien embarazada para cumplir el precepto de enseñar al que no sabe. Esta obra de misericordia es susceptible de muchos comentarios y anotaciones. Hay ignorancias tan respetables como la ciencia.

Y sin embargo, un nido dice algo, dice mucho, que, bien explicado, no es malo sepa una jóven bien educada para vivir en el mundo.

Seguros estamos de que la madre de la cariñosa niña, cuyo semblante revela inteligencia y distincion, despues de reflexionar algo y pedir á Dios que ponga tiento en sus labios, ha de contestar, poco más ó ménos, lo siguiente:

—Un nido, hija mia, es como si dijéramos el hogar formado por el amor y el trabajo de los buenos padres. Gracias á estas dos virtudes, que Dios no ha negado á la paternidad ni áun de las fieras, los tiernos pajaritos, como los débiles niños, hallan, desde su venida al mundo, blando lecho para descansar sus frágiles miembros, suave calor para fortalecer su diminuto cuerpo. El nido es, asimismo, la cuna del ave, á donde sus felices padres llevan en el pico el alimento de que ellos mismos se privan, por mucho que lo necesiten, á trueque de que no les falte á sus hijuelos. Un nido es el fundamento de muchas esperanzas, la base de muchas ilusiones; ilusiones ¡ay! fugaces casi siempre; porque cuando llegue el dia en que el pajarito tienda el vuelo, ya no volverá, hija mia, al nido, de que ni un sólo dia faltaron los excelentes padres. El nido, entónces, es el hogar sin ventura y sin calor, cuyas frias cenizas riegan con lágrimas, primero el dolor de los ancianos y más tarde el arrepentimiento de los jóvenes. Pedazo de cielo cultivado por el afecto más puro, la ingratitud le convierte muchas veces en el paraíso perdido por el pecado del hijo pródigo.

FRUTERA ROMANA, dibujo por Enrique Serra

Si el autor de esta composicion se hubiera limitado en ella á reproducir á una de esas garridas transteverinas, tipo indígena, descendiente en línea recta y sin mezcla de sangre bastarda, de aquellas sabinas llevadas á Roma de una manera que hace muy poco favor á la delicadeza y galantería de los antiguos romanos; deberíamos contentarnos con decir que Serra es un excelente reproductor del natural.

Pero como nuestro distinguido paisano es algo más que un correcto dibujante y su genio le permite dar accion ó argumento áun á los simples retratos; de aquí que su dibujo de la frutera romana comprenda todo un drama, drama de asunto conocido, drama de final adivinado, pero que al fin y al cabo constituye la síntesis de casi todas las comedias, sin que el público se queje por ello, ni pida que se cambie radicalmente el fondo de las acciones que se desarrollan sobre la escena. Convenimos, pues, en que se trata de un drama de amor á la vuelta de una esquina.

La actitud de la jóven demuestra claramente que maldito lo que cuida de las sandías y de las uvas y de las manzanas, cuya venta constituye su comercio. Alguna mala yerba ha pisado la niña; y esto sentado, si Quevedo aconsejaba preguntar *¿Quién es ella?*—en nuestro caso la pregunta debe decir—¿Quién es él?...

El no es difícil de encontrar. A la vuelta de la esquina son de ver los ojos de un mancebo que parece cortado sobre el patron de *el moro de Venecia*.

Ya tenemos la trama del amoroso asunto, la complicacion del argumento. Hay celos de por medio y amenaza una catástrofe. Estamos, como ocurre en el teatro, en la penúltima escena del acto segundo.

¿Son fundados esos celos? El dibujo no lo dice en absoluto, pero permite suponer que Otelo no es del todo visionario. Ello, empero, la afliccion que revela el semblante de la frutera, nos inclina á creer que, si pecado hubo, debió ser el pecado venial de la coquetería, debilidad de que no está exenta una muchacha bonita, por más que en el padron de contribuyentes figure en la humilde clasificacion de frutera.

En último término, creemos que la catástrofe no proporcionará á nuestro ilustre colaborador D. José de Echegaray la cruel satisfaccion de terminar ese drama como el de Shakespeare termina.

ENTRADA DE LA SALA DEL TRIBUNAL en la Alhambra de Granada, cuadro de Fortuny

De nuevo podemos honrar las páginas de la ILUSTRACION ARTÍSTICA insertando la copia de otro de los cuadros de nuestro malogrado é insigne compatriota.

La Alhambra de Granada, ese palacio árabe de arquitectura asombrosa y de delicadísimas labores, atrajo á Fortuny, como á tantos otros artistas, á estudiar sus preciosidades, y el pintor reusense consagró á su estudio una época de su vida que se ha reflejado luégo en la mayor parte de sus obras, siendo una de estas la que hoy ofrecemos á nuestros lectores, diestramente reproducida por el grabado.

EXAMENES EN UNA ESCUELA DE ALDEA, acuarela por Alois Greil

Dícese comunmente que no habria vida más regalona que la del estudiante, si no existiese el mes de mayo, es decir, el mes de los exámenes. Cuantos hemos sido discípulos podríamos confirmar la verdad de este aserto.

Y sin embargo, no es siempre el alumno quien más padece cuando llega la época de la rendicion de cuentas. ¡Cuántos y cuántos míseros profesores, de instruccion primaria especialmente, al ser juzgados por sus obras, ó sea por la capacidad intelectual de sus discípulos, preferirian ocho dias de purgatorio á tres horas del acto solemne de unos exámenes públicos!....

No hay pasion humana que no se revele en una de esas academias, máxime si tiene lugar en una aldea, donde las pequeñas miserias de la vida revisten con la mayor facilidad proporciones amenazadoras. Allí la vanidad de los padres, que casi siempre corre parejas con la ignorancia de los hijos, acusa de ineptitud y de compadrazgo al mísero mortal, cuyo mayor delito, como dijo Calderon, es haber nacido... para maestro de escuela. Allí la intemperancia de los jóvenes alumnos pone de relieve el desatino que en forma de respuesta sale de los labios de los examinandos y que hubiera pasado desapercibido del cura ó del inspector de instruccion pública sin la ingerencia de aquellos envidiosos diablillos. Allí los indomables párvulos y los estultos grandullones conspiran á porfía contra la reputacion científica y pedagógica del atribulado *dómine*, que mal resignado con el éxito negativo del público experimento, se rasca la oreja, aplazando para luégo si se echará una soga al cuello ó se tirará de lo alto del campanario....

¡Pobre maestro!... Su vida entera la ha consagrado á *desasnar* la prole de sus convecinos; y al cabo de cuarenta años de profesorado, se encuentra con que á nadie le ha disminuido el tamaño de las orejas, y á él, en cambio, le falta poco para que le haya nacido un rabo....

Muchos de nuestros lectores recordarán que nuestro ilustre actor D. José Valero, glorioso resto de una generacion de grandes actores, hacia, y quizás haga aún, las delicias del público, en una pieza titulada *El maestro de escuela*, llena, gracias á él, de interés, de color, de vida.

Pues bien, el pintor Greil ha dibujado el asunto con la misma gracia, con la misma felicidad, con que Valero dirigia y ejecutaba la pieza.

LAS ANDALUZAS

Pero Señor, ¿qué habrá sido de las andaluzas?

Vivian en el piso tercero de la casa misma en que yo habitaba, en Madrid. Hube de ausentarme unos dias, y cuando regresé, ví desde la calle, con profunda pena, que los balcones de la habitacion de las andaluzas ostentaban el blanco papel con que se avisa al transeunte que el cuarto se alquila.

Pregunté á la portera que, siendo una mujer de suyo curiosa, tanto, que siempre sabia todo lo que pasaba en la vecindad, y cuando no lo sabia lo inventaba; forzosamente sabria porqué y á dónde se habian mudado las andaluzas.

—Se mudaron ocho dias despues de haberse marchado V., me contestó, pero me dijeron que no vendria nadie á preguntar por ellas, y que si alguno preguntara, no le dijera adonde se habian ido.

—Luego V. sabe adonde fueron.

—Pues si lo supiera, ¿no se lo diria á V.?... Ellas me hicieron la advertencia, porque les pareceria imposible que yo no averiguase su paradero.

—¿Y no hizo V. por averiguar?....

—Sí, ya he revuelto medio mundo.

—Pero ¿no vinieron carros y mozos á mudar los muebles?

—Señor, si no habia más muebles que ellas..... Dos chicos vinieron que llevaron una mesilla, un tocador, cajas y otros cachivaches. Y entre los chicos y ellas, que cada una llevaba unos cuantos lios...

—De ropa serian.

—Digo yo que serian de ropa..... Los pocos muebles eran alquilados y se los llevó el mueblista. A los chicos no les pude coger solos un momento, y como aquel dia, precisamente, á mi marido, que no trabaja en su vida, le habia dado la ventolera de ir á trabajar, estaba sola en la portería, y no pude separarme un momento, porque ya sabe V. lo cócora que es el administrador, que vive en el entresuelo, porque si yo hubiese podido salir de la portería un cuarto de hora siquiera, no se me habrian escapado las andaluzas sin saber adónde iban á dar guerra. Pues he preguntado en las tiendas donde iban á comprar al fiado, he corrido todo Madrid, y el otro dia me planté en la parroquia y en casa del alcalde, á ver si me daba luz, nada más que por saber lo que no querian que supiera; y nada...., ni muertas ni vivas. Parece que se han caido en un pozo. Pero, ahora que me acuerdo, ¿V. tenia algo que ver con ellas?....

—No, señora, pero esta casa ha perdido ya todo el encanto que tenia para mí, y hoy mismo, en cuanto descanse y me arregle un poco, saldré á buscar otra vivienda.

—¡Jesus, María y José! ¿Se muda V. porque se han mudado las andaluzas?... Ahora que la casa parece propiamente un oratorio, que hay una paz y una tranquilidad que da gusto vivir aquí, y no se oye una palabra más alta que otra sino las que digo yo á mi marido que, sobre ser como una tapia de sordo, es un haragan que me ha de quitar la vida



EL NIDO, cuadro por Hans Makart



FRUTERA ROMANA, dibujo por Enrique Serra

Yo me tuve la culpa, que me casé con él despues de haber estado casada con un hombre que era un cordero, y el más real mozo que se paseaba por las calles de Madrid, Dios le tenga en su gloria.

Dejé á la portera con la palabra en la boca y subíme á mi habitacion. Lo primero que hice fué asomarme á la ventana del comedor para contemplar las del piso superior que daban al patio, como las mias; y confieso que sentí profunda pena, considerando que ya no volveria á oir las voces de aquellas incomparables andaluzas, que durante seis meses habian alegrado mis dias y mis noches, haciéndome olvidar contrariedades y disgustos, y contribuyendo grandemente á la economía en mis gastos, porque miéntras tan excelentes vecinas tuve, ni me ocurrió perder el tiempo en el café, ni comprar un billete de teatro, donde tambien se pierde el tiempo cuando la comedia es mala. Tambien les debo la salud que tuve aquellos seis deliciosos meses, porque no pude coger ninguna de las enfermedades que se cogen por la calle, y me evitaron el percance que hubiera podido sobrevenirme retirándome á altas horas de la noche, ó el choque en una tertulia con algun allegado del dueño de la casa, si me hubiese oido decir de éste alguna verdad, ó encontrar en el café ó en el teatro algun amigo que me pidiera dinero, y en fin, mil y un peligros á que está expuesto un ciudadano fuera de su hogar.

Yo nó lo estaba del mio más que lo preciso, como que no queria perder el solaz y la distraccion que me proporcionaban las andaluzas.

—Pero, ¿qué demonios de andaluzas eran aquellas? preguntará el discreto leyente.

Eran cinco; dos hermanas de madre, ambas viudas, y ambas con viudedad; la una se llamaba doña Consolacion Palomillo y Perez, y la otra doña Transfiguracion Rejoncillo y Perez; una cuñada de esta última, casada con un Rejoncillo, hijo del primer matrimonio del padre de doña Transfiguracion, que se conoce no quedó bastante escarmentado la primera vez que enviudó, y dos muchachas de veinticinco diciembres cada una, hijas respectivamente de doña Consolacion y doña Transfiguracion. El marido de la cuñada, ó sea el hermano de padre de doña Transfiguracion, no se hallaba en el teatro donde se representaban las escenas de la familia andaluza, porque hacia bastantes años que habia tomado el partido de embarcarse para Buenos Aires, desde donde enviaba á su cara mitad alguna que otra letra de treinta ó cuarenta pesos, con la promesa siempre de volver pronto á sus brazos, por más que él la alcanzaba con los suyos desde aquella república, puesto que todas las cartas que recibia la buena señora, terminaban con estas frases:—«Y sin más por hoy, recibe el corazon de tu marido que te abraza,—Serafin.»

Ellas no me contaron todos estos pormenores, pero yo sabia todo esto y mucho más, porque siempre hablaban á voces, y siempre tenian abierta la ventana de su comedor, aunque arreciara el frio, lo que se justificaba por la calidad del temperamento de aquellas señoras, que siempre, segun su frase, estaban sofocadas. Y era verdad que estaban sofocadas.

Amanecia Dios, y ántes que los trinos y gorjeos de los pajarillos, llegaban á mis oidos las voces de doña Transfiguracion y doña Consolacion llamando á la criada, que cada cuatro dias era nueva, y algunas veces la que entraba por la mañana se iba por la tarde, y la que entraba por la tarde por la mañana ya salia de estampía, y como la criada se hacia la remolona, comenzaban las dos señoras á decir tales clamores á propósito de la pereza de la fámula, y la saludaban con tales denuestos, y la salpicaban con tan extraños nombres, que oyéndolas, levantábame de la cama riendo á carcajada tendida; y nadie me negará que levantarse con tan buena disposicion de ánimo es una gran ventaja para la salud.

—Hasta *¡mardita* sea tu estampa! levanta esos cuartazos, *¡arrastrá!* gritaba la una.

—Trae una *arcarrasa* de agua, á ver si abre los ojos esta mula.

—Tírale de los piés, digo, de las *pataz*.

Y así hasta que la sirvienta se levantaba, y en este punto solia armarse la primera quimera del dia, porque la criada protestaba de la forma poco delicada con que se la reprendia, y á los improperios de las dos mujeres contestaba con frases de subidísimo color, que á las veces producian tal efecto en doña Consolacion ó en doña Transfiguracion, que á una ó á otra le acometia terrible ataque nervioso, y todo era carreras en la habitacion de las andaluzas, habiéndose levantado ya las otras tres, y amenazas á la criada, y pedir una el frasco del éter, y recomendar la otra que á la paciente le dieran unas friegas con un cepillo, sin duelo, para que el arrebato á la cabeza se le bajase á las piernas.

Media hora despues todo parecia sosegado; la criada se habia ido dando un portazo que temblaba toda la casa. Pero de pronto, oíase reir de una manera descompasada, y ya sabia yo de lo que se trataba. Era que alguna de las dos hermanas, de madre, se reia de lo que decia la cuñada de Transfiguracion hablando de su marido ausente, porque la malaventurada esposa todos los dias habia de hacer reflexiones sobre su suerte y sobre su situacion irregular de casada sin marido.

La escena comenzaba con un suspiro hondo y prolongado de Tremedal, que así se llamaba la triste.

—¡Ay! exclamaba, ¿qué estará haciendo ahora Rejoncillo?

—Mire V. que pata de *gayo*.... ¡Con lo que sale ahora esta simple!.... decia Transfiguracion con una risotada.

—Tú eres *negá*, hija y perdona que te lo diga,—observaba doña Consolacion.—*¿Al* cabo de veinte años, no has *conocío* aún que el pendon de tu marío se fué á Buenos Aires por no verte?

—Se fué porque no salia el pobre de azotes y galeras y queria hacer fortuna en aquella tierra, para venir luego á vivir los dos tan ricamente en Lebrija.

—¡Ay, *madrecita* mia! ¿cuándo llegará ese dia? ¿cuándo me veré yo en Lebrija con mi *marío*, mirándonos uno en otro, como Dios manda?....

En este punto las risas de las otras mujeres parecian ya de personas poseidas de anajenacion mental, y á estas risas seguia una verdadera pedrea, digámoslo así, de improperios, burlas y donaires contra la confiada Tremedal, que al cabo de veinte años de separacion, imaginaba todavía que el mejor dia del año veria volver á su marido, y que aún habria para ella inacabables delicias en el estado conyugal. La agredida procuraba defender al esposo ausente, de quien decian horrores las dos hermanas, de madre, y no encontraba medio mejor de herir en lo vivo á Consolacion y Transfiguracion que recordarles las faltas físicas y morales, los vicios y los procederes de los respectivos maridos difuntos. Y animándose Tremedal, en la lucha, era cosa de oir los horrores que atribuia á los infelices muertos, y si hubieran de creer todo lo que de ellos contaba, seria cosa de lamentar que no hubiesen ido los dos á residir algunos años en un establecimiento penal. Y por lo que hablaba la mística y dulce Tremedal, que tenia una lengua cortante como un sable, tambien Consolacion y Transfiguracion habian sido en sus buenos tiempos unas señoritas de mucha cuenta y poca razon, y habrian tenido mucho que sentir, despues de casadas, si no hubiesen dado con unos maridos que tenian mucho propio por qué callar, y bastante poca aprension.

—¿Y cómo las vecinas de V., podrá preguntarme algun lector, teniendo cada una su hija soltera, se permitian hablar á voces de la manera libre é inconveniente que V. indica?

Confieso que la pregunta del lector estaria muy en su lugar, si la hiciera, pero no se alarme el lector. Cuando las tres señoras mayores se ponian de oro y azul, Lágrimas, la hija de doña Consolacion, estaba muy entretenida hablando por el ventanillo con un alférez de húsares; y Purita, la hija de doña Transfiguracion, desde el balcon de la sala observaba cómo, desde otro de la acera de enfrente, la contemplaba un viudo, de buen ver todavía, empleado que habia sido en Ultramar, y de quien se decia en la vecindad que, despues de estar allá seis ó siete años, habia regresado con el riñon bien cubierto, habiendo servido no sé qué administracion, en la que habia logrado aumentar los ingresos en el Tesoro, y sobre todo en su bolsillo. Purita era más positivista y calculadora que Lágrimas, gran soñadora, entusiasta de las letras y de las armas, lectora asídua de los folletines de la *Correspondencia*, que al bizarro alférez le llamaba *su capitan Febo*, y hubiera sido más propio llamarle feo, porque lo era en grado superlativo, y tenia la esperanza de que, casando con él, habia de verse un dia capitana generala y marquesa de algo.

La reyerta entre las tres personas de respeto de la casa terminaba cuando Tremedal manifestaba su propósito de buscar otra residencia, donde no se viera insultada y escarnecida y donde no oyera hablar en menosprecio del marido ausente. Ibase Tremedal á su cuarto á disponer las cosas para su variacion de domicilio, y cuando salia, y llorando se despedia de las dos hermanas, de madre, y llamaba con el propio fin á las dos chicas, y en este punto comenzaba á hablar la voz de la sangre, y lo que ántes habian sido denuestos y amenazas, burlas y recriminaciones, convertíase en sollozos, besos y abrazos; interrumpia esta tiernísima expansion de dulces afectos el campanillazo que daba el alquilador de muebles, el *muebrero* le llamaba doña Transfiguracion, ó el administrador de la casa, ó la corsetera, ó en fin, cualquiera de las personas con quienes las andaluzas tenian cuenta pendiente. No se negaban á recibir la visita, nada de eso; recibíanla con aparente alborozo, hacian sentar al reclamante, informábanse de su salud y de la de toda su familia, y todas cinco á un tiempo le hablaban de mil cosas, ménos de la cuenta, referíanle historias íntimas de las personas más conocidas de Madrid, y hacíanle ver que ellas estaban emparentadas con toda la grandeza, y que pronto iba á variar su posicion, puesto que venia de viaje por esos mares el esposo de Tremedal, que en Buenos Aires se habia hecho riquísimo, y no era Presidente de la República porque no le habia dado la gana. Y el acreedor salia encantado de la gracia singular de aquellas mujeres, y apénas se habia atrevido á exponer su reclamacion, seguro de que en viniendo el viajero á quien esperaban, no solamente le pagarian su cuenta, sino que habian de hacerle compras de muchísima *importancia*.

No faltaba yo en mi casa ningun dia á la hora de comer las andaluzas en la suya. Si las viudas habian cobrado la pension, la comida era de la fonda de los *Leones de oro*, tres cubiertos de diez reales para las cinco, y despues *cuatro cafeses*, como decia doña Consolacion, traidos del café de Platerías; y si habia recibido letra de Buenos Aires Tremedal, ésta pagaba el gasto, y áun, volviendo de cobrar la letra en casa de Urquijo, traia muchas golosinas, una libra de caramelos, almendras garapiñadas, yemas de coco, guirlache, un par de tarros de fruta en almíbar, porque eran devotísimas de la confitería las andaluzas, y así con frecuencia adolecian de cólico una ú otra.

La comida rara vez acababa en paz y en gracia de Dios, porque siempre habia motivo de que alguna se disgustara por la más mínima cosa, porque una de las chicas habia vertido la sal, porque otra habia puesto en cruz sobre el plato la cuchara y el tenedor, porque Tremedal habia hecho una fineza á doña Consolacion y no se la habia hecho á la otra vieja; y la que se enfadaba, despues de exponer su queja, dejaba la comida, levantábase, íbase á su cuarto, y las demás quedaban comentando el suceso; y por fin una tras otra iban á contentar á la quisquillosa que se hacia mucho de rogar, y á la postre venia otra vez á la mesa, y á los tres minutos solia suscitarse otra cuestion.

Cuando habia visita, que solia ir de cuando en cuando otra andaluza casada con *éste*, pues siempre oí á esta señora, que tambien hablaba á gritos, llamar *éste* á su marido, era una delicia oirlas. Recordaban las andaluzas viejas sus floridos abriles, sus escapatorias á los bailes en Sevilla, el efecto que hacian escotadas, vestidas de blanco, con sus zapatitos de raso y sus cabellos convertidos en jardin, y aquel capitan de ligeros que un dia de riada las pasó en brazos de un lado á otro de la alameda de Hércules, y aquel muchacho que, desdeñado por Transfiguracion, cogió y se hizo cura, y fué un santo, que no lo hubiera sido casado con la señora de sus pensamientos, y aquella feria incomparable donde una noche los dos novios, que tenia la interesante Consolacion, se le presentaron á un tiempo mismo, ofreciéndole cada uno un buñuelo de los que allí cerca confeccionaba una gitana muy buena moza, y á la madre de la niña le dió un síncope, creyendo que los dos rivales se iban en aquel punto á matar, y Consolacion, conociendo que sus dos adoradores le habian descubierto el juego, cogió con la punta de sus dedos enguantados los buñuelos y los tiró al suelo, con lo que los dos enamorados quedaron como estatuas de piedra, y repuestos luego de la sorpresa, comprenderian que la casta doncella no se picaba ni se corria fácilmente. La conversacion con la mujer de *éste* era siempre una revista retrospectiva de hechos en que habian intervenido las familias respectivas, y cuando alguna vez la mujer de *éste* hablaba de *éste*, hacíalo siempre en términos tales que bien á las claras se podia entender que *éste* era un infeliz, un hombre que no servia para nada, un cuitado sin voluntad y sin entendimiento, á quien su mujer llevaba como un *zarandillo*, segun decia, luégo que se marchaba la visita, la buena de doña Transfiguracion.

Tambien las dos chicas tenian unas amigas, de su edad, que vivian en el cuarto cuarto de la propia casa en que habitaba el viudo, cesante de Ultramar, de quien he hecho mérito, reconociéndole el de haberse enriquecido allá sin más que un modesto sueldo, milagro muy frecuente en la administracion pública española. Cuando venian de visita aquellas vecinas, hijas de un tirador de oro retirado y que, sin duda, por haber *tirado* tanto oro, se habia quedado sin ninguno, y estaba reducido á ser conserje de un casino democrático, que tenia su domicilio en el entresuelo de la misma casa; la conversacion

versaba siempre sobre modas; y en verdad digo al lector discreto, que holgábame mucho de oir las descripciones de túnicas y corazas, las disertaciones sobre lo bien que casaban el color Bismark y el Antonelli, y las lecciones teórico-prácticas para que un solo vestido pareciera cuatro ó cinco, así como en el teatro una decoracion de sala pompeyana es, vuelta del otro lado, espesísimo bosque ó casa pobre ó inexpugnable fortaleza. En lo que no estaban conformes las chicas andaluzas y las hijas del conserje demócrata, era en política, pues éstas lo esperaban todo de la revolucion y no transigian con militares y *burgueses;* la una tenia amores borrascosos con un redactor de *La Emancipacion*, que ya le habia propuesto casarse con ella sin intervencion de la iglesia, y ella no habia podido acceder á tan buen deseo, por escrúpulos de su madre, la mujer del tirador, que era tan contraria á las novedades democráticas, que solia decir á su marido:—«Mira, hijo, que seas republicano te lo paso, pero, por María Santísima, ten religion y no seas bruto, hijo mio:»—y la otra chica, demócrata más templada, no se casaria nunca, segun decia, porque estaba enamorada de un hombre, y este hombre no era fácil que adivinara su amor, y áun, adivinándolo, se casara con ella. En secreto, y á voces, dijo un dia quién era el objeto de su platónico amor, y, ciertamente, no habia elegido mal la pícara. En secreto diré á mis lectores que estaba enamorada de D. Emilio Castelar, desde que un dia le oyó hablar en el Paraninfo de la Universidad, en ocasion de tomar el grado un sobrino del tirador de oro.

En suma, la vecindad de las andaluzas, con sus contínuas riñas, con sus exageraciones en las palabras y en los hechos, con sus agudezas á propósito de todos sus conocidos y de todo bicho viviente, con sus recuerdos de mejores tiempos, con sus ayes y quejas graciosísimas cuando tenian cólico ó les dolian las muelas, con sus alegrías desatinadas cuando cobraban dinero, con su manera habilísima é ingeniosa de contentar á sus acreedores, sin darles un ochavo, con sus comentarios á las cartas del ausente en Buenos Aires, con sus disputas con las criadas; era una vecindad tan amena y entretenida, que nunca me expliqué cómo el propietario de la finca tenia ganas de que se mudasen de casa, con el liviano pretexto de que pagaban el alquiler con bastante irregularidad, y cómo no aumentaba el precio de las habitaciones á los demás inquilinos, que, viviendo allí, tenian constante diversion.

Desde que no oí á las andaluzas, desde que el silencio y la tranquilidad reinaron en el piso superior, no me hallé bien en mi habitacion; la tristeza se apoderó de mí, y temiendo una temporada de ictericia, resolví variar de domicilio, donde no viera aquel patio, que parecia el de un convento de la Trapa; donde no contemplase aquellas ventanas del corredor, de la cocina y del cuarto de dormir de Tremedal, que ya no daban paso á las risas, á los suspiros, á los apóstrofes, á los donaires incomparables de las andaluzas.

Fuíme con los trastos á otra casa, á otra casa, ¡ay! donde no oigo más que la voz de dos chiquillos que berrean; los gritos de otro, á quien su madre sacude el polvo; el ladrido de un perro, propiedad de un cazador, que nunca trae caza; los maullidos de una gata aventurera, y los chillidos estridentes de una cotorra vieja abominable, única familia de un usurero que vive en el tercero; y la tos perruna del asmático vecino de al lado, que duerme pared por medio de mi alcoba.

¿Qué habrá sido de las andaluzas?.... ¿Dónde estarán alegrando los dias y las noches de sus vecinos?..... ¡Ay! acaso sus nuevos *estos* no comprenderán toda la filosofía, toda la gracia, toda la poesía, que brotan á borbotones de las cinco bocas de aquellas andaluzas, á quienes envia este recuerdo de afecto y de gratitud su antiguo vecino

CÁRLOS FRONTAURA

NOTICIAS GEOGRAFICAS

En Africa se preparan grandes sucesos para época no lejana. La Europa se va haciendo pequeña para sus pobladores y muchos países del centro y norte no producen, con todos sus progresos agrícolas, lo suficiente para alimentarlos sin acudir á otras naciones que producen más de lo que consumen. De aquí resulta el empobrecimiento paulatino de aquellos países, y esta causa, unida á otras de órden político y social, motiva de sesenta años á esta parte una emigracion siempre creciente, que empieza á preocupar sériamente á los gobiernos. Por ejemplo, el total de alemanes domiciliados en los Estados Unidos durante los últimos 60 años, se calcula en 8 millones y medio de individuos, y el capital total que han sacado de su país para enriquecer su nueva patria, en más de 5000 millones de pesetas. Estos datos darán una idea de la emigracion total de Europa, con la particularidad de que la emigracion alemana, escandínava é irlandesa va á enriquecer otras comarcas, dando incremento á la competencia industrial en perjuicio de la produccion de los respectivos países europeos.

Este estado de cosas, y ciertas razones de política previsora explican las numerosísimas expediciones al interior del Africa, que dirigidas y fomentadas por algunos gobiernos, entre ellos los de Francia, Bélgica y Alemania, se suceden continuamente; tomando cada año mayores proporciones y un carácter más decidido y enérgico. Una de estas expediciones, la francesa mandaba por Brazza, se ha embarcado en Burdeos el 21 del mes de marzo último con direccion al Congo, estando compuesta de 30 personas de diferentes carreras científicas y mecánicas, y 15 marineros. Lleva cantidades enormes de provisiones de boca y guerra; un arsenal de armas para armar un cuerpo de negros y 12 cañones de campaña. En Dakar encontrará la expedicion 50 negros enganchados é instruidos por oficiales del ejército francés. De allí asará el buque á la Sierra Palmera, donde se agregarán otros 130 negros ejercitados á la europea; que, así como los demás, están destinados á formar el núcleo de un ejército negro que irá armando Brazza sucesivamente y con el cual se supone penetrará rio arriba, ocupando el territorio que atravesará en nombre de la Francia hasta los grandes lagos, y fundando los establecimientos permanentes y atrincherados que juzgase necesarios.

NOTICIAS VARIAS

MÉJICO.—El gobierno de este país acaba de formar una estadística, segun la que, la propiedad inmoviliaria, que hace diez años solo representaba un valor de 1703 millones de francos, asciende ahora á 15,370. Las dos terceras partes de esta propiedad consisten en bienes municipales, una cuarta parte en bienes rurales, y lo demás en bienes del Estado. Semejante aumento en el corto espacio de diez años se debe atribuir á varias causas, á la inexactitud de la primera evaluacion, á la mayor seguridad que se ha tenido en el país por la enérgica accion del Gobierno para reprimir los motines y revoluciones; y por último, á la extincion parcial del bandolerismo.

Entre las cifras referentes á los bienes de la ciudad indicaremos las siguientes: los Estados—Unidos de Méjico cuentan nada ménos que 46 teatros, 28 plazas para corridas de toros, y 98 establecimientos para riñas de gallos; por otra parte hay 178 iglesias grandes y 1,200 pequeñas, dedicadas todas al culto católico. El valor de los edificios de esta última clase se estima en 405.000,000; miéntras que el de los que se consagran á espectáculos solo valen 31.000,000.

El número de casas de la ciudad asciende á 1.421,934 cifra que demuestra, al compararla con la de la poblacion, hasta que punto la inseguridad en la campiña ha obligado á los mejicanos á huir de ella.

Las haciendas ó granjas, que representan los bienes rurales, son á menudo verdaderas fortalezas, donde los cultivadores pueden preservarse bien de los ataques á mano armada, juntamente con sus jornaleros, caballos y ganado. Las tierras dependientes de estas granjas tienen mucha extension y son más productivas de lo que se pudiera creer.

Dedúcese en resúmen, al comparar el catastro de 1873 con el de 1882, que la administracion de los presidentes Diaz y Gonzalez, al reducir de 12 á 1 los ataques á mano armada y los robos que se cometian en el territorio de la República, ha decuplicado casi la fortuna pública.

***

MARAVILLAS DE LA TELEFONIA.—Un telégrama americano anuncia que entre Nueva York y Chicago, en una línea aérea de 1000 millas (1609 kilómetros) de desarrollo, se ha obtenido con el teléfono el más satisfactorio éxito. La mayor distancia á que se le habia hecho funcionar hasta ahora sólo era de 700 millas (1120 kilómetros). Tan notable resultado se debe en parte al empleo de un sistema telefónico perfeccionado, y tambien al uso de un nuevo conductor, constituido por un alambre de acero cubierto de una capa de cobre por un procedimiento galvanoplástico. La resistencia de los 1600 kilómetros no excedia de 1522 ohms; mientras que hubiera sido de 15000, es decir diez veces mayor, con un alambre telegráfico de hierro ordinario, de 4 milímetros de diámetro. Espérase con impaciencia los detalles de este experimento, tan notable bajo el punto de vista del porvenir y del desarrollo de las aplicaciones del teléfono.

CRONICA CIENTIFICA

LA UNIDAD DE LA MATERIA

II

Pocos ignoran que Tháles, el filósofo griego que ya seis siglos ántes de J. C. explicaba físicamente y predecia los eclipses, consideraba al agua como el principio de todas las cosas: que Anaximenes admitia al aire, más ó ménos condensado, como único principio, siempre en movimiento, eterno é infinito, de los objetos del mundo material, con cuya opinion coincidió despues su discípulo Diógenes de Apolonia: que Heráclito, el misántropo que se dejó morir de hambre, admitia tambien como principio único al fuego, si bien ese elemento era un fuego más puro y sutil que el que nosotros vemos: que Pitágoras creia al mundo un todo armoniosamente ordenado, cuya esencia estaba en los números, de los cuales era á su vez principio la unidad *(mónada)*....; pero, á pesar de estar muy extendidas estas nociones sobre los elementos que, segun esos filósofos, constituian el mundo, no es general el conocimiento de que, para todos esos sabios, lo mismo que para sus numerosos discípulos, sectarios y continuadores, lo principal y verdaderamente primario eran ciertas fuerzas invisibles, de cuya agencia resultaba el universo material. Esa energía viviente era para todos ellos la esencia prima de la naturaleza; y, esa esencia, al desarrollarse, experimentaba continuos é inacabables cambios, génesis de toda transformacion. Así, para Tháles, el agua no era el elemento primo, sino el agua dotada de vitalidad: así tambien, para Anaximenes el aire infinito era una energía animada y animante: del mismo modo, para Heráclito una vida universal y absoluta producia todos los fenómenos, cuya esencia se patentizaba más ostensiblemente en la vitalidad del fuego y en la del alma racional, al fuego análoga: é igualmente para Diógenes no era precisamente el aire atmosférico su primario intelectivo, sino un caliente y perfecto hálito de vida, impregnador de todas las cosas y alma del universo. No era, pues, para estos antiguos pensadores la materia el solo principio del mundo material: éralo algo más importante: lo era el sistema de fuerzas invisibles, dotadas de energía viviente, cuyo desarrollo constituia toda generacion en la naturaleza.

Idealistas, pues, son todos esos sistemas que consideran como la sustancia primaria y original de todas las cosas, no á las sustancias materiales, sino á fuerzas invisibles que, en virtud de propia y especial energía viviente, al modificarse en forma y cualidad (ó sea en direccion é intensidad, como ahora decimos) engendraban todos los cambios que llamamos fenómenos de la naturaleza. Esta clase de idealismo fué el de Leibnitz (fines del siglo XVII) al sostener que todos los séres son de igual naturaleza, y sus caractéres la actividad y la no composicion; fuerzas ó causas simplicísimas, mónadas indescomponibles, de las cuales el alma posee la facultad de reflejar en sí el universo, como si fuera un espejo, con conciencia de esa reflexion interior; y esta facultad de percibir constituye la diferencia entre lo material y lo espiritual. Spinossa afirma la identidad, en esencia, de la materia y el espíritu; aspectos diferentes de una misma sustancia; y el jesuita Boscovich, á mediados del siglo XVIII, considera á la naturaleza como un sistema de fuerzas solamente.

En honor de verdad, no es fácil formar exacto juicio de los sistemas del mundo profesados por los sabios de la antigüedad. De sus opiniones, en la mayor parte de los casos, quedan sólo fragmentos ó citas: la acepcion que dan á sus palabras no es á veces la que nosotros les damos, y acaso sus expresiones no eran inteligibles ó familiares ni áun para sus mismos contemporáneos. Anaximenes fué apellidado EL TENEBROSO por la oscuridad de sus escritos. Sócrates criticó á otro filósofo, diciendo que, para llegar al fondo de sus obras, era preciso ser más hábil que un buzo de la isla de Délos. La misma mayor ciencia que nosotros poseemos hoy, nos estorba para entender las nociones de otras épocas. Pero, de cualquier modo, es indubitable que algo como idea ó concepto de unidad de materia se encuentra en Tháles, Anaximenes, Diógenes y Heráclito, así como en sus continuadores; idea ó concepto de sustancia material que, poco á poco, se va perdiendo y disipando entre platónicos y aristotélicos, hasta convertirse en concepciones, puramente ideales, de arquetipos, mónadas ó centros de fuerzas; cuya última exageracion se ostenta francamente y á la moderna en Boscovich.

No se crea, sin embargo, que en absoluto habian sojuzgado la opinion las doctrinas que reconocian el principio de los séres en una sola sustancia, ora en el agua con vitalidad, de Tháles, ora en el aire animado y animante de Anaximenes, ora en el fuego archisutil de Heráclito, vida del universo. Nó: junto á estos sistemas existian los de pluralidad de elementos componentes de la materia.

Los filósofos de la India creian en cinco elementos constitutivos de todos los séres, que, á la muerte de estos, quedaban libres para nuevas formaciones: la tierra, el agua, el aire, el fuego y el éter; cuyo conjunto denomínaban *pantchatohuan*. Gran número de griegos profesaba las teorías de Empédocles, quien contaba sólo cuatro elementos: fuego, aire, agua y tierra; de los cuales, siguiendo á Heráclito, era activo el fuego únicamente. Aristóteles admitia estos cuatro elementos y, además, el éter de los Indos. Lucrecio negaba que un solo elemento, aire, agua, tierra ó fuego, pudiera ser el principio de todas las cosas; si bien profesaba que unos mismos principios, susceptibles de diversidad de combinaciones, constituian todas las cosas; á la manera que las letras del alfabeto, siendo siempre las mismas, constituyen la inmensa variedad de las palabras, á causa de la variedad de sus agrupaciones.

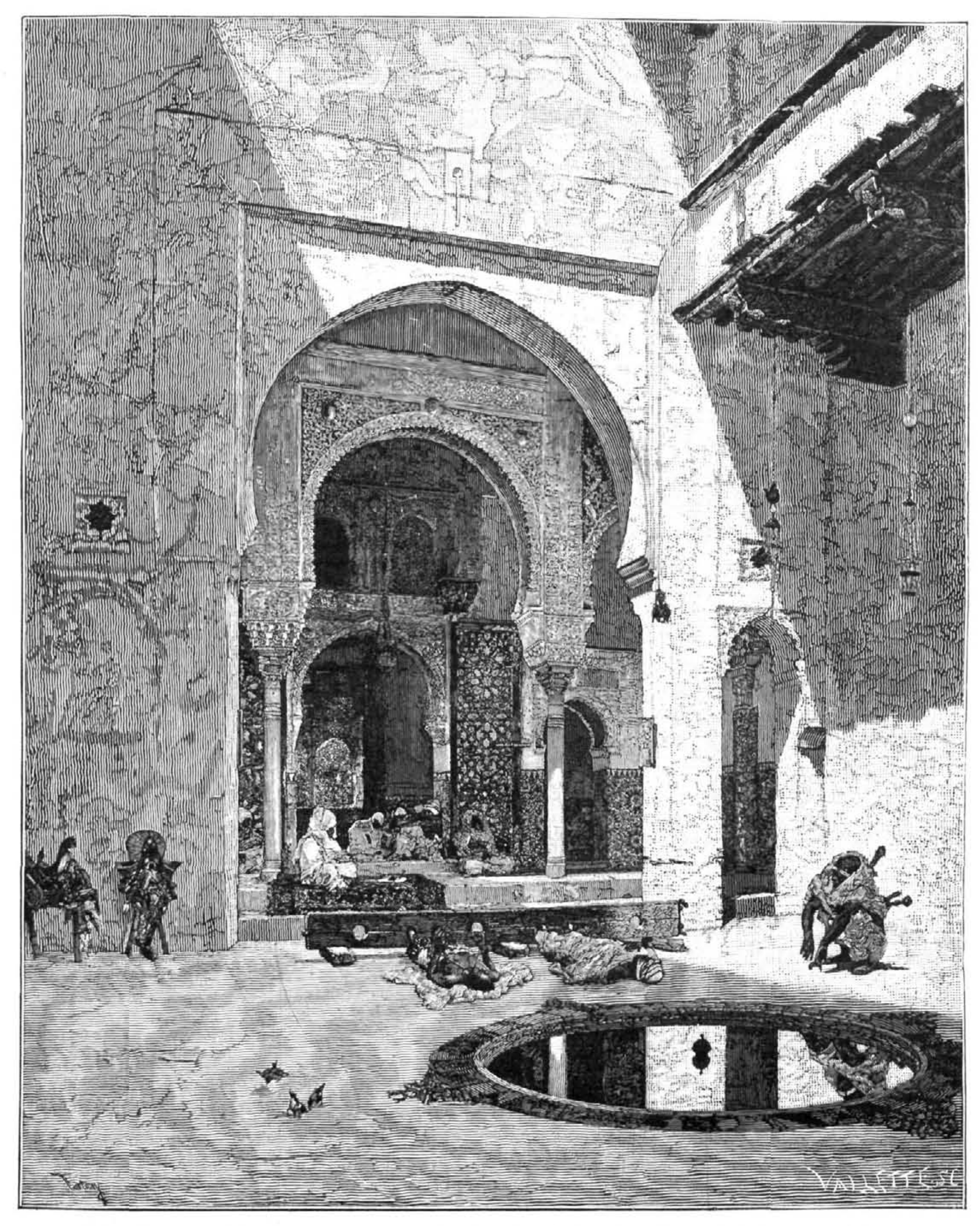
Todo este conjunto de conceptos oscuros, de apreciaciones exageradas, de nociones incompletas, de sistemas fantásticos, de intuiciones profundas, de sagaces generalizaciones, llegaron hasta los alquimistas de la Edad media; y dieron por resultado aquella general creencia de los siglos medios sobre la posibilidad de la transmutacion en oro y plata de todos los metales abundantes y baratos, tales como el hierro, el cobre, el plomo y el estaño.

Hácese, por tanto, descender de los alquimistas la creencia actual, en que comulgan entendidos profesores, respecto á la unidad de la materia; pero se-

mejante genealogia no es admisible ni constituye los timbres de nobleza de la teoría hoy preponderante.

Esa idea de la unidad material es esencialmente moderna, á lo ménos tal como se entiende ahora. Léjos de profesarla los alquimistas con distincion sistemática, es de notar que, no só lo los ADEPTOS, creyentes en la transmutacion de unos metales en otros, admitian, no sólo los cuatro elementos de Empédocles, fuego, aire, agua y tierra, sino, además, el azufre, el azogue y la SAL, tenidos tambien por cuerpos indescomponibles. Admitian, pues, siete elementos, y creian que de sus combinaciones resultaban todos los séres materiales. Pensar que los alquimistas profesaban ideas precisas sobre tales elementos y las combinaciones que podian formarse con ellos, seria el colmo del error. ¿Qué entendian por SAL? Se supone que llamaban así á todo cuerpo cristalizable; y *sus nociones respecto* al concepto de combinacion eran sumamente oscuras.

Regularmente se juzga de los antiguos alquimistas por la conducta de los farsantes en 1772 desenmascarados por Geoffroy ante la Academia de ciencias de Paris. En sótanos y lugares tenebrosos congregaban misteriosamente hábiles embaucadores á ignorantes, crédulos y avaros, prometiéndoles tesoros por la mágica virtud de la piedra filosofal. Convidábanlos á presenciar experimentos decisivos de conversion de metales viles en oro tan fino como el de Arabia; y, con admiracion indescriptible, aquel público prestigioso, inclinado á creer cuanto su codicia soñaba, al rojo resplandor de insólitas hornillas, casi en la asfixia por la falta de ventilacion de una atmósfera caldeada, fatigados todos del continuo ayudar al éxito dando sin cesar á fuelles monstruosos, veian al fin salir de crisoles incandescentes, y en la forma de un líquido de fuego, el oro tantas veces deseado. Y, ¿cómo nó? La piedra filosofal era una amalgama de oro; y, como sin el *lapis philosophorum* no podia verificarse la transmutacion, era preciso echar la piedra virtuosa dentro del candente crisol, donde debia convertirse en oro un vil metal cualquiera; y ¡oh asombro para la avarienta ignorancia! como en el crisol se habia introducido oro disfrazado, oro salia de él efectivamente, en cuanto el calor destruia la amalgama. Otras veces, el fondo del crisol contenia limaduras de oro ó plata cubiertas astutamente con tierras amasadas en goma; y, no bien el calor desorganizaba esa cubierta y fundia las limaduras, el milagro aparecia ante la espantada ánsia de creer de la ignorante credulidad. Otras veces se hacia pasar por estaño, oro blanqueado con mercurio, que, naturalmente, se ostentaba como lo que era, en cuanto el mercurio se volatilizaba con la accion del fuego. ¡Carbones impregnados en cloruro de oro dejaban oro entre sus cenizas! Siempre salia oro de la operacion; y ¿cómo no? si la operacion se habia hecho con oro! La ignorancia y la codicia concedian realidad á groseras maravillas, y los supuestos transmutadores lograban seguramente su fin de hacer oro, pero no transmutando en él los metales viles, sino asimilándose, para lucro y medro personales, los ahorros de la codiciosa é ignara preocupacion.



ENTRADA DE LA SALA DEL TRIBUNAL EN LA ALHAMBRA DE GRANADA, cuadro de Fortuny

Pero no ha de juzgarse á los alquimistas por los taimados que prometian y semejaban portentos.

Aunque espoleados por absurdas esperanzas y conducidos por erróneas hipótesis, los ADEPTOS trabajaban incesantemente; hacian inventos sagaces; seguian procedimientos serios; y, tal vez, veian galardonadas sus vigilias con el descubrimiento de sustancias utilísimas. Géber, médico árabe del siglo VII, fué probablemente el inventor de hornos, alambiques, crisoles, aludeles y otros aparatos descritos en las obras que se le atribuyen; en las cuales se habla ya de la sublimacion, la calcinacion y la destilacion. El mallorquin Raimundo Lulio, conocido por el DOCTOR ILUMINADO, á causa de haber creido ver á Cristo en sus visiones, obtuvo el ácido nítrico destilando nitro y sulfuro de hierro, y, además, conoció su poder de disolver metales, y áun el oro en presencia del amoniaco. Rogerio Bacon era tan entendido que conocia la pólvora, y se le ha atribuido su invencion, como tambien la de los anteojos de larga vista. En las obras de Paracelso, se hallan en propio lenguaje, inteligible por primera vez, estimables direcciones para la preparacion de los ácidos nítrico, hidro-clórico y sulfúrico, y de muchas sales metálicas. Descubiertos estos ácidos, los alquimistas los hicieron funcionar sobre todos los metales y todas las sustancias que les eran conocidas; y así, poco á poco, obtuvieron preciosas soluciones metálicas, y, sucesivamente muchos compuestos salinos, el fósforo, y excelentes preparados medicinales; ¡recompensa natural y justa de su laboriosidad; que nunca los trabajos sobre los cuerpos de la naturaleza dejan de revelar algun secreto suyo, á quienes constantemente los cortejan y solicitan!

Pero el misterio en que la avaricia les hacia conservar sus descubrimientos (cuando los hacian), el lenguaje ininteligible en que envolvian sus manifestaciones, y sus *extrañas teorías* tienen que considerarse como una grave desdicha respecto al gran problema de la exterioridad.

No han faltado á los alquimistas defensores que han tratado de representar á los que se jactaban de haber fabricado metales preciosos, como á hombres que sabian aislarlos, y que al aislarlos, creian producirlos. El papa Juan XXII escribió sobre el arte de transmutar metales, y se gloriaba de haber fabricado doscientos lingotes de oro, cada uno de los cuales pesaba (!) 100 libras. Como es sabido, este Papa murió en Avignon, dejando á su muerte 18 millones de florines de oro, cantidad inmensa para el siglo XIV; pero, más que á la alquimia, debe atribuirse riqueza *tanta á los cuantiosos* y extraordinarios rendimientos de las primicias para la Iglesia de Dios, que este Papa fué el primero en exigir de los fieles de la Cristiandad.

Es muy vulgar opinion la de que los alquimistas estaban convencidísimos de ser hacedera la conversion de los metales unos en otros; por no haber imposibilidad material ni metafísica en que tales cuerpos variasen de esencia; nocion perfectamente absurda para el mundo científico moderno. Hoy se cree que un cuerpo puede presentar diferencias cuando sus movimientos cambian ó su distancia respecto de otros; pero no que un objeto pueda ser diferente de sí mismo, ni que deje de ser lo que quiera que sea en virtud de su naturaleza especial.

No es posible negar resueltamente que en el fondo de las creencias alquímicas hubiese algo (quizá mucho) de convencimiento en la posibilidad de la conversion de una sustancia en otra diferente. La idea de Lucrecio de que la diferencia de las voces no está en las letras, sino en las combinaciones de las letras, era concepto no rechazado claramente por los ADEPTOS, pero no del todo base fundamental entre los mismos ni los iniciados en el gran arte del Hérmes Trimegisto. Y ¿cómo no habian de creer en la transmutacion de los metales quienes echaban hierro en una disolucion de una sal de cobre, y veian desaparecer el hierro y aparecer el cobre? Esta reaccion tan perfectamente explicada por la química moderna, tenia que ser para la ignorancia de los siglos medios una efectiva y real transmutacion.

Pero la base general de las teorías alquímicas no era el absurdo de la transmutacion, sino una errónea idea de la COMPOSICION de los metales. Para los alquimistas lo característico de la materia era su COMPOSICION; no su UNIDAD DE SUSTANCIA. Para ellos todos los metales eran compuestos; y los más bajos contenian los mismos principios del oro mezclados con impurezas; separadas las cuales, por medio de la piedra filosofal, se encontraria naturalmente al más precioso de todos los séres: al señor del universo: al oro de la felicidad.

E. BENOT.



EXÁMENES EN UNA ESCUELA DE ALDEA, COPIA DE UNA ACUARELA DE ALOIS GREIL





AÑO II — BARCELONA 23 DE ABRIL DE 1883 — NÚM. 69

JOVEN DE SUABIA, dibujo por J. R. Wehle

SUMARIO

REVISTA DE MADRID

Cuestiones de astronomía.—El telescopio y los astros.—La vida sideral.—Predicciones.—Los pronósticos del Zaragozano.—Inquietud de las familias.—El número 27.—Desilusion.—Los temblores de tierra.—La compañía del Circo de Price.—El director de la Biblioteca nacional.—Perspectiva del mes de mayo.—La catástrofe de la Exposicion minera.—El queso de Holanda y los artículos ultramarinos.

La astronomía y el arte dramático—aunque parezca paradoja—tienen puntos de contacto.

En una y otra cosa hay que esforzarse cada vez más para producir efecto.

Los astrónomos de hoy predicen con exactitud matemática los eclipses de los astros y el paso de unos por delante de otros, sin que la humanidad sienta el menor estremecimiento de terror.

Todo ello sólo produce en último extremo un movimiento de curiosidad y de expectacion pública.

Las sociedades científicas tratan del fenómeno con avidez indagadora; se desempolvan los telescopios, trasládanse los instrumentos astronómicos á los puntos del globo más adecuados para observar el acontecimiento celeste; los sabios fijan durante algunas horas su penetrante mirada en las profundidades del universo, y con escribir despues una *luminosa* memoria donde se hacen constar las nuevas particularidades notadas en el disco del sol, en las montañas de la luna ó en los alrededores de tal ó cual estrella, las corporaciones doctas del mundo salen del paso, á la vez que parecen decir á los que no poseemos más observatorio que un cristal ahumado, lo siguiente:

—Nosotros velamos por el órden y la policía celestes. No tengais cuidado. Al fin y á la postre hemos de acabar por descubriros todos los secretos del cielo. No os invitaremos á emprender un viaje de ida y vuelta á las regiones siderales; esto no se halla al alcance de nuestra mano; pero en cambio os describiremos minuciosamente la existencia de esos puntos luminosos que flotan sobre vuestras cabezas, os diremos las costumbres de los astros, su velocidad y su composicion química, miéntras aguardamos al óptico del porvenir que invente lentes de tal fuerza que podamos presenciar como los espectadores de un teatro las pasiones, la actividad, las querellas, las luchas, las fiestas y los rencores de los séres que indudablemente habitan en los infinitos astros.

Realmente es digna de aplauso esa pretension de la astronomía; y siempre será una satisfaccion para los que alcancen la dichosa época de penetracion al través del espacio el ver que en todas partes hay sentimientos de amor, enconos de ira, rivalidades funestas, y trasiego constante de la vida á la muerte.

Pero hay astrónomos que pretenden anticiparse á la ciencia; astrónomos teatrales, digámoslo así, que no se contentan con que la humanidad goce placenteramente de algunos misterios del universo, sino que intentan producir con sus noticias el terror entre los hombres.

Con mucha frecuencia suele decirse:

—Tal ó cual astrónomo anuncia el fin del mundo para un periodo próximo. Un cometa inflamará la tierra, ó se darán en el espacio un ósculo terrible dos astros que se encuentren en su amplísimo camino, á consecuencia de lo cual se esparcirá hecho añicos por la inmensidad nuestro planeta.

Confieso que tampoco suele hacerse caso de estos pronósticos. Se ha anunciado tantas veces el fin del mundo, que á fuerza de repetirlo nos hemos acostumbrado á juzgar que el mundo es eterno.

La máquina se ha ido forzando de tal modo, que en astronomía las predicciones de catástrofes nos dejan ya tan frios como en el arte dramático tampoco nos producen gran impresion esos desenlaces en que el escenario se llena de cadáveres.

Entre nosotros tiene privilegio para las noticias terroríficas de cosas del cielo el confeccionador de almanaques señor Yagüe, conocido con el nombre de *El Zaragozano*. Perdonen los astrónomos de alto coturno que coloque en su categoría al citado personaje. Yo no sé si tiene verdadero carácter de hombre científico; pero lo cierto es que para el vulgo las palabras del Zaragozano valen tanto como las del Evangelio.

Hay familias que han empezado ya á hacer provisiones para todo lo que falta de año. No quieren que la catástrofe predicha les coja desprevenidos.

Ha dicho el Sr. Yagüe: «En el mes de mayo ocurrirán tales fenómenos de nieve, borrasca, lluvias ó vientos que se perderá la cosecha no tan sólo en España sino probablemente tambien en toda Europa.»

Ahí es nada. Los sustos ó no darlos ó darlos gordos.

¿Qué porvenir aguarda á los españoles y principalmente á los madrileños que ya casi no pueden comer á consecuencia de la escandalosa subida de los comestibles más indispensables para la vida?

¡El Sr. Yagüe es muy cruel! ¡Noticias semejantes no se dan sin haber inventado préviamente una sustancia alimenticia que sustituya á las que conocemos hasta la fecha!

* * *

De aquí á mayo quedan todavía unos cuantos dias. ¡Podemos aún echar una cana al aire! No faltará un acertijo, una charada, una adivinanza cualquiera que sirva de incentivo á nuestra frívola curiosidad, como sirvió durante muchos dias el número 27 colocado en las planas de anuncios de los periódicos á manera de recóndito y misterioso enigma.

Lo veiais constantemente, solo, majestuoso, monumental, ese número 27 que ha hecho meditar y soñar á todas las imaginaciones.

Por la noche, lo primero que se hacia en los cafés, al tomar el periódico, ántes que leer el folletin, era contemplar el misterioso número inserto entre multitud de vulgares anuncios.

Ese número tenaz llegó á ser una obsesion abrumadora.

¿Qué significaria? Los comentarios no faltaban; y los habia por cierto extravagantes y magníficos.

—Esto debe ser cosa de la *mano negra*—decian unos.

—¡Quiá! no señor—contestaban otros—apuesto á que es algun jóven que anuncia su edad de veintisiete años como para ponerla á la disposicion de las muchachas casaderas.

—¡Podria ser!—exclamaban las jóvenes soñadoras.

Y de deduccion en deduccion—como se dice en *Cabeza de chorlito*—se llegaban á idear las cosas más estupendas.

¡Oh! ¡vulgaridad de la vida! Por fin se levantó el velo. El misterioso 27 no es más ni ménos que el número de una tienda que se abrirá en la calle de Fuencarral dentro de poco.

* * *

El alma de las personas imaginativas se les ha caido á los piés.... y gracias que en Madrid el suelo ha estado firme, puesto que si aquí hubiésemos experimentado los terremotos que han sufrido los habitantes de la provincia de Valencia, el alma susodicha habria corrido el peligro de perderse en alguna abertura de la tierra y no parar hasta salir á la superficie del país de los antipodas.

Un individuo me decia:

—¿Ve V. esos terremotos? Pues no son más que temblores de la tierra por la noticia dada por el astrónomo Zaragozano.

La verdad es que siguiendo este camino todo se puede atribuir á la prediccion antedicha.

Que la compañía nuevamente presentada en el Circo de Price tiene poca gracia.... ¡Vea V.!.... ¡Cosas del Zaragozano!

Que se caen algunos albañiles de los andamios de las obras en que trabajan.... ¡Pues, no se han de caer!.... ¿V. no sabe que el Sr. Yagüe anuncia pavorosas catástrofes?

Que aún no se ha nombrado al director de la Biblioteca nacional en sustitucion del difunto D. Cayetano Rosell, y que tras la designacion del eminente poeta Sr. García Gutierrez para tal cargo, piden ahora algunos que se haga el nombramiento á favor del Sr. Guerra y Orbe.... ¡Claro está! La conmocion llega hasta la Biblioteca; y la influencia de los astros lo determina todo. Se designa á Guerra.... ¿Eh? ¿Puede darse un nombre más belicoso? Y Orbe, por añadidura..... Esto es: *guerra en el orbe*.

* * *

Por fortuna llegará el mes de mayo con su fiesta patriótica del dia 2, con su popular romería de San Isidro, con sus flores y sus entusiastas himnos á la Vírgen María, y las sombras de la prediccion funesta desaparecerán para dar lugar al placer de los corazones y al brillo y encanto de la naturaleza.

* * *

Ni siquiera recordaremos ya entónces, una vez abierta la Exposicion de minería, las desgracias ocurridas en la construccion que para tal objeto se verifica activamente en el Parque de Madrid entre el gran estanque y la casa de Fieras.

La voz del siniestro se esparció por toda la capital con caractéres aterradores. Citábanse multitud de víctimas. La realidad ha venido despues á disminuir en gran parte la desgracia. Hubo varios heridos, varios contusos, pero casi todos leves. Esto no obsta para que todo el mundo censure el descuido con que se colocan los andamios de las obras que se construyen.

¡Para el albañil son casi sinónimos mortaja y andamio!

No hay semana sin que se tenga que lamentar alguna desgracia por el mismo estilo.

—¿Cuál es tu oficio?—se podria preguntar á un albañil.

Y no andaria descaminado contestando:

—Mi oficio..... ¡es caer de las alturas!

¡Es mucha abnegacion la de esos humildes trabajadores! Cobrar un sueldo miserable, y tener casi la seguridad de morir *estrellados* sobre una baldosa de la calle.

* * *

Por todas partes se dirigen objetos coloniales á la Exposicion de Amsterdam. España representará sin disputa un gran papel en aquel próximo certámen.

El orgullo nacional ha dado mayor cuerpo á los quesos de Holanda. Una de estas bolas de corteza vivamente encarnada pavoneábase el otro dia en un escaparate de una tienda de ultramarinos de esta corte.

—No os quejareis de mi país—decia á unos cuantos objetos procedentes de América.—Holanda os acoge en su seno y prepara un digno premio á vuestras virtudes.

Los artículos llamados ultramarinos se echaron á reir.

—¿Os burlais?

—No; pero hombre de Dios, ¿no ves que nosotros no procedemos de Ultramar? ¡Estamos falsificados!

El queso de bola (para si mismo):—En igual caso me encuentro yo.... ¡Me han partido!.... Yo tampoco soy de Holanda. ¡Estoy fabricado en España!

PEDRO BOFILL

Madrid 20 de abril de 1883.

NUESTROS GRABADOS

JOVEN DE SUABIA, dibujo por J. R. Wehle

Si alguna vez vuestro médico acierta á deciros que padeceis de alguna enfermedad, para cuya curacion son excelentes los aires de la Selva Negra, no discutais con el galeno, ni os empeñeis en demostrarle que vuestra salud de bronce puede pasarse sin aires de selvas negras y blancas. Todo lo contrario; aceptad la prescripcion, por muy innecesaria que os parezca; disponed la menor cantidad de equipaje que os sea posible; reunid, en cambio, la mayor suma de luises de oro que os sea dable; y por Francia y Suiza, dirigios al ducado de Baden, en cuyo territorio se halla enclavada la mayor parte de la famosa selva.

Y no os asuste ni su nombre, ni los recuerdos de cierto drama lúgubre que lleva su título y que sin duda os privó de conciliar el sueño en vuestra niñez. Nada de eso: la Selva Negra es la única selva tolerable despues que el *touriste* se ha guarecido del sol bajo los deliciosos bosques de la exuberante patria de Guillermo Tell.

Entre las muchas bellezas de esa selva, bien camino de la capilla reformada, bien al pié de los ennegrecidos muros de algun destrozado castillo, encontrareis indefectiblemente al original del dibujo de Wehle, jóven de belleza simpática, aunque muy discutible dado el gusto estético de la raza latina; porque sin duda es agraciada, cuando puede resistir impunemente el tocado nacional ó regional á que tiene singular afecto y del cual no han podido hacerla desprender todas las modas desfiladas por delante de ella, desde que Baden-Baden es punto de reunion de la sociedad más refinada y elegante.

Hace bien la jóven de Suabia: ese tocado es casi un emblema, y por muy ridículo que parezca, nada es ridículo cuando recuerda ó significa patria y hogar de la familia.

CASTILLOS EN EL AIRE, cuadro por Harrison

¡Dichosa edad!

Cuando se tiene la que el mancebo de nuestro grabado, la arena es muy blanda, el horizonte muy vasto, el porvenir más vasto que el horizonte.

Se sueña mucho, y se sueña despierto.... ¡Qué de magníficas cosas se ven en esos sueños! ¡Cuántos castillos fabricados en el aire, durante esos coloquios íntimos entre el espíritu contenido en el cuerpo y ese otro espíritu que el niño ve flotar casi al alcance de su mano!....

Y luégo viene la realidad, con un semblante muy feo, porque lo cierto de la vida raras veces es agradable; y la cabaña del niño es doblemente estrecha y mísera, cuando, siquiera mentalmente, viene de habitar palacios encantados.

Despues de todo ¿quién sabe?... Tambien soñó Juana de Arco cuando hilaba humildemente cabe la puerta de su mezquina choza; tambien soñó Sixto V cuando custodiaba rebaños en el interior de los bosques; tambien soñó Juan Barth cuando, á la edad del niño de nuestro grabado, como él se tendia indolentemente sobre la arena de la playa y en las preñadas nubes creia oir los gritos del combate que las galeras francesas de su mando libraban, victoriosas, á las escuadras de la Gran Bretaña.

No quiere esto decir que el fausto, el poder, la gloria, se hallen fácilmente al alcance de los soñadores, y mucho ménos si estos son dados á la posicion horizontal, que es la más funesta para aquel que aspira á convertir el deseo en realidad. Algo mejor haria nuestro muchacho yendo á la escuela, donde es posible que alguna bofetada pedagógica le despertara al realismo de la vida; pero donde, en cambio, con buena voluntad de su parte, adquiriria los primeros elementos de la ciencia, sin los cuales ni el poderoso ni el humilde realizan maravillas en nuestros dias.

Pasaron, por fortuna, aquellos tiempos en que la sociedad era patrimonio del más fuerte: hoy el talento y la instruccion son elementos más respetables que los antiguos navíos de tres puentes; y no es tomando el sol á la bartola como se eleva la inteligencia á la altura de las necesidades modernas.

Pero vayan Vds. y hagan comprender esta verdad al mozalbete de nuestro grabado, que en este punto de su reposo vive, goza, sueña, es feliz....

PERSEO LIBERTANDO A ANDROMEDA, grupo en mármol por J. Pfahl

La Mitología ha sido en todos tiempos un precioso arsenal donde los artistas han encontrado inagotables asuntos que reproducir por medio de la pintura y de la escultura. Ménos idealistas, ménos poéticos, ménos sentidos esos asuntos que los inspirados por las grandes figuras del cristianismo naciente, tenian y tienen el atractivo de su parte fantástica, de la cual puede sacar gran provecho el artista que sepa concebir lo imposible y darle una forma que lo haga concebir á los demás.

Uno de esos artistas ha esculpido recientemente el interesante asunto de Perseo libertando á Andrómeda. Los poetas paganos, á quienes pudiéramos llamar primitivos historiadores de hechos en donde la verdad y la fábula andan de tal manera revueltas, que apénas se distinguen la una de la otra; refieren de esta suerte la aventura.

Andrómeda, hija de Cepheo, rey de Etiopía, y de Casiopea, fué víctima de la vanidad de su madre, que se juzgó de belleza superior á la de las nereidas. Irritado Neptuno de que una simple mortal se permitiera semejante parangon con las hijas del dios de las aguas, envió un monstruo marino que asolara el reino etiope, como así se dió prisa en ejecutarlo. Espantado Cepheo, no sin motivo, consultó al oráculo; el cual, tan monstruo como el monstruo mismo, contestó que la plaga no cesaria hasta tanto que la inocente Andrómeda fuese entregada á la voracidad del satélite de Neptuno. Cepheo, digno complemento del monstruo y del oráculo, se avino al sacrificio de su hija; y ésta fué encadenada á una roca, en la cual hubiera perecido de muerte cruel, sin el oportuno socorro de Perseo, hijo de Júpiter y de Dánae, quien dió muerte al espantajo con el auxilio de la cabeza de Medusa, que tenia el don de petrificar cuanto miraba y que pertenecia al mancebo por habérsela cortado á la célebre Górgona.

Perseo casó con Andrómeda, y más tarde uno y otro fueron trasladados al Olimpo, donde forman entre las constelaciones.

La cosa podrá ser absurda; pero absurdos como este inspiraron á Fidias y á Praxíteles.

CODICIA, cabeza de estudio por Ferain

No hay sino contemplar ese rostro receloso, esas mejillas hundidas, esa mirada de envidiosa expresion, esa nariz de prominente perfil y ese porte descuidado y sórdido, para reconocer que el autor de este busto ha trazado magistralmente el tipo que se habia propuesto representar, el de un sér codicioso, víctima de una insaciable avaricia que ha surcado su rostro de prematuras arrugas, y le obliga á ver en todo hombre un enemigo que aspira á arrebatarle sus riquezas, amasadas á fuerza de economías, privaciones y aún quizás de bajezas y abyeccion. Este busto, perfectamente dibujado, debe más realce, si cabe, al buril del inteligente grabador Bong.

MARINA, cuadro de Eduardo Dalbono

Un cielo cargado de nubes, un mar sosegado, una barca de pescadores en primer término y algunas otras en lontananza; á esto no más se reduce la descripcion que puede hacerse del cuadro de Dalbono. Pero bien mirado, su protagonista (permítasenos expresarnos así) es otro; es la naturaleza, es el ambiente, es todo el cuadro y ninguna parte de él. Es ese cielo con sus nubes de mil formas, que se amontonan, siempre cambiantes, siempre en movimiento y disipándose siempre para ceder el puesto á otras nuevas, fantásticas, grandiosas, poblando el espacio de extrañas imágenes, de tinieblas y de fulgores, y variando con las sombras que difunden y con los reflejos que alteran á cada momento los matices de las olas. Es el mar que se encrespa, ó sonríe, que se oscurece ó inflama, que se adormece en la calma ó se despierta á los golpes de los remos, despidiendo mil fosforescentes destellos; es la barca que, por contraste, realza aun más la anchurosa extension del espacio, é imprime una frase de la vida humana en la vida de lo creado; es, en una palabra, la poesía de que el artista ha sabido impregnar el lienzo, abarcando el conjunto con un sólo arranque de inspiracion artística.

Marinas como la del cuadro de Dalbono bastan para formar la reputacion de un pintor de este género.

EL ZAPATERO DE ANTAÑO, dibujo por Llovera

Los pintores tienen tambien sus modas: los asuntos á la órden del dia, particularmente entre los artistas españoles, son los cuadros de estudios orientales y la reproduccion de las costumbres de nuestros abuelos. Fortuny y Goya son los maestros más estudiados, ó más imitados al ménos, y si es verdad que ninguno hasta el presente ha igualado á esos dos pintores, gloria del arte español en el presente siglo, es indudable que su escuela ha producido discípulos aventajados y estos discípulos han ejecutado composiciones muy apreciables.

La antigua manolería es trasladada repetidamente al lienzo, y si es verdad que, como decia no ha mucho el pregonero que hacia la presentacion de una mujer tigre, el público está cansado de tantas mujeres altas, mujeres gordas, mujeres con barbas y demás adefesios mujeriles, no lo es ménos que las escenas típico-populares españolas son siempre simpáticas, cuando son tratadas con la gracia y soltura de nuestro Llovera.

En la composicion que hoy publicamos el asunto tiene ese olor, color y sabor que requieren las cosas para que estén en carácter y digan algo de la sociedad que reproducen; tiene algo de ese perfume que exhalan las *Memorias de un setenton* del ilustre Mesonero Romanos; algo que nos trasporta á una época en que se necesitaba toda la sal española para que las mujeres bonitas no pareciesen feas y las feas no fueran condenadas á ostracismo perpetuo.

Tiene, además, este dibujo cierta intencion picaresca que sienta bien á la manera de ser de unos tiempos en que la aparente beatitud de los mortales era un simple traje con que se disfrazaban debilidades propias de todos los tiempos y fragilidades comunes á todos los pueblos.

LA NIÑA PÁLIDA

(Historia inverosímil)

La escena pasa en un saloncito del establecimiento balneario de Chorrosano.

Personajes:

La Sra. de Lopez, reumática de 48 años, alta, seca y de un temperamento marcadamente bilioso.

El Sr. de Lopez, su marido, alto funcionario aunque de baja estatura.

El general Fajin, veterano con el bigote blanquísimo pero muy rubio en la parte inferior izquierda, chamuscado por los cigarrillos que el general apura hasta un extremo inconcebible.

Una señora bajita, rubia, muy gorda y muy colorada, de 35 á 40 años de edad, y que procura en vano dominar el sueño que la vence de cuando en cuando, haciéndole dar cabezadas.

Y un servidor de Vds.

Son las once de la noche. En el inmediato salon los bañistas más jóvenes pasan la velada agradablemente entretenidos.

Una señorita toca en el piano una fantasía sobre motivos..... para cualquier cosa. Un poeta *inédito* recita versos capaces de conmover el alma más empedernida y un jóven andaluz, dicharachero y locuaz, entretiene á un grupo de bañistas con cuentos y relaciones de viajes inverosímiles.

De pronto la jóven pianista hace oir una polka: es la señal de alarma.

El andaluz invita para el baile á una viuda, paisana suya, de ojos tiernos, que ha llorado de risa oyéndole hablar y que al levantarse repite por centésima vez en aquella noche:

—¡Ay! Pero ¡qué *grasioso* es *ete Muñó!*

Debo advertir para mayor claridad que él se llamaba Muñoz y que la viuda devoraba las *ces,* las *eses* y las *zetas.*

Un momento despues todos los bañistas jóvenes, y áun algunos que ya no lo eran, se agitaban al compás de la mazurka.

La señora bajita y gorda, que á las primeras notas abrió los ojos y se sonrió mirando á los que le rodeaban para figurar que no dormia y que se enteraba de todo perfectamente, volvió á dar cabezadas y quedó por fin dormida, con la cabeza apoyada en el respaldo de la butaca y lanzando á veces un ligero resoplido.

El alto funcionario de escasa estatura miraba al techo con la tranquilidad del hombre que no piensa en nada, su esposa llevaba el compás del baile dando en el pavimento golpecitos con el pié. El general fumaba leyendo *La Epoca* y yo.... estaba muy próximo á imitar á la señora gorda, colorada y bajita.

—¡Qué barbaridad!—exclamó de pronto el general, dejando de leer.

—¿Qué es ello?—preguntó el Sr. de Lopez.

—Oigan Vds. Parece mentira que á fines del siglo XIX haya badulaques de este calibre.

Y leyó lo que sigue:

«Ayer en los jardines de Recoletos se suicidó de un pistoletazo un jóven de veintidos años. Vestia decentemente y en un bolsillo de su levita se encontró una carta con las siguientes lacónicas frases:

«No me quiere y me mato. Dios la perdone.»

—¡Han visto Vds. qué barbaridad!—añadió el general á guisa de comentario.

—En efecto,—dijo la señora de Lopez,—mentira parece que haya todavía quien por amor se mate.

—Yo no lo creo.

—Ni yo.

—Ni yo,—gruñó la señora bajita y gorda, que, adoptando una postura más cómoda, durmióse por fin de una manera resuelta y descarada.

—Ese desgraciado suicida tendria deudas ó sabe Dios qué otros motivos para quitarse de enmedio,—continuó el general,—pero á mí no me convence nadie de que en estos tiempos materialistas y corrompidos haya todavía amantes sensibles hasta ese punto.

—Pues opino lo contrario, general,—dije yo,—y tengo para ello una razon poderosísima.

—¿Cuál?

—Que he visto un caso.

—¿De veras?

—Matarse por amor, ¿nada más que por amor?

—Nada más, y por amor próximo.

—Cuente V. el hecho.

—Allá va tal como ocurrió.

Prestaron atencion todos, excepto la señora gorda que dormia ya profundamente, y empecé como sigue:

De esto hará quince años. Contaba yo diez y siete, y uno más que yo mi amigo Federico.

Todas las mañanas del mes de junio, haciendo un sacrificio sólo comparable por lo grande á la amistad que nos unia, madrugaba para acompañar á mi amigo á la Casa de Campo, donde á la sombra de los frondosos álamos él resolvia problemas de álgebra y yo contemplaba la naturaleza en todo su esplendor primaveral.

Federico estudiaba para entrar en la Escuela de Estado Mayor y en aquella fecha, ya próxima á los exámenes de ingreso, repasaba al aire libre todas las asignaturas con ese afan que caracteriza al buen estudiante.

Era un excelente muchacho en toda la extension de la palabra. Tenia el carácter dulce y tranquilo y un talento nada vulgar.

Sin familia desde los primeros años de su niñez, vivia bajo la tutela de un pariente lejano, Senador del Reino, que le obligaba á comer en su compañía todos los domingos, que no se cuidaba de su pupilo para otra cosa que para darle la mensualidad que le tenia asignada y algun consejo referente á moralidad y buenas costumbres.

Federico, desde que á los diez y seis años salió del colegio de PP. Escolapios, donde habia recibido esmerada educacion, habitaba una modesta casa de huéspedes.

Como he dicho á Vds., todas las mañanas bajábamos á la Casa de Campo. La concurrencia de madrugadores iba siendo mayor á medida que avanzaba el mes de junio.

Entre los más asíduos paseantes de aquel delicioso sitio, llamaron desde el primer dia nuestra atencion una señora vieja, pero bien conservada y cuyo rostro revelaba aún la hermosura de los pasados años, y una linda jóven como de 17 años, nieta de la señora, á juzgar por la semejanza de sus fisonomías.

Era un tipo verdaderamente ideal.

Su juvenil cabeza coronada por una cabellera rubia que servia de admirable marco á un rostro de líneas correctas y suaves; su boca pequeña, animada siempre por melancólica sonrisa, su talle esbelto y sus ojos claros y azules, de dulcísima mirada, formaban un conjunto que admiraria el más versado en los principios de la estética.

Vestia con elegante sencillez y sus modales revelaban educacion esmeradísima.

Indudablemente paseaba por consejo de los médicos. La palidez mate de su rostro indicaba la anémia, esa terrible enfermedad, vampiro que se desarrolla con el movimiento febril de las grandes poblaciones.

Afirmaba nuestra creencia relativa al padecimiento de la jóven el verla beber diariamente dos ó tres vasos de agua en aquel manantial ferruginoso que tanta y tan merecida fama tiene entre las madrileñas.

Mi amigo Federico quedó suspenso al ver á la jóven el primer dia.

—¡Es una *madona* de Rafael!—dijo.

Y no cesó de contemplarla y la siguió con mirada ansiosa hasta verla desaparecer por la oscura alameda; cerró los libros de matemáticas y no habló en todo el dia más de veinte palabras, referentes todas á la *niña pálida* de la Casa de Campo.

Para no molestar á Vds. con detalles inútiles, les diré sólo que en el alma de Federico, vírgen hasta entónces de todo amor, brotó de pronto la más fogosa de las pasiones.

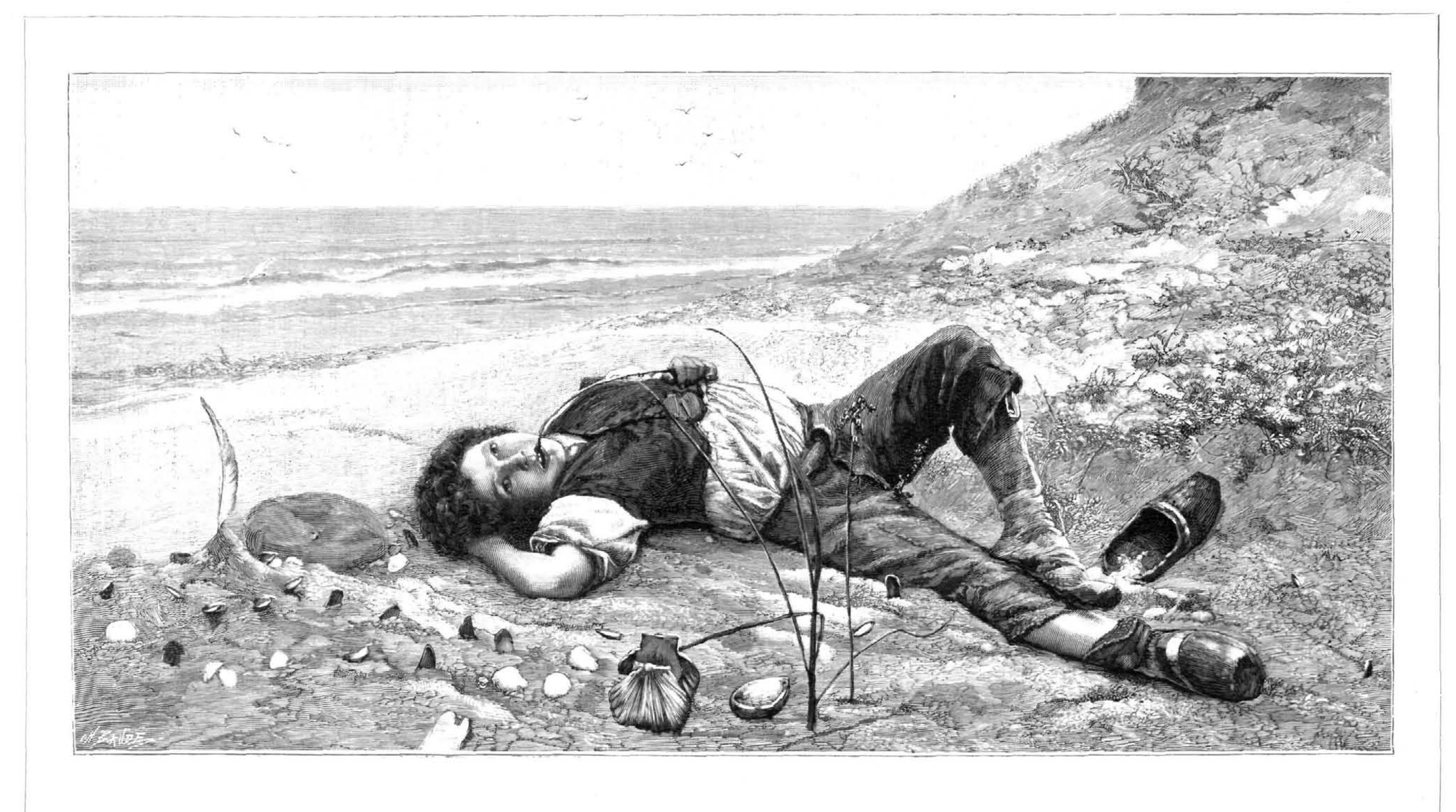
La *niña pálida* era su ideal; sin ella no concebia la vida; por lograr un *sí* de aquellos labios de coral blanquecino hubiera dado gustoso su existencia.

Excusado será decir á Vds. que los estudios cayeron en abandono lamentable y que el Estado Mayor del ejército se hallaba muy expuesto á no contar con aquel brillante oficial en ciernes.

En vano procuraba convencer á mi enamorado amigo de lo conveniente que para él hubiera sido pensar algo ménos en la *niña pálida* y algo más en el álgebra y la geometría; el amor no razona.

Por otra parte, yo le hacia notar la indiferencia con que la jóven correspondia á sus ardientes miradas.

—Está enferma,—me decia Federico,—busca con anhelo la salud que le falta y la débil sangre que es



CASTILLOS EN EL AIRE, cuadro por Harrison



PERSEO LIBERTANDO A ANDROMEDA, grupo en mármol por J. Pfahl

agolpa á su corazon no tiene fuerza suficiente para animarlo. Cuando se mejore reparará en mí; no tengo duda, buscará mis ojos como yo busco los suyos.

Los dias pasaban, la *niña pálida* no recobraba el color y los suspiros y miradas del apasionado mancebo no parecian hacer la menor impresion en el ánimo de aquella, que seguia bebiendo vasos de agua ferruginosa y contemplando el azul del cielo, no tan puro como el de sus ojos.

Federico, que ya habia averiguado el domicilio de su adorada, lo rondaba constantemente y escribia versos dedicados *á ella*, ocupacion que indica, en quien no es poeta, el período álgido del amor.

¿La veia salir en carruaje con su abuelita? Alquilaba un simon y las seguia contemplándola de léjos. ¿Se quedaba en casa? Paseaba impertérrito horas enteras por la acera de enfrente sin dársele un ardite de los rayos del sol ni de las burlas de los vecinos.

Y á todo esto la *jóven pálida* no abria una persiana para premiar con mirada amante los sacrificios de su rondador, ni reparaba en él, ni era lo probable que tuviera idea siquiera de la pasion que habia inspirado.

Era, pues, el amor de Federico, una especie de adoracion platónica, más respetable para mí por lo que tenia de inmaterial y caballeresco.

Empezaron los exámenes de ingreso y Federico, el estudiante modelo, fué reprobado.

Pero así como las *calabazas* de la *niña pálida* le habrian ocasionado la muerte, las que le dió el respetable tribunal no hicieron mella alguna en el jóven.

—Entraré el año que viene,—dijo; y continuó amando y escribiendo versos.

Yo, que, áun respetándolo, estaba poco conforme con aquel amor manifestado tan de léjos, no acompañaba á mi amigo en sus paseos por la Casa de Campo, ménos agradables ya á causa del excesivo calor que se sentia desde las primeras horas de la mañana.

Un dia se me presentó Federico con el rostro descompuesto.

—¿Qué ocurre?

—Se ha marchado.

No tuve que preguntarle *quién*.

—¿A dónde?

—Lo ignoro. Solamente sé que han ido á baños.

—¿Y qué piensas hacer?

—Recorrer en su busca todos los de España.

Y, en efecto, Federico logró que su tutor le adelantase el dinero suficiente y recorrió en vertiginosa marcha todos los establecimientos balnearios de la Península.

Sus cartas de aquella época revelan el acrecentamiento de su amor. Me escribia casi diariamente largas epístolas en que no me hablaba sino de ella, de su Hortensia adorada.....

—¡Hortensia!—exclamó la señora de Lopez, interrumpiendo mi relato.

—Sí señora, ese era el nombre de la *niña pálida*.

—Continúe V.

—Continúo.—Mi infortunado amigo recorrió en balde todas las casas de baños, que por suerte suya no eran entónces tan numerosas como en la actualidad y regresó á fines de setiembre desesperado, medio loco. Ella no habia vuelto.

—Si hubiera muerto.....—pensaba Federico.

—Felizmente,—le decia yo,—no habrá ocurrido tal desgracia. Las aguas saludables de algun manantial, más eficaz para su dolencia que el de la Casa de Campo, habrán devuelto acaso el color á sus mejillas. Ten confianza, no te desesperes.

Pocos dias despues, lleno de alegría, vino á decirme que Hortensia habia regresado.

—Pero,—añadió con tristeza,—más pálida que ántes, más melancólica que la última vez que la ví. ¡Esta niña está muy enferma! ¡Cuánto temo que empiecen á caer las hojas! La llegada del Otoño me da miedo.

—¡Bah!—dije yo para animarle,—no todas las jóvenes descoloridas se mueren.

Federico me dirigió una mirada casi despreciativa y se fué.

Un mes habia trascurrido cuando volvió á verme.

—¡Ay!—exclamó arrojándose en mis brazos y llorando como un niño,—se muere, se muere sin saber que la amo.

—¿Es posible? ¿Cómo lo has sabido?

—Quince dias hace que no abandona el lecho; lo sé por la portera de su casa. Viendo que no salia me atreví á preguntarle y hoy..... ¡Hoy me ha dicho que ya no hay esperanza!

—¡Anímate por Dios, Federico!

—Ven conmigo, no me atrevo á llegar sólo hasta su casa.

Me vestí y le acompañé. Cuando llegamos Federico dió un grito, yo quedé aterrado.

Una hoja de la puerta de la calle estaba entornada.

—Ha muerto,—dijo Federico.

—¡Quién sabe! Tal vez ese fúnebre anuncio sea casual; no podemos asegurarlo. Mira.... ningun balcon está abierto..... yo preguntaré.

—Sí, yo te lo ruego; no tengo valor, no tengo fuerzas.

Entré en la casa. La portera dormitaba en un chiribitil, que tenia la forma de un castillo gótico.

—¿Ha muerto la enferma del principal?

—Sí señor,—me dijo;—esta tarde á las tres.

Salí á la calle, obligué á Federico á entrar en un coche y le conduje á su casa.

No quiero referir á Vds. detalladamente la desconsoladora escena.

Reflexiones, ruegos, súplicas, amenazas, todo fué en vano. Aquel amor era un amor verdadero; para tanta desesperacion no habia consuelo posible.

Por fin, al cabo de seis horas de lucha, logré que Federico se acostara. Lágrimas silenciosas abrasaban sus mejillas; cerró los ojos y pareció dormir.

Salí de la alcoba, encargué á la patrona, honradísima mujer que le trataba con esmero y cariño, que estuviera á su cuidado y marché en busca de unos amigos que me aguardaban para un asunto urgente. ¡Nunca lo hubiera hecho! Todavía al recordarlo parece que mortifica mi alma un remordimiento.

. . . .

Cuando volví á mi casa me esperaba un agente de Orden público. Al verle me estremecí.

—El Juez de guardia del distrito de Palacio me manda buscar á V.

—¿A mí? ¿Qué ocurre?

—Creo que es para entregarle una carta de un jóven que se ha matado.

—¡Jesús!—exclamó la señora de Lopez.

—¡Qué horror!—añadió su marido.

—Ese muchacho estaba loco,—dijo el general.

—Estaba enamorado,—repuse.—Pero aún falta lo más horrible de la historia.

Mi desdichado amigo habia salido de su casa á la una de la madrugada y mirando al balcon de la estancia mortuoria, iluminada recientemente por el resplandor de los blandones, se habia pegado un tiro.

En una carta escrita con lápiz y dirigida á mí, decia lo siguiente. No lo olvidaré nunca.

«Voy á reunirme con ella. Nuestras almas se encontrarán en el cielo. Procura tú, mi buen amigo, que nuestros cuerpos reposen juntos en la tierra.»

Esta última voluntad, como comprenderán Vds., no era muy fácil de cumplir. Los cadáveres de los suicidas pertenecen de derecho al juzgado; su autopsia es inevitable y no siempre logran disponer de sus restos las atribuladas familias.

Yo, sin embargo, me propuse hacer cuanto estuviese en mi mano para que el desdichado Federico durmiera el último sueño cerca, muy cerca de la *niña pálida*.

Para esto era preciso ante todo averiguar dónde la enterraban. Busqué el número de *La Correspondencia de España* correspondiente á la noche anterior y en él la papeleta de defuncion de la pobre niña, proponiéndome acompañar en aquel viaje postrero á la espiritual criatura, causa inocente de la muerte de mi amigo.

Al recorrer con la vista la cuarta plana del periódico quedé sorprendido, atónito.

Entre un marco de líneas negras, que ocupaba gran espacio y bajo una cruz, se leia lo siguiente:

«Doña Brígida Gomez, viuda de Retamero, ha fallecido ayer á las 3 de la tarde y á los 68 años de edad.

«Su hijo D. Vicente, su nieta doña Hortensia y demás parientes, etc., etc.»

—¡Doña Brígida!—exclamó la señora de Lopez.

—Sí señora, doña Brígida, la abuela de Hortensia, era quien habia muerto.

—¡Qué lance tan extraño!—dijo el general.

—Es rarísimo,—murmuró el Sr. de Lopez.

—Mi infeliz amigo,—añadí,—entendió mal sin duda á la portera, creyó que la enferma era su amada... y le costó la vida aquel error.—Pero, añadí dirigiéndome á la Sra. de Lopez, V. se ha sorprendido al oir el nombre de *la niña pálida*. ¿La ha conocido usted acaso?

—¡Ya lo creo!—dijo apagando la voz y como si temiera que álguien le oyese.

—¿Moriria muy jóven?

—¡Quiá! Se casó con un Procurador, tuvo seis hijos, enviudó hace dos años y.... ¡ahí la tiene V.!

Y señaló con el dedo á la señora rubia, colorada, bajita y gorda, que en aquel momento, despues de lanzar un ronquido, se despertaba.

M. RAMOS CARRION

ORIGINAL, MORAL Y DE ACTUALIDAD

I

—¿Cuándo me escribe V. un artículo para mi periódico?

—Cuando V. lo quiera.

—Ya lo estoy queriendo. Sólo encargo á V. una cosa: que trate de asuntos de actualidad, que tenga mucha originalidad en la forma y que el fondo sea altamente moralizador.

—Tratará, tendrá y será lo que V. me encarga.

—Conformes: cuento con él.

—Cuente V. tambien el dinero con que ha de pagarme, porque mañana mismo estará en poder de V. el artículo.

II

Buscando asunto para emborronar media docena de cuartillas de papel, leí esta mañana en un diario noticiero que en tal calle, tal número y tal cuarto, una jóven se ha suicidado, tomando una taza de té en la que sustituyó el azúcar con cabezas de fósforos. Guardé el periódico en un bolsillo y me dirigí á la casa donde vivia la jóven.

—¿Qué ha ocurrido aquí?—pregunté á una mujer que estaba sentada en la puerta de la casa, dando de mamar á un nene canijo que, segun las señas, no ha vuelto á ver el agua desde que le bautizaron.

—¡Ay señor! me respondió la mujer: una gran desgracia. La vecina del sotabanco, que, sin ofender á nadie, era una real moza y la ribeteadora de mejores manos que paseaba por Madrid, tenia amores con un pescadero, tan desmirriado y amarillo que no parece sino que anda por el mundo con permiso del enterrador.

—Mira que ese hombre no viene con buen fin, le decíamos á ella todos los vecinos.—A mí me gusta, contestaba.—Mira que le han visto con otra, tomando café con leche y media tostada de abajo.—A mí me gusta.—Mira que ha estado con una peinadora en un baile de máscaras.—A mí me gusta.—Mira que si te llegas á encalabrinar, te va á dar más disgustos que pelos tienes en la cabeza.—A mí me gusta.

Y aplicando este estribillo á cuanto le decíamos por su bien, se fué enamorando, enamorando, de tal modo, que el pícaro del pescadero, á pesar de ser más feo que Picio, ha logrado que la pobre chica dé motivo para que todo el mundo la señale con el dedo.

—¡Vamos!.... y ella avergonzada de haberse encalabrinado.....

—No señor: ella, cuando le echábamos en cara que se emplease tan mal, salia del paso diciendo: —¡A mucha honra!.....—¡Si estaba muertecita por su feo!

La mujer interrumpió su relacion, dando un agudo chillido al viento y un sonoro azotazo al nene canijo, que comenzó á llorar miéntras su madre le increpaba, diciéndole á gritos, sin duda para que le entendiese mejor:—No me muerdas, borrico; ¿tú crees que eso es de corcho?

El chico dejó de llorar para volver á chupar, y la mujer reanudó así su relato.

—El demonio, que mete la pata en todo, hizo que la pobre ribeteadora averiguara que cierta parroquiana le compraba á su hombre el pescado, sin pagar nunca lo que compraba. Despues averiguó por qué la parroquiana comia pescado *de gratis*, vamos al decir: despues armó camorra al pescadero: despues él, para convencerla de que no tenia razon, le pegó unas cuantas palizas: despues dejó de verla por completo: y despues ella, loca de celos y sin esperanza de mejoría, se ha echado al cuerpo una caja de cerillas.

—¡Oh santa moralidad! Dí las gracias: saqué el periódico y volví á leer.

«Anoche recibieron los señores de Pelufro á sus numerosos amigos, que pasaron una velada deliciosa. La hechicera señorita de Gomez cantó magistralmente el valz de la sombra, de *Dinorah;* los simpáticos Lopez y Perez bordaron el duo de los *Puritanos;* los inspirados Martinez y Fernandez leyeron bellísimas poesías; la señora de Pelufro hizo los honores de la casa con la inimitable distincion que en ella es natural, y su marido tuvo en constante embeleso al sexo fuerte, derrochando ocurrencias chispeantes é ingeniosas dignas de ser coleccionadas en un libro.»

Guardé de nuevo el periódico y fuí á ver á un amigo mio, que se pasa los dias haciendo gimnasia y las noches en casa de Pelufro.

—¿Dónde estuviste anoche? le pregunté.

—En el purgatorio.

—Creí que de tertulia.

—Eso he querido decir: estuve en casa de Pelufro.

—Ya sé que una jóven hechicera cantó allí el valz de la sombra, de *Dinorah.*

—Querrás decir que una caña de pescar con faldas y con una voz de chota constipada, profanó la música de Meyerbeer.

—Tambien sé que los simpáticos Perez y Lopez bordaron el duo de los *Puritanos.*

—Puede ser; pero yo entendí que esos individuos, que por cierto son muy antipáticos, habian parodiado una pelea de gatos y perros.

—¿Y no leyeron bellísimas poesías los inspirados Fernandez y Martinez?

—Te diré: son dos jóvenes muy celebrados por sus respectivas familias. Miéntras leyó el primero, todos conveníamos en que el segundo tiene más talento; y cuando leyó el segundo todos sospechamos que tiene más talento el primero.

—Confiesa al ménos que la mujer de Pelufro estuvo inimitable haciendo los honores.

—¡Inimitable!.... ¡inimitable!.... No hablemos de eso. Toda la noche la pasó charlando con un sietemesino, y yo les cogí al vuelo algunas palabras que ya! ya!....

—¿Y Pelufro? ¿Negarás que tuvo ocurrencias felicísimas?

—No te negaré que tuvo la feliz ocurrencia de estar callado durante quince minutos. Fueron los únicos en que no dijo inconveniencias ó majaderías.

—¿Hubo dulces y helados?

—¡Quiá, hombre, quiá! Hubo un botijo con agua, una bandeja con azucarillos rancios y bizcochos de coletilla duros como suelas de zapatos, y aquí concluye la presente historia.

—*¡Vanitas vanitatum!* dije, y me despedí del gimnasta.

Saqué de nuevo el periódico y leí este otro suelto:

—«Hoy se celebran funerales en la iglesia de San Luis por el eterno descanso de una persona caritativa que fundó y dotó una porcion de escuelas y hospitales y empleó toda su hacienda y toda su vida en practicar la hermosa máxima de Jesucristo que nos enseña á amar al prójimo como á nosotros mismos.»

—Vamos á San Luis, me dije.

Llegué persuadido de que seria difícil entrar en el templo, donde esperaba ver mucho clero, un suntuoso catafalco en el centro de la nave, los muros revestidos de colgaduras de terciopelo y oro, una orquesta de primer órden y unos cantantes dignos de la orquesta, una infinidad de velas y blandones encendidos, grandísima concurrencia y una atmósfera rarificada por tanta luz y tanta gente.

Cuando estuve en la iglesia pude convencerme de que allí no habia más que la menor cantidad posible de clero, de túmulo y de luces; que la música estaba representada por un fagot, el canto por un sochantre y la concurrencia por una vieja, que dormia al pié del púlpito, y un enlutado que se presidia á sí mismo en el sitio destinado al duelo.

Dudando de mis ojos, le pregunté á un monago:

—¿Son estos los funerales del que hizo beneficios á manos llenas?

—Sí, señor, contestó: como ya no puede hacer nada por nadie, nadie pierde el tiempo en honrar su memoria.

—¡Oh divina gratitud!... murmuré; y despues de rezar por el muerto salí de la iglesia.

III

Señor don N. N.—Mi estimado amigo: ahí va el artículo que desea. Como sus verdaderos autores son una mujer del pueblo, un gimnasta y un monago, personas sencillas é iliteratas, que no tienen el feo vicio de escribir, nadie pondrá en duda su originalidad. Como se refiere á tres hechos del dia, su actualidad es innegable. Y como los que sepan leer quedarán convencidos de que la liviandad, la vanidad y la ingratitud no producen nada bueno, usted convendrá conmigo en que el moralista más meticuloso se veria apuradillo si se propusiera hincarle el diente.—Suyo afectísimo.—X.

PEDRO MARÍA BARRERA

CRONICA CIENTIFICA

LA UNIDAD DE LA MATERIA

III Y ÚLTIMO

Antes de pasar adelante, conviene hacer resúmen de lo expuesto, y reunir bajo un solo golpe de vista, y á modo de panorama, las creencias filosóficas que la historia nos ha transmitido acerca del mundo exterior, y el concepto de la sustancia material.

En la India se creia en la COMPOSICION de la materia: cinco elementos *(panchatohuan)*, tierra, agua, fuego, aire y éter constituian el universo. Los griegos de la Escuela de Empédocles aceptaban solamente los cuatro primeros, y los aristotélicos los mismos cinco de la India. Los alquimistas generalmente admitian siete; agua, aire, tierra, fuego, mercurio, azufre y sal; y, aparte de sus confusas ideas sobre la transmutacion, consideraban á los metales, como *compuestos* de oro y de impurezas; si bien diferian en cuanto á su composicion: Alberto Magno los juzgaba formados de azufre y de mercurio, mezclados con impurezas en proporciones diferentes: Arnoldo de Villa Nova los estimaba constituidos únicamente de mercurio: Paracelso, de sal, azufre y mercurio; y Geber, áun considerándolos compuestos, no creia en la posibilidad de convertir en oro los metales bajos.

Prescindiendo, pues, de diferencias, todos estos sistemas históricos convienen en dos caractéres:

Creencia en la Realidad de la materia;

Creencia en su composicion.

Frente á estos, nos ofrece la historia los sistemas que hacen á fuerzas primarias é invisibles, animadas de energía viviente, la sustancia primaria y original de todas las cosas. Ni el agua de Tháles, ni el aire de Anaximénes y Diógenes, ni el fuego de Heráclito, eran lo esencial en los fenómenos del mundo; sino una vida universal y absoluta, causa de todas las manifestaciones externas. Los *mónadas* ó fuerzas de Leibnitz, vienen á ser lo mismo; y, con lógica rigorosa, pudo decir Boscovich, extremando tales teorías, que la materia es un sistema de fuerzas solamente.

Estas doctrinas, en rigor, no son materialistas:

En ellas la materia no es lo esencial;

Lo son las fuerzas.

De diaria experiencia es el hecho de que en los sueños y en las alucinaciones, con ocasion de estímulos puramente internos, creamos personajes y sucesos á que en la vigilia no concedemos objetividad, porque las combinaciones de tales acontecimientos difieren de la marcha normal de los que atribuimos á la realidad de la naturaleza. En la vigilia misma, el autor dramático ve personajes y acciones que jamás han existido, y que los mejores actores no pueden nunca realizar: el ingeniero inventa máquinas y movimientos que no se encuentran en la naturaleza, y que luégo no pueden igualar las artes técnicas: y de aquí, el considerar á lo real como producto de lo ideal; ya como objetivizacion de arquetipos á que se ajusta nuestra inteligencia, reminiscencia acaso de exis tencia anterior, segun Platon queria; ya como derivacion del YO, segun enseñaba Fichte.

De aquí á negar en absoluto toda existencia material, como los Berkelianos, no média sino un peldaño muy somero.

Por último, es de creencia universal que existe un mundo exterior; y es, además, de creencia científica que lo que pasa en el exterior no es lo que ocurre en nuestro interior: que al cuerpo que me lastima nada le duele: que el objeto que me hace oir, no oye; que el que me hace ver no ve, etc.; y de ahí, un filosofismo de indiferencia, que ni niega ni afirma la existencia de un mundo material.

Dados estos antecedentes históricos y precedentes científicos,

¿QUÉ ES, PUES, LA MATERIA?

La mayoría de los sabios rehuye toda contestacion categórica; y los que no la esquivan parten del POSTULADO de la existencia real del mundo.

Y dicen: «Materia es el nombre que damos á lo que no es nuestro entendimiento.»

A primera vista parece que esta definicion implica antítesis entre entendimiento y materia; pero los que la formulan, queriendo contentar tanto á idealistas como á materialistas, cuidan de agregar: «Si no es material el principio del entendimiento, entónces la definicion es procedente.» Y tambien la definicion subsistirá, si se considera al entendimiento como un modo especial de ser de la materia; porque, entónces, la definicion viene á ser convertible en la siguiente: «Materia es el nombre dado, en todas sus manifestaciones, á la sustancia que constituye el universo, exceptuando sólo aquella especial manifestacion suya, que denominamos entendimiento.»

Tres aspectos, pues, ofrecen las disquisiciones relativas á la sustancialidad de la materia:

Por una parte, es de creencia universal que á nuestras afecciones sensibles en el estado de vigilia corresponde algo en el exterior, si bien ignoramos lo que quiera que ello pueda ser, y sólo le concedemos los atributos de RESISTENCIA Y EXTENSION:

Por otro lado, respetable número de pensadores supone que la materia no es lo que nos parece, sino un sistema especial de fuerzas inmateriales;

Y, últimamente, filósofos de valía no ven en lo que llamamos materia más que puras objetivizaciones del humano entendimiento.

¿Cuál es, por consiguiente, el oscuro fondo científico en el GRAN PROBLEMA DE LA EXTERIORIDAD?

¿La certeza?

¡Oh! No.

LA CONJETURA.

El sentido comun dice: «La materia existe, aunque no sé lo que ES EN SÍ, pues ciertamente no es lo que de ella me figuro.»

Y el idealismo contesta: «Esa figuracion evidentemente es ideal: pues tambien lo es la creencia de que á esa figuracion corresponde algo con existencia real en el mundo exterior.»

Ahora bien: si éste, en general, es el estado de la gran cuestion respecto á sus criterios de credibilidad, ¿qué valor podrá atribuirse á la doctrina de la unidad de la materia, á que hoy se inclinan los físicos? ¿Qué es esa teoría en sí?

Verdaderamente CONJETURAS SOBRE CONJETURAS.

Pero hay en ella tan profunda sagacidad, y corresponde tan perfectamente al actual estado de las ciencias físicas, que tiene cautivado el universal asentimiento, si bien conservando siempre su carácter de EMINENTEMENTE CONJETURAL: que la ciencia moderna, por vez primera en este siglo grandioso, ha dejado de sentir vergüenza cuando se ve obligada á decir: «Creo, pero interinamente, y hasta ver hipótesis mejor.»

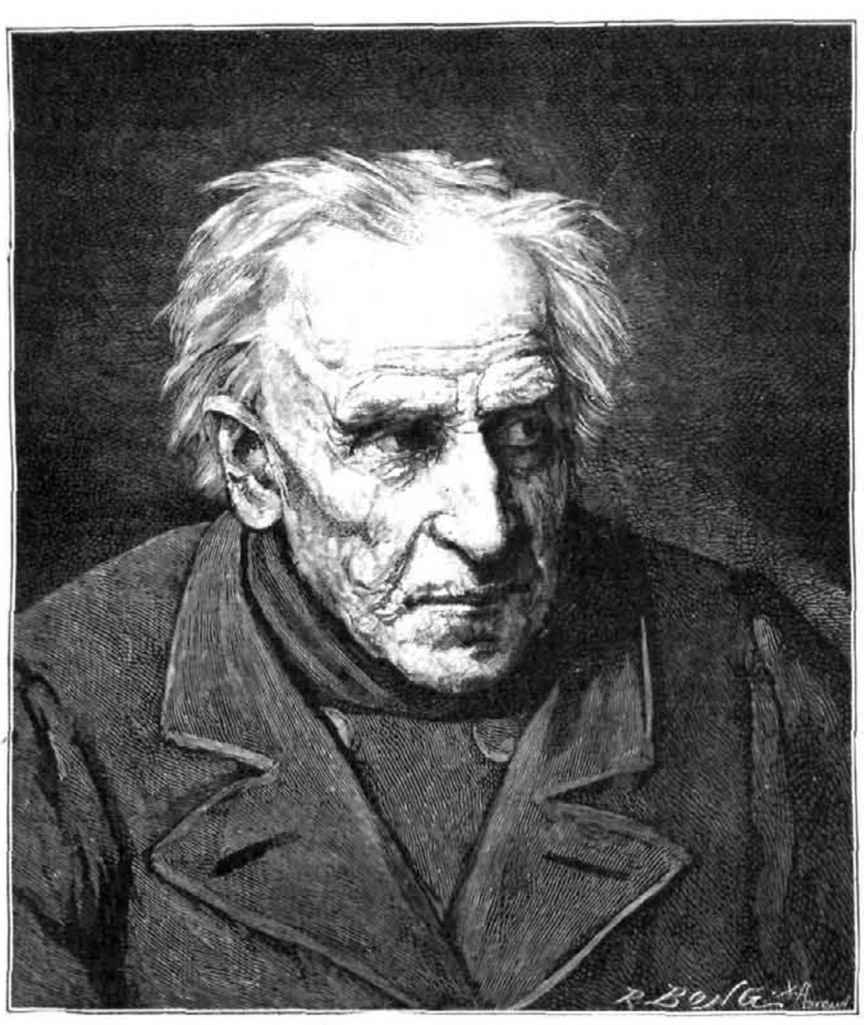
Admitida, pues, como POSTULADO la existencia real de la materia; es decir, suponiendo que las afecciones de los sentidos son CORRELATIVAS DE ALGO ignoto existente positivamente en el exterior, y del que sólo tenemos la idea de ser el SUBSTRATUM de donde proceden todas nuestras excitaciones sensibles, el entendimiento, LEGITIMAMENTE ENTÓNCES, levanta, con arreglo á las leyes psicológicas de la razon humana, un edificio conjetural de tan grande importancia dialéctica, que hace olvidar casi su carencia de base crítica áun al más prevenido en contra, y seduce, con tanta más persuasion, cuanto que, por un lado, satisface nuestras científicas ánsias intelectuales de unidad y simplicidad; y, por otro lado, corresponde á nuestras más íntimas y arraigadas creencias en la existencia del mundo (prescindiendo completamente de que tales creencias deriven, bien de ilusiones del entendimiento, ó bien de realidad efectiva de un SUBSTRATUM exterior).

La idea, pues, de unidad de sustancia cósmica viene, en general, imponiéndose á los físicos desde los tiempos primitivos de la filosofía, y, con especialidad, desde los siglos XVII y XVIII. Los óxidos metálicos, tenidos por cuerpos simples, aparecen al fin, en manos de Lavoisier, como compuestos de oxígeno y metal, y el agua, como combinacion de hidrógeno y oxígeno. Las ideas de ácido, de base y de sal toman desde entónces una significacion enteramente nueva. Siguen todavía considerándose como cuerpos simples la sosa, la barita, la estronciana, la cal, la magnesia, la sílice, la alúmina...; pero Davy y sus continuadores descomponen esos cuerpos por medio de la electricidad. Prout encuentra que los pesos atómicos de los llamados cuerpos simples son múltiplos del peso atómico del hidrógeno; y, naturalmente, se esparce la creencia de que todos los simples están constituidos por hidrógeno: químicos ilustres demuestran después que la ley de Prout no es general; pero el gran Dumás observa que los cuerpos simples tienen un peso atómico múltiplo, no del hidrógeno ciertamente, pero sí de un cierto elemento desconocido hasta aquí, y cuyo equivalente seria la mitad del del hidrógeno; en cuyo caso todos los cuerpos podrian resultar múltiplos de ese cuerpo misterioso, no descubierto aún. Por otra parte, las más distintas propiedades de los cuerpos no prueban diversidad de sustancia, sino diversidad de estado: el fósforo en su forma comun es altamente venenoso; en su estado amorfo, sin dejar de ser fósforo, es enteramente inofensivo: el diamante es carbon: el ozono es oxígeno: el espato calizo y la aragonita tienen la misma composicion...... etc.

El fuego de los antiguos y el calor de los modernos deja en nuestros dias de ser el elemento archisutil de Heráclito, y ni áun siquiera es ya considerado como sustancia material, sino como un modo especial de movimiento. En fin, todos los cuerpos se nos aparecen como dotados de extension, movilidad, inercia.....; y la gravedad obra en el vacío con igual intensidad sobre todos los cuerpos; pues no hay ninguno que se sustraiga á la gran ley de Newton.....; luego ¡induccion altamente natural! LA MATERIA ES UNA.

El P. Secchi, (autor del notable libro *Unidad de las fuerza físicas*) en virtud de profundos estudios sobre la luz y la electricidad, mira como infinitamente probable que el éter no sea más que la materia misma en su máximo grado de tenuidad; es decir, en ese estado de rareidad extrema á que se ha dado el nombre de estado atómico; y, por consiguiente, los cuerpos pueden, en realidad, no ser más que aglomerados de esa misma sustancia etérea. (Verdad es, que el propio P. Secchi conviene luégo en que semejante induccion no tiene carácter de ineludiblemente necesaria.)

Cuando, al descubrir que eran *compuestos* tantas sustancias tenidas por elementales (todos los óxidos, la sosa, la barita, la cal, la magnesia, la sílice, la estronciana...), se encontraban los físicos más y más inclinados á creer que el número de los cuerpos hoy mirados como simples debia seguir disminuyendo cada dia, por continuar demostrándose su composicion; de repente los alemanes Bunsen y Kirchhoff anuncian el espectroscopio (admirable y sencillísimo instrumento de análisis), y nuevos cuerpos simples empiezan á aparecer: el *cesio*, el *rubidio*.... «Indudablemente aparecerán más, andando el tiempo», claman entónces los incrédulos en la doctrina de la unidad de la materia; y, efectivamente, el mismo análisis espectral hace pronto descubrir el *talio* y el *indio*..... «No hay, pues, agregan entónces, necesidad *absoluta* que se



CODICIA, cabeza de estudio por Ferain

oponga á la existencia de dos ó de muchas especies de materia; una constitutiva del éter; y otra ú otras integrantes de los cuerpos ponderales».

Pero hé aquí que Lockyer, durante años y años compara esmeradamente con el espectro solar y los de otros varios celestes luminares, los espectros de los cuerpos simples terrestres (hoy se cuentan 65; quizá sólo sean 64) *sometiéndolos á condiciones las más variadas de presion* y de temperatura en medios diferentes; y, apoyándose en 100,000 experimentos ¡portento de laboriosidad! duda de la simplicidad de esos 65 elementos, y considera á todos los cuerpos como meras modificaciones alotrópicas del hidrógeno. Y, fundado en tan considerable experimentacion, juzga que, á pesar de los *multiformes aspectos* del mundo en que vivimos, no hay más que una sola materia elemental; cuyo principio simple se nos presenta en la forma primaria del hidrógeno; del cual están luégo compuestas todas las sustancias catalogadas como SIMPLES en los libros de la química.

Y, en efecto, para Lockyer, todos los cuerpos tenidos por simples se disocian á altas temperaturas, y en diferentes medios y especiales grados de presion; y, así, el fósforo, el sodio, el potasio, el magnesio, el indio, el litio... dejan ver, al cabo, el espectro del hidrógeno.

La gran fama de Lockyer y su reconocidísima competencia como hábil experimentador, dieron desde luégo á sus brillantes inducciones solemne autoridad; pero físicos no ménos eminentes, Roscoe, Williamson, Frankland, Gladstone..... ponen en duda las indicadas inducciones, opinando que todos los 100,000 experimentos sólo prueban la presencia de impurezas (?) en los cuerpos simples que Lockyer, sin razon bastante, consideró como químicamente puros.

Hé aquí, á grandísimos rasgos, la cuestion considerada bajo su aspecto *puramente experimental*. Nada decisivo. Conjetural todo. Una induccion grandiosa de imponente y simpática probabilidad.

Se le ha echado en cara que esta hipótesis resucita los alquímicos sueños de la transmutacion de los metales viles en metales nobles, á virtud de hábiles manipulaciones de laboratorio.

Pero, áun cuando sustancias al parecer tan desemejantes como el calcio, el litio, el hierro y el hidrógeno... no fueran fundamentalmente cuerpos distintos, sino meramente aspectos diversos de una misma base, como Lockyer se cree autorizado para deducir de sus numerosas pero censuradas observaciones; y, áun cuando, en general, fuese UNA ESENCIALMENTE toda la materia (ya hidrógeno, ya otro elemento no conocido aún, ni acaso sospechado siquiera), sin embargo, la existencia de formas tan estables como el *oxígeno*, el *hierro*, el *plomo*, el *oro*....., *siempre* implicaria larguísimos procesos de seleccion natural, durante un pasado remoto é incalculable, bajo el influjo de agencias dormidas en la actualidad, y en circunstancias cuya artificial repeticion es, hoy por hoy, de improbabilidad inmensa, y de las cuales no tenemos ni la más vaga nocion. ¿Podemos hoy transformar las zebras en caballos? Aunque fueran, pues, estados alotrópicos de una misma sustancia el plomo y la plata, llegados hoy á su actual organizacion en virtud de largos procedimientos cósmicos, nuestra probabilidad de transmutar la una en el otro, seria quizá poco menor que la imposibilidad absoluta; y el costo muy superior acaso al de buscar directamente el precioso metal en las entrañas de la tierra.

Acusados de no concluyentes los experimentos de Lockyer, podria pensarse que habia recibido la doctrina de la UNIDAD DE LA MATERIA un golpe de muerte. Pues nó. Como se supone á las moléculas de los cuerpos animadas de movimientos incesantes de traslacion, vibracion ó rotacion; como se cree que el calor es un modo especial de movimiento; como el calor se convierte en luz, electricidad, afinidad química, etc.; como hoy priva el *sistema de la unidad de las fuerzas físicas*..., el sistema de la unidad de la materia se levanta de nuevo vigoroso; pero en esta flamante forma:

Los 65 cuerpos que aparecen como simples, resultan así experimentalmente, porque, hasta ahora, la química no ha podido descomponerlos;

Todos son una misma y única sustancia (no hidrógeno precisamente ni ningun otro cuerpo conocido);

Y lo que se nos figura diversidad de los cuerpos, no es más que la percepcion de la diversidad de los movimientos de que están animados los grupos atómicos formados por las partes elementales y simplicísimas de la sustancia exterior. UNA Y UNIVERSAL.

En resúmen: el último aspecto de la cuestion es el siguiente:

Existe la materia;

La materia es una;

Está constituida por moléculas ó átomos simplicísimos;

Estas moléculas pueden agruparse diferentemente;

Son susceptibles de diferentes movimientos;

No percibimos la materia universal;

Pero sentimos la accion de su diversidad de agrupaciones y de movimientos;

Y creemos, por ilusion, que esa diversidad de distribuciones y de dinamismos es multiplicidad de sustancias diferentes.

E. BENOT.

MARINA, cuadro por Eduardo Dalbono

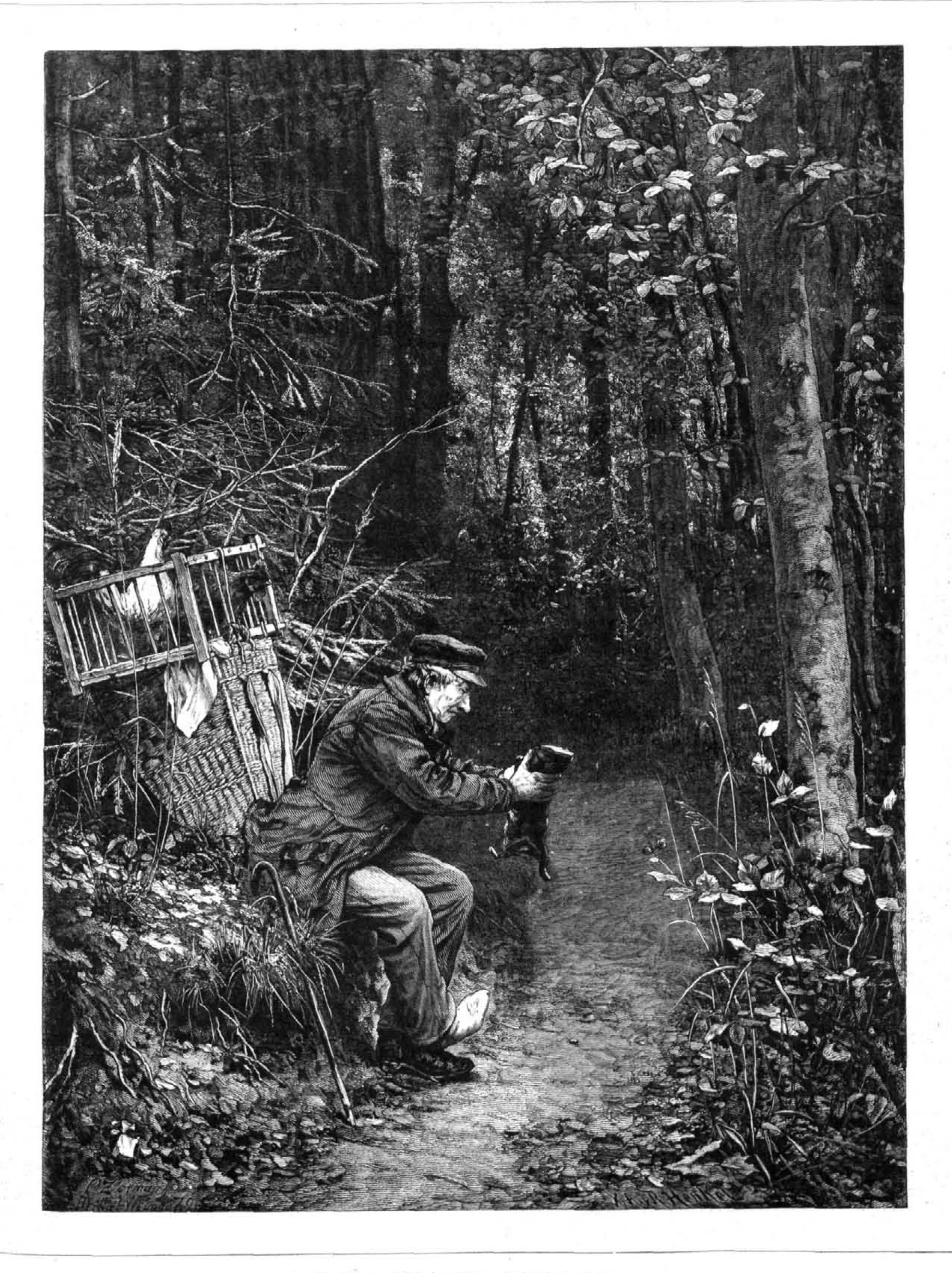
IMP. DE MONTANER Y SIMON



EL ZAPATERO DE ANTAÑO, DIBUJO DE J. LLOVERA

ILUSTRACION ARTÍSTICA

AÑO II — BARCELONA 30 DE ABRIL DE 1883 — NÚM. 70



UNA PIEDRA EN LA BOTA, cuadro por C. Ziermann

SUMARIO

REVISTA DE MADRID

¡Nuestro albañil de cada dia!...—Indiferencia humana.—Propósitos olvidados.—Mision de la prensa.—El azar y las construcciones. —Paradoja sobre el alquiler de las casas.—Mesonero Romanos y la calle del Olivo.—Los revendedores.—Ingenio desplegado.—Cigarrillos de contrabando.—El enviado del rey de Siam.—¡Es un letrado!

Continúa la lluvia de albañiles. Es ya una cosa infalible como el santo del dia ó la cotizacion de la bolsa. No darian una vuelta cumplida en su esfera las manecillas que señalan las horas en los cronómetros sin que en el tiempo de su revolucion se desprendiera algun albañil de su elevado *taller del trabajo*.

En mi pasada revista apuntaba algunos sucesos de esta naturaleza; hoy tengo otros, novísimos, de igual clase, y temo que si no doy de mano á la narracion de desgracias semejantes, mi trabajo semanal podrá llegar á reducirse á lo siguiente:

«Deciamos ayer.... ¡Caida de albañiles! Id.... id.... id...»

Pero necesito consignar una vez más la terrible indiferencia con que las personas que se hallan en disposicion de poner algun remedio á tales acontecimientos acogen esas catástrofes de albañilería.

Hubo un tiempo en que la prensa levantó la voz á favor de los pobres albañiles. Pidióse la instalacion de redes ó la construccion de vallas en los andamios; creció el interés por los obreros que construyen las viviendas en que desarrollamos nuestra vida; las autoridades parecieron estar de acuerdo con la opinion pública, y no faltó alguna de esas personas, aficionadas á decir chistes aunque resulten sangrientos, que dijese:

—¡Vamos á crear para los albañiles una situacion tan cómoda que hasta los banqueros podrán dedicarse por pura aficion á recorrer los andamiajes!

***

Todo aquello se olvidó. Las redes y las vallas quedaron en proyecto, y los albañiles siguen siendo escupidos de las obras en construccion como una plancha candente escupe la saliva.

Lo ménos cuatro ó cinco trabajadores se han caido de los andamios desde mi anterior revista. Los periódicos anuncian el suceso sin comentarios. Quizá lo consideran inútil en vista del poco caso que se ha hecho á sus reclamaciones de otro tiempo; pero si la prensa no sirve para ir reclamando reformas útiles, incansablemente, un dia y otro dia hasta que llegue el triunfo definitivo, confieso que no sé para qué sirven los periódicos. Hay algo más importante que derribar ministerios, y ese algo consiste en velar constantemente por la prosperidad del individuo y en reñir con teson crudas batallas en contra de las iniquidades y de los abusos.

Cuando yo veo ahora flotar en una casa cuya construccion está terminada la triunfal bandera anunciando que no ha ocurrido en ella desgracia alguna, me descubro reverentemente ante la diosa Casualidad que no ha devorado ninguna vida humana.

Entónces pienso:

—A pesar de que los hombres no han puesto nada de su parte á fin de evitar las desgracias de sus semejantes, el azar ha sostenido con mano benéfica las cuerdas y los tablones de esta fábrica. La suerte no es siempre mala. Algunas veces se disfraza de hada bienhechora.

Si esto sigue así, los propietarios de las casas llegarán hasta á dar tanta mayor importancia á sus fincas cuanto más grande sea el número de los hombres que se han caido de ellas. Es un gran elogio por ejemplo, para una corrida de toros el decir:

—Hubo varias cogidas.

Pues lo mismo sucederá con las casas.

Irá un individuo á tratar con el casero sobre el precio de una habitacion. Y dirá aquel:

—Vale tanto ó cuanto.

—¡Me parece muy caro!

—¡Oh! no lo creerá usted así cuando sepa que esta casa es muy sólida. Ha tenido grandes trabajos.... Figúrese usted.... ¡Se cayeron de ella cuatro albañiles!

***

Una de las casas que más tono se han dado estos dias es la señalada con el número 6 de la calle del Olivo. ¡Digo mal! debí haber dicho de la cesante calle del Olivo. ¡Porque ya no existe la citada calle! Hoy las lápidas ostentan esta inscripcion:

CALLE DE MESONERO ROMANOS.

Nació en el n.° 6 el inolvidable hijo de Madrid que amaba á su capital como Cuasimodo amaba las campanas y las torres de la catedral de Paris.

Mesonero Romanos era una personificacion viviente del Madrid de otros dias. Nadie como él ha conocido los rincones y los misterios de esta poblacion; y en medio de las modernas construcciones que se levantan á cada paso en las calles de Madrid, y de los barrios novísimos que se han añadido á la vieja capital—como adornos de flores ó de plumas que renuevan el sombrero de una dama—por entre el polvo de los derribos, paseaba todavía un año ha el antiguo cronista de Madrid, siendo una de las más monumentales y venerables ruinas de la coronada Villa.

Todo el mundo veía pasar á Mesonero Romanos con religioso respeto.

Los viejos decian:

—Ahí va el correcto escritor.... el ameno intérprete de las *Escenas Matritenses*. ¡Cómo se conserva! Parece mentira que ese hombre haya presenciado los acontecimientos de principios de este siglo!

Y los jóvenes le saludaban con admiracion y simpatía, diciendo:

—Es verdad.—Todos los sucesos pasados, ó gran parte de ellos los he leido en las *Memorias de un setenton* escritas con tal frescura y tanta brillantez de estilo que más bien que la obra de un hombre de setenta años parece la de un escritor que apénas ha pasado de los treinta.

En efecto, Mesonero Romanos se distinguió por estas raras cualidades: su imaginacion no cesó de producir flores hasta el instante de la muerte y la fuerza de su raciocinio se mantuvo inalterable hasta la hora de bajar al sepulcro.

El dia 30 de este mes hará un año que falleció; y por esto el Ayuntamiento de Madrid ha dispuesto dedicar á su memoria el nombre de la calle que antes se llamó del *Olivo*.

***

Desgraciadamente no hay cosa que tanto subsista como el nombre de una calle. Es cuestion de historia, de costumbres, de relaciones de la vida, de asociacion de ideas, y no es fácil borrar por un solo acto de voluntad concejil las particularidades que van unidas á un nombre. Es honroso el pensamiento de prolongar la memoria de un personaje ilustre por medio de lápidas puestas en las esquinas de una calle; pero es difícil que el nombre moderno de una calle sustituya al antiguo. Nadie dirá en lo sucesivo: *Calle de Mesonero Romanos*. Todo el mundo ó por lo ménos la generalidad de las gentes seguirán designando la calle con el nombre de *Olivo*.

Lo mejor hubiera sido, en mi opinion, bautizar alguna de las calles nuevas con el nombre de *Mesonero Romanos*; y si habia empeño (muy digno sin duda alguna) en distinguir la casa donde nació el cronista madrileño, púdose encargar que se colocara en la fachada del n.° 6 una lápida conmemorativa del suceso y de la fecha del natalicio.

¡No está bien que para hacer tomar notoriedad á Mesonero Romanos el Ayuntamiento de Madrid le haya hecho tomar el *Olivo!*

***

Los revendedores de billetes para las corridas de toros andan incansablemente perseguidos por la diligencia del gobernador de Madrid Sr. Conde de Xiquena.

Los transgresores de los preceptos de la autoridad desarrollan toda la fuerza de su ingenio para burlar la vigilancia de los agentes.

Pero todas sus tretas resultan ineficaces. No hay astucia que valga contra el celo y la perseverancia de la primera autoridad de la provincia.

Esta semana han sido detenidos varios revendedores. La semana anterior se habia echado ya mano á otros tantos. Es probable que la semana que viene sean capturados algunos individuos más por incurrir en el mismo delito.

La autoridad y los revendedores parecen decir:

¡A ver quién se cansará ántes!

Y el público asiste á esta verdadera lucha con curiosidad casi siempre y con interés muchas veces.

Explicaré eso del interés, porque no quiero que se me tome por enunciador de ideas subversivas.

En primer lugar, yo no voy nunca á los Toros.

En segundo lugar, no he dado en mi vida á ganar un céntimo á los revendedores.

De modo que yo los suprimí mucho ántes de que la autoridad los suprimiera.

Pero sucede con los revendedores lo que ocurre con los tranvías. Todo el mundo clama porque se admiten en ellos más personas que las reglamentarias, y todo el mundo tambien desea hacerse un hueco en la plataforma por llena que vaya cuando no se ha podido llegar á tiempo ántes de que se llenara.

Yo he oido á muchos que se han quedado sin ir á los toros por falta de billete:

—¡Si hubiese revendedores no me quedaria sin ver la corrida!

Y quizá esos mismos habian dicho en más de una ocasion:

—¡Oh!... ¡esos revendedores! ¡Qué escándalo! ¡No sé cómo esto se permite!

Es digna de ser mencionada la manera con que algunos revendedores repartian el domingo pasado, segun me han dicho, su fraudulenta mercancía.

El revendedor tiene un golpe de vista especial y conoce en seguida al individuo que anda en busca de un billete.

Pues bien, el revendedor se aproximaba á aquel sujeto, sacaba la petaca y decia:

—¿V. fuma?—Tome V. un cigarro, caballero; pero no lo encienda V. Ahí va el billete.

Efectivamente; liado dentro del papelillo de fumar se encontraba aquella especie de grada nicotina ó tendido astrea.

Esto es, un billete ... de *Ingenio*.

***

El reino de Siam nos ha mandado un embajador.

Antes que por la rareza de su nombre, lo he sabido por una tienda de abanicos japoneses y por un juego de tazas de China.

Las calles de Madrid se han inundado de luz y de color al paso del enviado de Siam cuando iba á Palacio instalado en una carroza régia.

—¿Qué es el reino de Siam?—me preguntó una señora.

Y no hallé mejor contestacion que esta:

—Es un país en que hay batallones de mujeres para montar la guardia del rey.

Esto es una verdad tan grande como el elefante blanco que en aquellos orientales países se venera.

El traje del embajador llamó la atencion por su originalidad...

¡Ah! ¡si supiéramos lo que él piensa en su interior de nuestros sombreros de copa y de los ridículos faldones de nuestros fraques!

—¿Será inteligente y sabio ese señor?—peguntó uno.

Y luégo, al saber el nombre tan largo y enrevesado que llevaba, añadió:

—Su nombre tiene muchas letras... Sí; no hay duda. ¡Es un letrado!

PEDRO BOFILL

Madrid 27 de abril de 1883

PARIS ARTISTICO Y LITERARIO

Boito revindicado.—Opera cómica. LAKMÉ.—La Sarah Bernhardt en su taller.—*Le Pavé de Paris*.—La Exposicion japonesa retrospectiva.—Recepcion en la Academia.

Lo que pasó con el *Mefistófeles* de Boito en la fiesta de la Opera ha causado indignacion general. Como decia en mi primer artículo, en Paris no pasa lo que en otras capitales en que la confabulacion de unos cuantos padres graves puede atajar el paso al genio. A Boito se le representó un terceto, que forma parte de un conjunto, sin antecedentes ni consiguientes, completamente despegado y en parangon con uno de los mejores trozos del *Faust* de Gounod, con la sana intencion de desprestigiarle ante el público de Paris, y á fin de que éste no quisiera luégo ni tan sólo oir hablar de la ópera del maestro italiano. Pues les ha salido al revés á los que tal se propusieron.

Varios han sido los críticos que han protestado; muchas las reclamaciones que se han hecho; y algunos de los maestros más distinguidos de ésta, acusan al Sanhedrin de la Opera de estancar la música nacional, so pretexto de proteccion. El arte ha sido y será siempre esencialmente librecambista. La manera de proteger el arte de una nacion es premiando lo bueno, sí, prestándole el auxilio que necesite para darse á luz, pero dejando que lo bueno se ostente en medio de la concurrencia universal. De lo contrario el arte degenera en manera, y en habilidad de procedimiento. A consecuencia de estas ideas emitidas por la prensa séria, se habla ya de la constitucion de un *teatro de la Opera popular*, donde tendrán cabida las obras de todos los maestros y donde las representarán los artistas más notables, pertenezcan unos y otros al país que se quiera.

Ha contribuido no poco á esto la negativa que ha dado Verdi al director de la Opera, de cederle para el estreno su última obra, á pesar de las reiteradas instancias de éste.

***

El acontecimiento musical de la quincena es el estreno de la obra de Leo Delibes, *Lakmé*, en el teatro de *l'Opera comique*.

La accion pasa en la India inglesa. *Lakmé* es una sacerdotisa de Durga, diosa compañera de Siva, la cual vive con su padre en un retiro sagrado, cuyo retiro es profanado en un momento de curiosidad por un oficial inglés. Ella se enamora del jóven militar, miéntras que el padre, Brahman fanático, quiere vengar el ultraje que se ha hecho a la divinidad. Para castigar al sacrílego, recorre las plazas de las ciudades del Indostan, vestido de fakir y acompañado de *Lakmé*, la cual entona cantos populares, hasta que el viejo encuentra al oficial y le asesta una puñalada. Escápase el Brahman, pero la jóven se queda á prodigar los primeros auxilios al que ama. Le traslada al interior de un bosque con la ayuda de un indio amigo, y allí lo curan completamente, pero la desgracia quiere que en el momento en que el oficial, agradecido, se prepara á casarse, al estilo indio, con la jóven sacerdotisa aparezca el regimiento de los guardias de S. M. Británica, y la ordenanza lo llame al deber; y á fuer de buen inglés, entre el amor y el deber opta por el segundo. La infeliz *Lakmé*, desesperada, se suicida comiéndose una hoja de *datura*.

Como se ve, el poema es sencillísimo y tiene un final parecido á otros. No obstante, está bien desarrollado. La música es inspirada y de mucho carácter. No se podia esperar ménos del autor de *Jean de Nivelle*. Sobresale más en lo dulce que en lo terrible, y tiene sobre todo mucho color local. Ha obtenido un éxito completo, éxito que creemos que ha de ser duradero.

Mlle. Van Zand ha interpretado el papel de *Lakmé* de una manera admirable.

***

Hemos tenido el gusto de visitar á la Sarah Bernhardt con objeto de adquirir de ella noticias acerca de una fiesta que se proyecta en el Trocadero, en la cual la no table artista va á representar una pantomima.

Estaba en su taller, que es hoy un verdadero palacio del arte. Tapices de Flandes; sillones de cuero de Córdoba y de Venecia; cobres repujados; mayólicas hispano-moriscas; porcelanas italianas; filigranas árabes; espadas, dagas, arcabuces, pedreñales, trípodes y verjas de hierro forjado, maravillas del arte de Toledo y de Ripoll; brocateles, alfombras del Turquestan y de Persia; relieves en madera, prodigios de tallistas flamencos y alemanes; cuadros de todas las escuelas, estatuas, bronces, jarrones, caballetes con bocetos, etc., etc.; todo esto en artístico desórden, y en la testera del taller una colosal chimenea, estilo del Renacimiento, con dos cariátides á lo Miguel Angel, y para colocar la leña unos morillos de hierro forjado formando caprichosos follajes. Encima de la chimenea está el célebre retrato de la Sarah pintado por Clairin. Un detalle curioso; el pupitre en que escribe la Sarah es un mueble japonés pequeñito, de contornos retorcidos. A uno de sus adornos está sujeta una larguísima y rizada pluma de avestruz, con la cual escribe la eminente artista.

Nos plugo infinito el que nos recibiera con toda franqueza en el momento en que estaba amasando barro para modelar el busto del hijo de Richepin.

Paris, aunque grande, tiene tambien su maledicencia que se ceba en las notabilidades; de la Sarah se ha dicho que no era ella la que hacia las esculturas, y como Paris irradia en el resto de Europa, no ha faltado quien repitiera esta version como por boca de ganso. Nada más falso. La Sarah aboceta admirablemente; luégo añade al boceto los necesarios detalles con una seguridad y un ajuste que muchos escultores le envidiarian, y lo que es más, modela y acaba con una suavidad y una delicadeza extremas. Cuando da por terminado un trabajo, resulta natural y sencillo, lo que consigue con esa facilidad difícil que en el arte alcanzan sólo las inteligencias privilegiadas. Amigos particulares, y admiradores de la Sarah Bernhardt, nos hacemos un deber en consignarlo así, y no sin fundamento, sino despues de haberlo visto con nuestros propios ojos.

***

Le pavé de Paris es un drama espeluznante que se ha estrenado en la *Porte Saint Martin*, teatro que hoy pertenece á Sarah Bernhardt, la cual, dicho sea de paso, ya tiene tres.

El drama, segun nos dijo ella el otro dia, estaba ya á punto de estrenarse cuando compró el teatro, sin lo cual no se le hubiera ocurrido la idea de ponerlo en escena. El argumento es muy sencillo. Unos campesinos cuidan de una niña hija de una señora de gran fortuna. Estalla la guerra; de resultas de un combate en el lugar mueren los pobres aldeanos y la niña queda herida, pero la salva en brazos un jóven alférez francés; la desgracia, sin embargo, hace que caiga prisionero de los prusianos, y este sensible contratiempo le separa de su protegida. Un noble tronado y perverso, el cual debe heredar la hacienda de la niña en el caso de faltar ésta, se vale de gente de la peor calaña para hacerla desaparecer. Han trascurrido ya trece años desde la conclusion de la guerra cuando los asesinos están á punto de dar cuenta de la infeliz criatura, pero por una casualidad (sin la cual no habria drama) son descubiertos, tienen que apelar á la fuga, y unos son reducidos á prision miéntras otro se suicida. El ex-alferéz, ya capitan de la Guardia republicana, es el que ha salvado por segunda vez á la víctima. Esta reconoce á su madre, tambien por otra casualidad, y se encuentra millonaria. Entónces ofrece su mano á su salvador en premio de sus desvelos, y éste encuéntrase esposo de una jóven bella y dueño de una fortuna colosal, cuando ménos lo esperaba. Esto que parece el argumento, no es más que el pretexto para hacer salir á la escena, un tren que pasa por debajo de las casas de Paris, la estacion de llegada de San Lázaro, con el inmenso trasbordo de viajeros y equipajes, y una casa entera que va subiendo, de modo que el espectador vea lo que pasa desde los tejados hasta los sótanos.

Este es el cuadro, y objeto principal del drama, á fin de presentar el crímen que se fragua en la buhardilla, su malogro, y la fuga de los asesinos que bajan, encuentran cerrada la puerta y salen por la alcantarilla, para subir á un tren en el momento en que pasa.

***

Otra de las novedades de la quincena, es, como dije en mi anterior revista, la Exposicion Japonesa retrospectiva. En ella puede verse cómo el Japon hoy dia ha perdido bastante de su carácter al contaminarse con Europa y al adoptar la civilizacion europea. Hay en dicha Exposicion prodigios de arte, y aún más de artificio; sobre todo en la manera de trabajar é incrustar los metales, y en la de embutir y de dar color al cuero. Esta industria llegó en el Japon á una altura sólo comparable con la que alcanzó en Córdoba durante el período árabe. Las caretas de madera de los histriones y de los cómicos, son tambien notabilísimas; aunque difiriendo en las expresiones, son análogas á las que se usaban en el antiguo teatro griego, y demuestran que el arte dramático en el Japon hace poco se encontraba en un periodo análogo al en que se representaban las obras de Aristófanes y Esquilo entre los helenos. El personaje que tenia buen carácter salía con una careta apacible; el malvado poniase una que hacia una mueca horrible; el gracioso llevaba la cara cubierta con un antifaz ridículo; y como la expresion era fija, cuando el personaje tenia que cambiar de sentimiento salía de la escena y se mudaba de careta, ó volviase de espaldas y enseñaba al público la que traia al dorso.

Pues bien, esta es la altura del arte mimodramático en el Japon.

Por lo que ostentan los escaparates un observador atento verá en el arte japonés antiguo un arte malsano. Todo en él parece visto durante una pesadilla; las figuras son retorcidas, los vestidos abigarrados, las caras hacen muecas grotescas, las formas bestiales abundan; dragones imposibles campean por todas partes. En un escaparate hay un esqueleto abanicándose miéntras contempla una mujer que baila con un mono al són de una guitarra que toca un pescado: más allá hay una verja formada por ratones entrelazados por las colas. En otro lado descuella una estatua que hace que se crispen los nervios al contemplarla. Es una especie de viejo enano, de barbas retorcidas cual madejas, con la parte superior de la cabeza calva, doble más alta que el resto del cuerpo y terminando casi en punta como un pilon de azúcar. En su cúspide dos diminutos personajes bailan frenéticamente una especie de zapateado. En esas creaciones artísticas, que parecen concebidas por un Edgardo Pöe japonés, veo yo la influencia manifiesta del opio. No cabe duda de que al concebir tales obras, tenian sus autores las células cerebrales impregnadas de morfina. Hay una literatura alcohólica, que ha privado en el mundo moderno, hasta hace poco; Musset en sus últimos tiempos la representó. Ha habido una literatura anémica, que reinó con el romanticismo y que aún impera algo en España. Hoy dia en Paris se prodigan aplausos á un arte infecto de miasmas pútridos; ¡quién sabe si efecto de ciertos *microbos* análogos á los del tífus! El Japon tiene un arte mórfico. Hasta el arte tiene sus enfermedades. Por fortuna estas pasan y el arte queda.

***

En la Academia ha tenido lugar la recepcion del arzobispo *d'Autun*, habiendo contestado á su discurso, altamente literario, M. Camilo Rousset con otro no ménos notable.

POMPEYO GENER

NUESTROS GRABADOS

UNA PIEDRA EN LA BOTA, cuadro por C. Ziermann

Cuando se tiene la desgracia de que una piedra se meta entre el calcetin y la suela de las botas, hay que tomar sin falta la resolucion sensata del personaje de nuestro cuadro. ¡Con qué calma y con qué aplomo la está nuestro caminante ejecutando!.... Basta fijarse en esta operacion sin importancia para descifrar su carácter. Pero ¿qué es descifrar? ¿Acaso el carácter de ese anciano es algun enigma?.... Pues si en la cara se le trasparentan sus pasiones todas, es decir, su absoluta falta de pasiones, ¡Qué excelente esposo habrá hecho!.... Si tiene hijos ¡cuánto los habrá querido!.... Si tiene nietos ¡qué parte tan importante tomará en sus infantiles juegos!.... ¿Y todo esto, se nos dirá, descubrimos en ese hombre, por la simple impresion que nos causa su manera de sacarse una piedra de la bota? Si señores, esto descubrimos: un movimiento involuntario revela muchas veces la condicion de un mortal. Ziermann ha querido indudablemente poner ante nuestros ojos el tipo del hombre de bien.

EL ABUELO FLAUTISTA, cuadro por Hugo Engl

Decia San Agustin, que además de ser un santo era un gran filósofo, que si los egoistas conocieran las ventajas que trae consigo el ser hombre de bien, serian hombres de bien por egoismo.

Lo mismo decimos nosotros, sin ser filósofos y mucho ménos santos, respecto de los puros goces de familia; es decir, que si el hombre disipado, ó mejor dicho disipador, comprendiera la cuenta que trae, bajo todos conceptos, el goce de la familia y del hogar, seria hombre de su casa, hasta por refinamiento de placer.

Con efecto: ¿qué significan los goces materiales del mundo, comparados con la satisfaccion íntima que se experimenta en los tranquilos y honestos goces de la familia?

Dígase lo que se quiera, el hombre más sensual y materialista no puede ordenar á su corazon (nosotros creemos á su conciencia) que en el festin de la vida no acierte á presentir y aun á leer la mágica inscripcion que aguó la orgía de Baltasar. El placer deja de serlo casi del todo cuando no existe expansion: como el dolor, necesita desahogarse, distribuirse, compartirse con álguien; pero con álguien que viva en la comunidad de nuestros afectos puros, con álguien que no sea el mentido compañero del hijo pródigo; que se identifique con nuestros pesares y nuestras alegrías, sin que en el cielo de nuestras mutuas relaciones exista una sola nube preñada de elementos tempestuosos.

El amor de familia, que del anciano al jóven es reflejo del amor de Dios al hombre y del jóven al anciano parece la adoracion del cielo por la tierra, es el único capaz de producir esas deliciosas escenas que inspiran al artista composiciones como la del *abuelo flautista*.

¡Dichoso aquél que comprende la importancia de ese tesoro, y que saturado de su preciosa esencia, precave de la atmósfera en que se agita el mundo profano el precioso frasco de oro en que se halla guardada!

EL MODELO, dibujo por A. Fabrés

Si es modelo, no es mal modelo.

Si es dibujo, es mejor dibujo.

Que haya hombres cuyo *modus vivendi* sea alquilarse como modelos, es cosa rara, dada la formalidad del hombre.

Cuando el modelo es *modela*, la rareza aumenta de punto, dada la innata modestia de la mujer.

Y sin embargo, el modelo de ambos sexos es indispensable para el arte.

Concedido.

Como el cadalso *dicen* que es indispensable á la sociedad; como *dicen* que fué indispensable abrir á un hombre *vivo* para descubrir el secreto de la circulacion de la sangre.

Hay necesidades cuya *necesidad* debe ser un secreto de la Providencia, que la humanidad explica segun su comodidad.

Ménos malas son estas necesidades cuando se utilizan, como hace Fabrés, para ejecutar obras sobresalientes de dibujo.

LA LLUVIA, grupo en barro cocido por R. Bellazzi

Este bonito grupo, presentado en una de las últimas exposiciones italianas, ha valido á su autor una de las recompensas otorgadas á los trabajos escultóricos más sobresalientes; lo cual no es de extrañar, pues consagrado este artista á reproducir en barro ó mármol asuntos de parecida índole, de los cuales ya hemos insertado otras copias en algunos de nuestros números anteriores, procura estudiar el natural con detenimiento, sorprende por decirlo así, á su modelo en la actitud que más artística le parece, y ayudado de su talento y su destreza en el manejo del cincel, acierta á modelar figuras tan expresivas y simpáticas como las de los pobres niños de nuestro grabado.

LOS TRES CONJURADOS, dibujo por G. Sus

La escena es cómica, pero está tratada con toda la formalidad de un asunto tenebroso.

Debajo de ese plumaje se nos figura que debe existir algun nihilista.

Son tres conspiradores disfrazados de polluelos.

La crueldad tomando, para mayor disimulo, las formas del miedo.

¡Pobre araña!....

—Tú te pondrás á nuestro alcance.....—parecen decir los conjurados.

Alguno de estos la saborea de antemano.

¡Goloso!....

Es decir ¡horrible!

Por fortuna, si á cada puerco le llega su San Martin, á cada ave de corral la llega su Navidad; y el polluelo, tarde ó temprano, dará cuenta á la cocinera implacable de su anterior conducta. Una cacerola candente vengará (desagraviará, diria un filántropo) á la ultrajada sociedad de las arañas.

ANTES DE LA BATALLA, dibujo por G. Rauber

El autor de este bien ejecutado dibujo ha figurado una escena de la famosa guerra de los *Treinta años*.

Esta guerra es una de las más trascendentales de la época que pudiéramos llamar moderna, pues establece un punto histórico divisorio entre la era feudal y la era de la emancipacion religiosa, iniciadora de casi todas las demás emancipaciones. Sostuvieron la lucha, de una parte las potencias protestantes de Alemania, Hungría y Bohemia, y de otra parte las potencias católicas y principalmente Austria. Empezó en 1618 y terminó treinta años despues, de cuyos treinta años de duracion toma nombre.

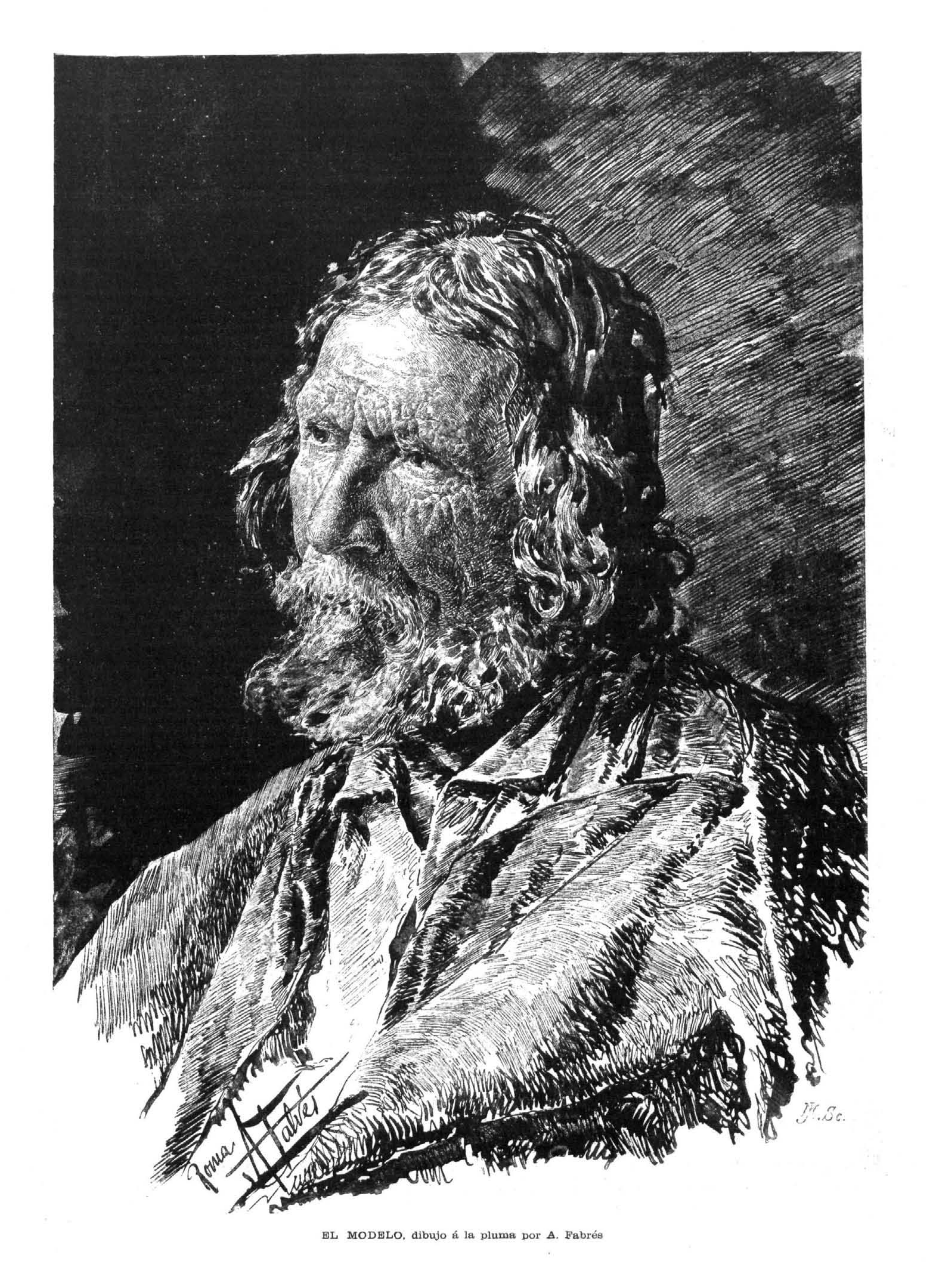
Aun cuando la razon de esa guerra parecia ser una querella religiosa, lo cierto es que á la sombra de esa bandera peleaban los protestantes por su igualdad civil y política con los católicos. Capitaneabaná los reformistas y á sus aliados, Anspach, general de los ejércitos de Federico el elector palatino, Gustavo Adolfo, rey de Suecia, Cristian IV, rey de Dinamarca, Oxenstiern, canciller del rey de Suecia; y acaudillaban á los católicos el famoso Wallenstein, general de los ejércitos del emperador de Austria, Tilly, célebre por su crueldad y fanatismo; Condé y Turena, los más temidos mariscales de Francia, instrumentos de la política de Richelieu en este punto.

Terminó la guerra, gracias á las armas francesas, el tratado de Westfalia, que cambió las circunscripciones territoriales de las naciones de Europa y las constituyó sobre nuevas bases. La Francia adquirió el monopolio de la política europea y además la Alsacia y otras poblaciones á orillas del Rhin; sostuvo la existencia política de los principados protestantes y hasta llegó á aumentarlos, garantizó á los reformados la libertad religiosa y la igualdad política y civil que fué causa de la guerra; declaró la independencia de las Provincias Unidas con respecto á España y al Imperio germánico, y tambien la independencia suiza con relacion al Austria.

Tal es el resúmen de aquella guerra, cuyo recuerdo ha inspirado á Rauber el dibujo que hemos reproducido, de impresion tan triste como el recuerdo de los hechos á que se refiere.



EL ABUELO FLAUTISTA, cuadro por Hugo Engl



EL MODELO, dibujo á la pluma por A. Fabrés

ULTIMAS HORAS DE LA LIBERTAD DE SIENA
cuadro por Pedro Aldi.

Muchos son los pueblos que en el libro de oro de la historia han escrito la de su *último dia*.

A España quizás le cabe la gloria de haber dado el ejemplo, únicamente igualado en España mismo. La épica catástrofe de Numancia fué causa indudablemente del patriótico fin de Sagunto.

Siena, la ciudad italiana, tiene tambien su último dia, sus horas postreras.

Como Jerusalen, en los tiempos antiguos, como Gerona, en los tiempos modernos, fué asediada por un enemigo fuerte, cruel, implacable.

A la par de esas ciudades, luchó con heroismo y cayó con gloria.

No la venció el milanés Jacobo Médici, que mandaba el ejército sitiador; la venció el hambre, la peste, la fatiga del cuerpo, que rinde el ánimo más esforzado.

Era el año 1554.

Al comparecer el enemigo ante los muros, ni uno de los sieneses dejó de acudir á su puesto de honor. Las mujeres más débiles, las damas más aristocráticas dieron el ejemplo de cómo se combate y de cómo se muere.

Todo lo habian agotado los sieneses ántes de que su valor fuera agotado. Cuando faltaron los manjares tolerables se alimentaron de los más repugnantes; cuando faltara hasta los repugnantes, comieron las mezquinas yerbas que crecian en los muros y en los jardines; cuando faltó todo, enteramente todo, cesó la defensa, porque el brazo inerte dejó caer, á pesar suyo, la espada de combate.

Entónces, solamente entónces, llegó la última hora de Siena.

Pedro Aldi ha pintado, ha descrito, en un lienzo ese dia de horror, y lo ha interpretado de tal suerte que su cuadro ha llamado preferentemente la atencion del público en la actual exposicion de Roma.

El autor de ese lienzo es natural de Siena.

¡Nuestra enhorabuena al hijo que de tal suerte honra á su madre!

ASUNTO PARA UN DRAMA

En opinion de algunas personas, Teresa habia sido la protagonista en un drama horrible.

Segun decian otros, era un ángel, una de esas mujeres que nacen para bien de la humanidad y que todo lo sacrifican á sus semejantes.

Era hermosa, muy hermosa, pero en sus ojos se leia un poema de dolor: contaba escasamente treinta y dos años, y si los sufrimientos no hubieran ayudado al tiempo en su obra destructora, nadie habria sospechado que Teresa pasaba de los veintidos años.

Dulce y bien timbrada era su voz, y en las limpias y expresivas miradas de sus hermosos ojos de negras y brillantes pupilas, se pintaba la serenidad de un espíritu tranquilo.

Así era entónces, cuando la conoció Juan Zapata, soldado de cazadores de no sé qué batallon.

Despues, se trasformó la hermana Teresa en otra mujer.

Decíase que la hermosa jóven procedia de padres ilustres, y en su educacion y maneras se hallaba la demostracion del aserto.

Las causas que la impulsaron á renunciar á un título nobiliario y á una fortuna, para dedicarse al ejercicio de la Caridad, arrostrando las penalidades de la vida del campo de batalla y del hospital, los sufrimientos de una vida de actividad y privaciones consagrada al bien ajeno, nadie conocia, como tampoco la historia verdadera de Teresa.

Juan Zapata que fué, cuando niño, criado en la casa de la *señorita*, que así la llamó siempre, áun cuando la encontró en Monte Muro, en hábito de hermána de la Caridad, era el único que sabia lo siguiente:

La señorita Teresa manifestaba entónces carácter altanero, y un tanto violento.

—Para los hombres era una fiera: conocia su propio mérito y *presumia:* anduvieron locos por ella más de cincuenta;—todo esto referia Zapata.

—Por fin, llegó un dia en que se presentó un buen mozo, un coronel que valia más pesetas.... y, por cierto, que si él viviera hoy, no me veria yo de *soldao al raso:* pues bien, que el coronel la vió y le dijo á la señorita.... Vamos, que yo no sé lo que la diria, pero que se declaró y la pidió la mano, y se casaron, á paso de bayoneta.

—Luégo, continuaba Juan, me llamó la patria á las armas y me salí de casa de los señores condes y me dejé de paisanaje; pero como alguna vez iba á saber de la gente de la casa, supe que un año despues de la boda, al coronel se le metió en la cabeza que la señorita Teresa, su mujer, le engañaba. Dios le haya perdonado, pero me parece que debia de ser algo arrimado á la cola, porque lo que es ella era incapaz de *fartar* á nadie.

Juan Zapata referia el suceso de esta manera.

—Parece que una noche, el coronel, que se habia despedido para una cacería, llegó de improviso y se ocultó en la habitacion de su esposa.

Dos horas despues, entró Teresa en su cuarto, acompañada de su doncella.

Pocas palabras se cruzaron entre las dos mujeres, y la criada salió de la habitacion y volvió á poco, trayendo en brazos un niño de pocos meses de edad.

—Aquí está, señorita,—dijo, entregando el niño á doña Teresa, que le tomó en sus brazos y besó repetidas veces.

—¡Inocente! tú eres el fruto de una pasion desgraciada y delincuente, y tú serás la víctima del error y del extravío de tu madre.—Así al poco más ó ménos se expresó doña Teresa.

—El coronel—añadió Juan, cambiando de tono,—salió de su escondite, y sin decir una palabra, lo mismo que pudiera haber hecho un quinto recien salido del pesebre, apuntando con el cañon de un revolver á la cabeza del angelito, rugió, al mismo tiempo que daba gusto al dedo:

—Ese fruto de maldicion no vivirá.

Una detonacion y dos gritos horribles explicaron lo que habia ocurrido.

Sin dar tiempo para protestar á Teresa ni á su criada, que era la madre de aquel inocente niño, el coronel se aplicó la boca del revolver al cráneo y una segunda detonacion terminó la horrible escena.

—Ha visto usted *algo* más bruto que el coronel?—preguntaba Juan Zapata, con formalidad.—¡Tener celos de una mujer como la señorita, que ha sido siempre una santa, fuera de lo que tenga de mujer!

Juanillo era extremeño con vistas á Andalucía; esto es, extremeño, de un pueblo lindante con la provincia de Córdoba; así se advertia en su acento esa mezcla de andaluz y extremeño, que no carece de gracia en algunos tipos.

—Esa mujer—afirmaba—tiene un corazon que le viene grande en el pecho: la he visto en momentos en que yo mismo no pensaba más que en *juir*, serena y valiente y.... Lo que es que ella no habia nacido para el coronel; ó el coronel no se la merecia. ¡Dudar de la señorita! Vamos, que esto no se ocurre ni á un recluta de *cabayería*.

Doña Teresa, segun Zapata, apadrinaba al niño de su criada, y cuando la nodriza á quien le habia confiado la madre, le llevaba para que esta le viera, no perdonaba la madrina ocasion para acariciarle.

—Aquella barbaridad del coronel, dicho sea sin agraviar su memoria, fué la causa de que la señorita abandonase el mundo: regaló á los pobres sus bienes, y sus alhajas á la infortunada madre del niño brutalmente asesinado; y luégo se hizo hermana de la Caridad.

Nadie volvió á saber de doña Teresa.

—Nadie más que yo—añadia Juan Zapata;—yo que *trompecé* con ella en Monte Jurra, y al verla con ese hábito, no la reconocí. ¡Qué mujer y qué dia aquel! ¡Qué manera de repartir confites á domicilio! Silbaban las *cláusulas*, como le dicen ahora á las balas, lo mismo que las personas en una comedia que *vide* yo en no sé qué teatro de Madrid.

La noche habia sido mala, muy mala y muy lluviosa: el viento huracanado, soplando en aquellas montañas, producia el mismo efecto que las cuerdas de una guitarra cuando vibran.

Parecia, al decir de Zapata, lamentos que llegaban al oido, tal vez, de los muertos en la jornada anterior.

Para oir, simultáneamente, esa indescriptible confusion de rumores, de carcajadas, ayes, suspiros, melodías extrañas, voces misteriosas, que forman el conjunto armónico de la Naturaleza, no hay escena mejor que el campo, ni momento más á propósito que la noche silenciosa.

¡Qué imaginaciones tan ricas en pavorosas fantasías nos acuden! ¡qué diversidad de imágenes finge la vista! ¡qué multiplicidad de sonidos llegan á nosotros!

Recuerdos, presentimientos, historias que no conocemos, dramas que no soñamos, personajes que nunca fueron, que nunca serán; placeres que no hemos disfrutado, dolores que no hemos sufrido, ansias de traspasar ese dintel de la eternidad donde todo puede ser luz, pero donde todo nos parece sombra: este es el poema de la noche, cuando la fantasía nos domina.

¿Quién sabe si algunos de esos ruidos que llegan hasta nosotros son producidos por el féretro que saturado de humedad se agrietea; tal vez el féretro que encierra al que fué querido pedazo de nuestro corazon?

Despues de una de esas noches de insomnio y de malestar físico y moral, pasadas por el soldado en la abstraccion más completa, acariciando cuidadosamente el pensamiento que á un tiempo es fuente de dolor y motivo de felicidad, ¡cuán triste es la luz de la mañana!

Tal vez en aquel momento, cuando fija la vista en el horizonte como para indagar nuevas de una familia cariñosa, el pobre soldado, esa familia, con la vista del espíritu en el infinito, pregunta temblorosa: «¿Dios mio, dónde está?»

Ello fué que amaneció el dia de la batalla, segun referia Juan Zapata, y amaneció lluvioso.

—Aquí se veia un peloton de oficiales; allí otro, de soldados; más allá los bagajeros, y detrás de aquella colina, el otro.... ó los otros.... vamos, los enemigos: españoles como nosotros y valientes y.... como que los hombres *semos* los animales más mansos y más torpes.

—Entre los oficiales del lado de acá,—prosiguió Zapata,—el más bravo y el mejor mozo, era mi capitan, y entre los soldados el más barbian y el más valiente..... yo, por más que soy muy modesto y me está mal el decirlo.

Empezó la accion, como todas; lo mismo que empiezan á descargar las nubes; por unas gotas; vamos, por unos balazos, sin más consecuencias que rompernos las avanzadas del enemigo un cabo de cornetas y mi guitarra, que la habia echado prima la víspera, como al pobre cabo le habia echado el segundo hijo la mujer, hacia tres ó cuatro dias.

En cuanto llegaba con su relato á ciertos episodios tristes, Juan Zapata dedicaba algunos compases de espera á la memoria de los camaradas muertos en accion de guerra.

Luégo continuaba tranquilamente:

—Por fin, nos enredamos todos á tiro limpio; la artillería entonaba unas malagueñas en aquellos barrancos, que no parecia sino que el cielo se venia encima de nosotros y que nos íbamos á quedar metidos en un fanal para que nos vieran despues los extranjeros, por el corto interés de un perro chico.

La accion terminaba por falta de luz,—decia Juan;—el personal habia venido á ménos por una y otra parte: mi capitan y yo seguíamos despachando enemigos, pero como ni él ni yo somos inmortales, una *cláusula* de esas volcó á mi amo: me apresuré á recogerle y despues de cargármele á costillas, igual que si hubiera sido un fardo, mal comparado, emprendí al trote, vamos al decir, corriendo cuanto podia, para que no se desangrara mi capitan ni nos alcanzase otro *proyectin* (como si dijéramos, «proyectil»).

—Cuando iba *juyendo*,—añadió Juan acompañando siempre la palabra con la accion, para convencer al auditorio,—oigo pasos detrás y una voz que me decia:

—Anda, hijo mio, anda y no le abandones, que Dios te lo pagará.

Volví la fisonomía, un poco *escamao*, y me encontré con ella.... la hermana Teresa.... digo, la que se llamaba hermana Teresa, segun supe luégo, porque para mí entónces no era más que una hermana de la Caridad que andaba suelta por allí y venia á echar una mano para ayudarme.

—Si se descuida usted un poco la divido,—murmuré.

—¿Porqué, hermano?

—Porque al oir ruido de *pieses* detrás de nosotros se me antojó que seria algun enemigo, que venia á nuestro alcance para despachar dos pájaros de una pedrada.

—Pues, no es eso, amigo mio—replicó ella con dulzura.

—Ya lo veo y Dios la bendiga á usted y á su familia.... ¡Madrecita del Cármen y qué buena moza que es usted! dicho sea con perdon,—exclamé yo sin poder contenerme. Aquello no parecia mujer, sino una estampa de la Virgen Santísima, pintada por los mismos ángeles.—¿De dónde sale usted, madrina?—le pregunté; ¿de algun charco como las *endinas*, segun me contaban á mí cuando era criatura?

Sonriendo y sin ofenderse por mi buena intencion, se aproximó á nosotros y me ayudó á conducir por aquellos campos á mi pobre capitan, que de cuando en cuando gruñia un principio de oracion, que casi me ruborizaba.

Llegamós, por fin, á la ambulancia *desanitaria:* los físicos curaron á mi capitan, que afortunadamente nada tenia roto, mas que, salvo sea la parte, en el costado izquierdo un balazo, que si tuerce *pa* la izquierda cuando venia, siquiera unos kilómetros más, segun los facultativos, le parte.

Desde aquel momento la hermana Teresa no se *desapartó* ni por un momento de mi capitan: ni su propia madre le hubiera cuidado con más cariño.

A mí me miraba como á un bicho raro, hasta que ya, quemado de que me examinara la fisonomía, así, como para reirse, en lugar de soltarla una fresca, como hubiera hecho si no pensara en lo bien que se estaba portando con mi amo, la pregunté:

—¿La hace á usted gracia mi físico natural?

—¿Es posible, me preguntó ella, que seas tan torpe y tan majadero que no me hayas conocido despues de seis dias que estoy á tu lado casi constantemente?—Yo abrí los ojos como para ver la tarasca en la procesion del Corpus en mi pueblo, y examiné despacio á la hermana de la Caridad.

—¡Valiente mujer!—fué todo lo que se me ocurrió.

—¿No me conoces todavía?

—Ahora sí que me parece que caigo, respondí; la he visto á usted en Somorrostro llevando de un brazo á un pobre cazador herido; otra vez.... otra vez.... rezando sobre la sepultura donde habian colocado el *esqueleto* de un músico muerto; otro dia.... sí, en San Pedro Abanto, ayudando al cirujano en la *imputacion* de un brazo á un pobre artillero.

—¿Y nada más? preguntó la religiosa.

—Sí, otra vez.... auxiliando á un moribundo de caballería; vamos, á un soldado de caballería moribunda.

La hermana Teresa soltó una carcajada; no sé si seria por mí.

Curó mi amo y la enfermera desapareció; solamente vino á verle dos veces durante el período de la convalecencia; pero ántes de dejarnos me dijo:

—Juan Zapata, eras más listo en tu niñez; ahora has perdido hasta la vista.

—Dios me la conserve, respondí, y en buena hora lo diga, que no es así.

—¿No recuerdas ya á la condesa de?....

—Tiene usted razon;—interrumpió Zapata,—que merecia un ronzal por bruto; pero perdone usía, señorita, que no la haya reconocido, como ahora, porque cuando yo la dejé era coronela y me la encuentro de paisana, casi, casi, y con ese uniforme....

Me confirmó las noticias que ya yo sabia, de la muerte del coronel y demás sucesos, y luégo me dijo:

—¿Tú no recuerdas al coronel?

—No, señora, entónces era yo una criatura sin conocimiento....

—Pues, bien, tu amo, ese capitan es un retrato vivo de mi esposo.

—¿Qué me dice usted, señorita? ¿Mi capitan?.... Y

bien puede ser, porque los hombres nos parecemos unos á otros inocentemente y....

Con este pormenor que me suministró la religiosa vine yo en conocimiento de varias cosas importantes: primera, que ella miraba con buenos ojos á mi capitan, y que mi capitan.... era muy parecido al coronel. Digo yo que mi amo diria á la enfermera:

—Es usted muy hermosa y muy buena, y yo la quiero á usted.

Y ella, digo yo, que responderia:

—Muchas gracias, y consérvese usted bueno, en compañía de su asistente Juan Zapata, y hasta más ver.

Y supongo que mi capitan se correria á decirla:

—Es usted, ó eres un ángel.

Y ella replicaria, me pienso yo:

—Favor que usted quiere dispensarme; pero no soy ángel, sino mujer.

Mi amo, en seguida:

—Pero muy guapa y Dios te bendiga, amén.

Esto como si lo estuviera oyendo.

—En mis oraciones le rogaré por usted,—murmuraria la hermana.

Y luégo, de repente, y cuando ménos nos lo pensábamos, salimos para rompernos la crisma otra vez, y hasta más ver.

—Búscame á esa mujer, me decia mi capitan, como quien dice á un perro de caza cachorro, indicándole la pieza herida: «¡Búscala!» Pero por más que yo busqué, nada, no pude dar con ella, hasta que mi capitan tuvo la suerte..... digo, la *mala sombra* de que le alcanzara otro balazo. Entonces supimos de ella.

Habia trascurrido más de un año, durante cuyo tiempo fueron inútiles todas mis averiguaciones para dar con la hermana Teresa.

Mi capitan se trasladó á Madrid á pasar el período de la convalecencia, que en opinion de los facultativos habia de ser larga y penosa; claro es que yo no podia abandonarle.

Montamos en el tren del ferrocarril y ahí queda eso.

En el mismo coche en que entramos, subió una hermana de la Caridad; llevaba en brazos una niña de dos años de edad, próximamente.

Mi capitan y yo la miramos con curiosidad.

La religiosa, demacrada y desfigurado el rostro por las huellas de la viruela, que adquirió en uno de los hospitales, prestando sus servicios á los enfermos, no conservaba resto alguno de belleza.

Mi amo volvió la cara con disgusto, al ver «que no era ella».

Pero yo soy mucho más listo para las mujeres, aunque no deba decirlo por modestia; vamos, que distingo, y aproximándome á mi capitan, le dije casi al oido:

—¡Ahí la tiene usted!

—¡Teresa! llamó mi capitan; y ella respondió como queriendo ahogar los latidos de su corazon:

—Usted me equivoca con otra hermana.

—No, insistí yo, es ella, la señorita.... digo, se me antoja que es ella, porque....

La pobre mujer no pudo contener las lágrimas y replicó muy conmovida:

—Esa Teresa ha muerto;—lo cual que mi capitan se lo creyó y me dijo, dice: «¡Animal!» pero como esto me lo decia á diario, no me extrañó.

—Es ella, pensaba yo, mirándola fijamente, pero ¿qué la ha pasado á esta mujer?

En varias ocasiones sorprendí sus miradas, dirigidas á hurtadillas al capitan: cuando ella se convenció de que yo la habia conocido, llevando el índice de la mano derecha á los labios, me impuso silencio.

Para mí era aquel un triunfo, no me habia engañado; era la señorita, á quien faltaba sufrir el último golpe.

Uno de los viajeros, dirigió la palabra á mi capitan, que le contestó con mucha afabilidad; continuaron hablando y llegó un momento en que á mi amo se le antojó citar el nombre de su padre, con motivo de la conversacion sostenida en el coche.

—Su padre—dijo Zapata con cierta solemnidad,—fué el coronel.... el esposo de Teresa.

En cuanto á la madre de mi capitan, nada supe sino que habia muerto separada de su hijo.

En la primera estacion la hermana de la Caridad mudó de coche.

Yo la despedí con una mirada de cariño; casi llorando la ví vacilar y en poco cae á la via con la *criatura* que llevaba en brazos.

¡Me hubiera bajado tras ella de tan buena gana, para convidarla!....

—¿De dónde vendrá esa hermana?.... preguntó con malicia uno de los viajeros.

—¡Y lleva una niña! observaba otro.

—¿Quién sabe? la hermana viene de la guerra....

—Esa mujer, caballeros—interrumpí yo,—es una santa y nadie la calumnia estando yo aquí delante.... digo, mi capitan y yo.

—Bien dicho, afirmó mi amo.

—Y tan bien dicho, mi capitan, como que esa mujer es la hermana Teresa.

—¿Qué dices, hombre?

—Se lo juro á usted, por lo más....

—Basta: es preciso buscarla, verla....

Pero nada, no la volvimos á ver nunca.

Aquella niña era la huérfana de un pobre campesino de Vizcaya, que perdió en la guerra familia, fortuna y vida.

La hermana Teresa lo habia dicho así á una mujer que venia en el tren.

—Hoy, cuando me acuerdo de ella,—terminaba Juan Zapata,—y me pregunto á mí mismo: «¿Dónde estará?» me ocurre en seguida la respuesta, y murmuro:

Allí, en el cielo.

EDUARDO DE PALACIO.



LA LLUVIA, grupo en barro cocido por R. Bellazzi

NOTICIAS GEOGRAFICAS

EL TERRITORIO DE WASHINGTON (ESTADOS UNIDOS).—El pino, el pinabete, la encina y el cedro son las especies de los innumerables árboles que bordean las montañas y las llanuras del distrito de Puget, en el territorio de Washington, y todos ellos dan excelentes productos en gran cantidad. Segun cálculo muy moderado, estímase en 160 millones de piés la madera que se puede extraer del distrito, buena para las construcciones. Los árboles tienen un desarrollo notable, tanto en altura como en grueso: el pino jóven alcanza una elevacion de 250 piés, y hallanse cedros blancos de 100 piés de altura por 60 de circunferencia; las encinas blancas tienen hasta 70.

***

EL TERRITORIO DE ARIZONA.—Este país, situado al oeste de los Estados Unidos, es seguramente uno de los mas maravillosos del continente americano. En sus montañas encuéntranse en todas partes el oro y la plata; y tambien abundan el estaño y el níkel; en el Valle de Santa Cruz hay una inmensa riqueza en mineral de plomo. El desierto de Hacimiento contiene innumerables granates rojos. Cerca de las montañas de los Dragones existen considerables capas de yeso y de sal comun. Hasta 1878, el distrito minero de Fombstone era un desierto horrible: en cuatro años se han extraido de él metales preciosos (cloruros y carbonatos) por valor de 7.359,200 duros.

***

EL MAR INTERIOR DE TÚNEZ.—M. Lesseps acaba de llegar á Tozeur, donde se han practicado sondeos hasta la profundidad de setenta y tres metros, sin encontrar más que arena. Se ha reconocido que el mar interior africano podria hacerse fácilmente por medio de cien excavadoras, que representarian el trabajo de cien mil obreros. M. Lesseps ha obtenido en todas partes la mejor acogida, tanto de los militares como de las poblaciones árabes.

NOTICIAS VARIAS

INDUSTRIA GIGANTESCA.—En Massachusetts (Estados Unidos) se cuentan 1,959 fábricas de calzado, que ocupan á 111,152 obreros y tienen un capital de cerca de 43 millones de duros, ó sean 215 millones de francos. Esta inmensa industria ha producido en el transcurso del año anterior 94 millones de pares de zapatos y 30 de pares de botas. El total de los jornales pagados á los trabajadores se elevó durante el mismo año á 53 millones de duros, equivalentes á 265 de francos.

***

ESTADOS UNIDOS.—Se dice que los americanos van á todo vapor en las vias férreas y que los accidentes desgraciados en estas son proporcionalmente más numerosos que en Europa: esto no es exacto.

Los americanos, salvo una ó dos excepciones que podrian indicarse, viajan ménos aceleradamente que en Inglaterra y en Alemania, y hasta que en Francia. Segun cierto autor citado por M. Lavoine, la velocidad media de los trenes expresos era en Inglaterra, en 1880, de 74,1 kilómetros por hora; en Alemania, de 64.4; en Francia, de 60,4; y en los Estados Unidos de 59,6. De aquí resulta que las desgracias en las vías férreas de los Estados Unidos son ménos numerosas, proporcionalmente, que en los caminos de hierro europeos.

CRONICA CIENTIFICA

PODER MOTRIZ DEL SOL

Nadie ignora el orígen de esta fuerza inmensa utilizada en grandes y pequeñas industrias. Madre benéfica, abre la tierra sus entrañas y ofrece al hombre ricos tesoros de negro carbon, que ardiendo en el hogar de las calderas de vapor, conduce nuestras naves por los llanos del mar y nuestras locomotoras por la áspera y desigual superficie del planeta.

Toda la fuerza que el hombre consume, lo mismo la que da vigor á su organismo, que la empleada en la industria, toda procede del carbon. Él arde en nuestra sangre y al quemarse nos da vida; él produce todo el calor utilizado en convertir el agua en vapor, da á éste fuerza y causa todas las maravillas de la industria moderna, asombro y admiracion de cuantos á su estudio se consagran.

Mucho preocupa á los que de la industria se ocupan el porvenir de ésta y su destino el dia en que se agotasen todos los criaderos de carbon del mundo. Y quizás por esto ha surgido la idea de aprovechar otras fuerzas naturales que, como el Sol y las mareas, para casi nada sirven actualmente. En este sentido de utilizar la energía solar y las mareas, se han hecho ya muchos é importantes trabajos. No he de recordar los aparatos destinados á concentrar las radiaciones del Sol, á fin de obtener elevadísimas temperaturas, los intentos para almacenar fuerza solar y los ensayos practicados con propósito de aprovechar la fuerza del mar, entre cuyos ensayos son notabilísimos los consignados por D. Eduardo Benót en su Memoria premiada por la Academia de Ciencias. Creo útil, ántes de intentar empleo de mecanismo alguno, conocer, siquiera sea aproximadamente, el valor de esta fuerza motriz solar, llamada, y quizá muy pronto, á sustituir el carbon en la industria del porvenir.

Como toda fuerza es en resúmen una cantidad, capital al que la industria pretende sacar cierto interés por medio de las máquinas, es menester conocer este capital, saber cuánto vale y en qué condiciones se nos facilita para obtener el mayor efecto útil con la menor cantidad posible de trabajo.

Sólo así es posible emplear una fuerza, pues de lo contrario suele suceder que el efecto útil no compensa el artificio de las máquinas, ni es tan considerable que pueda dar resultados maravillosos.

Quizá por estas razones, mejor que por falta de mecanismos apropiados, no se ha utilizado todavía directamente la fuerza motriz solar, y hemos necesitado dar con esos inmensos depósitos de ulla, acumulada durante millares de siglos con la pasmosa lentitud con que se realizan metamorfósis y cambios de la Naturaleza.

Para determinar el poder motriz del Sol hé aquí un dato curioso que encierra la resolucion de un problema muy importante, ya que se trata de ver la cantidad de trabajo desarrollado por todas las máquinas de vapor del mundo, ó lo que es igual la equivalencia del calor producido por la combustion de cuanto carbon de piedra se quema en el Universo.

Esta cuestion, tan difícil á primera vista, sólo requiere un dato para resolverse: saber la cantidad de carbon quemado.

Aun dando por conocida esta cantidad, el problema encierra dos partes distintas, y son: determinar la cantidad del vapor de agua producido por la accion del calor desprendido en la combustion del carbon, y apreciar despues el trabajo causado por este vapor de agua. Todavía

puesta la cuestion en estos términos no es de difícil resolucion. Supongamos que se quema un kilógramo de carbon y que el calor desprendido por su combustion se emplea en evaporar agua. Midiendo la cantidad de vapor originada y multiplicándola por el número de kilógramos de carbon consumidos en el mundo, sabremos su valor efectivo en cantidades de vapor de agua.

Si conocemos el trabajo que puede producir el agua evaporada por la combustion de un kilógramo de ulla y multiplicamos este número por el de unidades de vapor de agua obtenidas por todo el carbon que en el mundo se consume, hallaremos seguramente un número que represente el trabajo del calor desprendido por todo el carbon de piedra utilizado en la industria humana.

Véase, pues, cuán fácil es resolver un problema cuyo solo enunciado causa asombro. Sólo se necesitan dos datos.

Cantidad de carbon consumido en el mundo.

Fuerza producida por la combustion de un kilógramo de ulla.

Multiplicando el segundo dato por el primero tendremos:

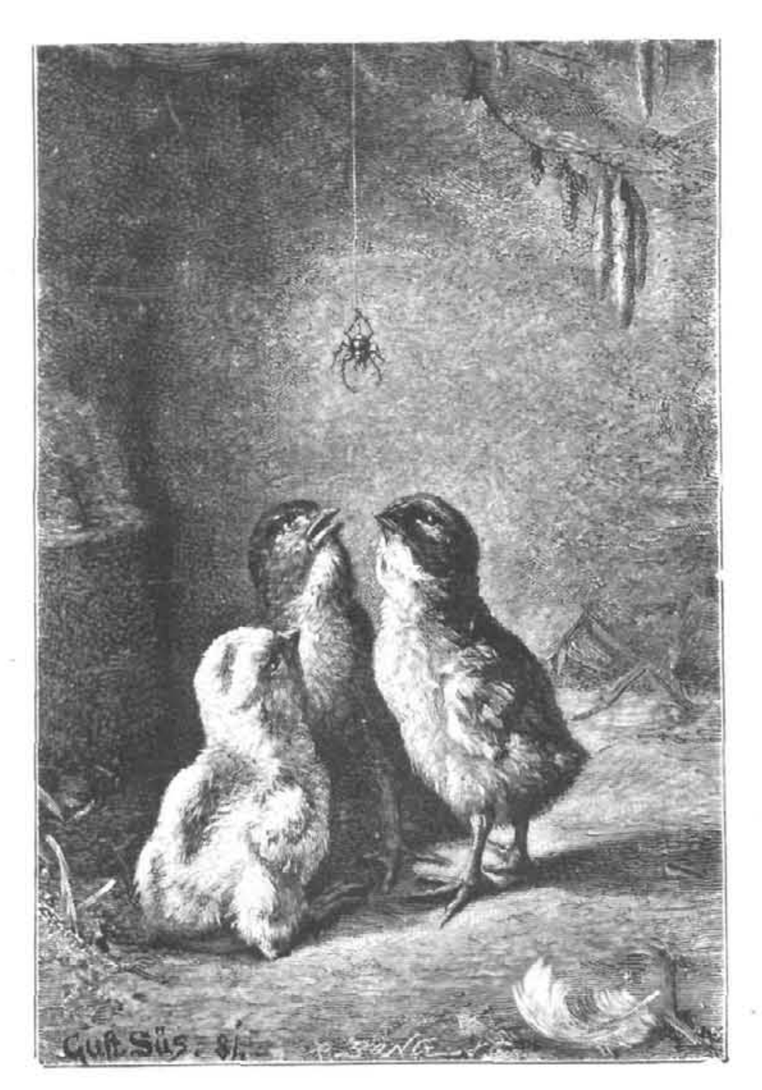
Fuerza producida por un kilógramo de ulla por cantidad de carbon consumido en el mundo igual á toda la fuerza obtenida en cuantas máquinas de vapor actualmente se utilizan.

De modo semejante puede formarse idea aproximada del poder motriz del Sol sobre la tierra, ya que no es posible determinar en absoluto toda su energía. A nosotros llega tan sólo una débil porcion de ella, y como no será posible utilizar sino esta exigua parte, los cálculos han de referirse únicamente al residuo que no ha podido absorber el vapor de agua de la atmósfera.

Aplicando lo dicho respecto del carbon y suponiendo que en igualdad de circunstancias la accion del Sol es la misma en toda la superficie de la tierra, no necesitamos otros datos más que saber la cantidad de fuerza solar en una extension dada de la superficie terrestre y multiplicar esta fuerza por la extension superficial de la tierra.

A fin de facilitar el cálculo hé aquí un ejemplo.

Supóngase que sobre una estension de veinte millas cuadradas llueve al año tal cantidad de agua que si no se evaporase ni se absorbiera, formaría sobre el nivel del suelo una capa de treinta pulgadas de espesor. El peso total de esta agua sería 38.781,600 toneladas, peso inmenso que la imaginacion apénas puede concebir sin esfuerzo y admiracion.



LOS TRES CONJURADOS, dibujo de G. Sus

Supóngase tambien que la temperatura de esta gran masa de agua desciende hasta cero grados y toda ella se congela. Formaríanse entónces colosales bloques de hielo mucho mayores, mucho más pesados que las pirámides de Egipto, pues la mayor de ellas, la de Cheops, sólo pesa siete millones de toneladas.

Si quisiéramos trasportar tan enorme masa de hielo por ferro-carril, se necesitaria un tren de 3.821,800 wagones, llevando cada uno *doce* toneladas de peso y teniendo 30 piés de largo. No es posible formar idea de esto sin acudir á la comparacion.

Dividamos con el pensamiento este enorme tren en *seis* iguales; cada uno de ellos llevaria 636,966 wagones. Colocado el primero sobre la vía más larga del mundo,—la de Nueva York á San Francisco de California,—la locomotora llegaria á la primera de estas ciudades cuando el último wagon no habria salido todavía de la segunda.

Aun cabe hacer otra comparacion que da idea de lo mismo quizá con mayor exactitud y precision.

Imagínese sobre la superficie de la tierra una capa de agua de 30 centímetros de espesor y preténdase elevar esta masa de agua hasta la altura de las nubes. Aun cuando se empleasen á la vez todas las bombas de la tierra no podrian elevarse sino diez mil toneladas de agua.

Ahora bien, el Sol evapora, en muy poco tiempo, mucha más agua de la que hemos calculado. ¿Cuál será pues, la enorme cantidad de trabajo que desarrolle? ¿Qué inmensa fuerza motriz representa el calor invertido en semejante evaporacion? Y cuenta que no se habla de toda la energía solar, sino de la parte pequeñísima que á la tierra llega.

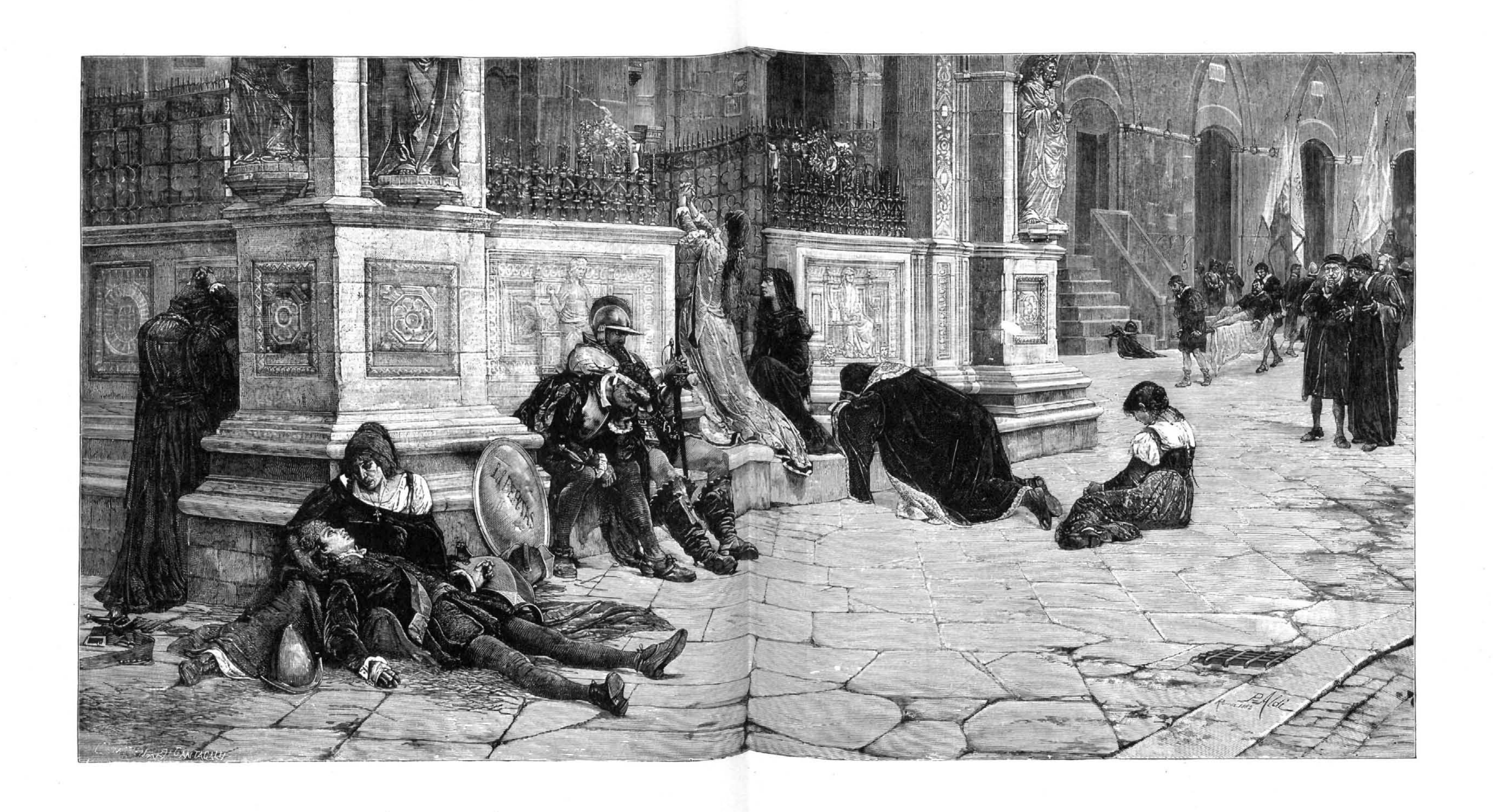
Cuando se consigan utilizar tanto poder y tanta fuerza, metamorfósis sin cuento se realizarán en la industria, é inesperadas modificaciones en el mundo. Dueño el hombre del poder motriz del Sol, contará con energías mucho más poderosas que las del carbon, y de sus manos saldrán máquinas perfectísimas para convertirlas en efecto útil y hacerlas servir á sus necesidades ó á sus caprichos.

A medida que falte el carbon de piedra, la conquista del Sol irá adelantando. Hoy comienza apénas, pues á ella no obliga la dura ley de la necesidad; mas cuando el aumento de la industria haga sentir la escasez del carbon, por todas partes se inventarán máquinas y aprovecharáse esta fuerza que vemos disiparse en las neblinas de la mañana y en los jirones de vapor que el Sol arranca de la superficie de las aguas y eleva á inmensa altura.

JOSÉ R. MOURELO

ANTES DE LA BATALLA, dibujo por G. Rauber

IMP. DE MONTANER Y SIMON



LAS ÚLTIMAS HORAS DE LA LIBERTAD DE SIENA, CUADRO DE PEDRO ALDI